

U.A.N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECA

11 CIO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

MANANDIA
SHAW

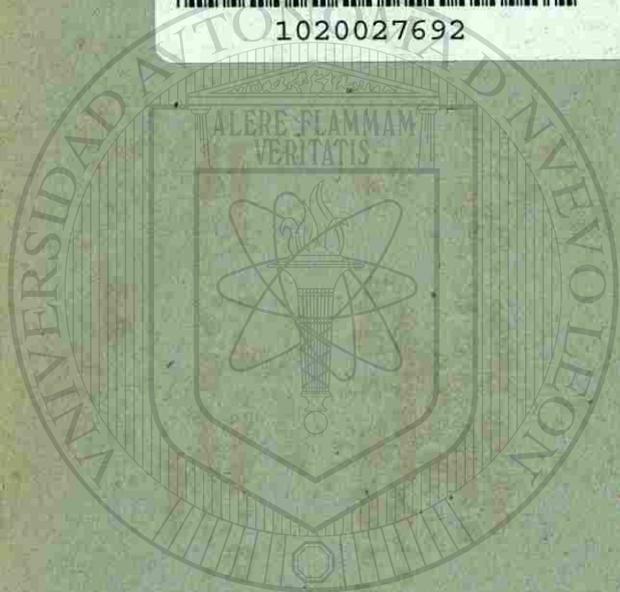
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

TEATRO
EL GENI
DEL TIO
II

PQ6611
.E66
C4



1020027692



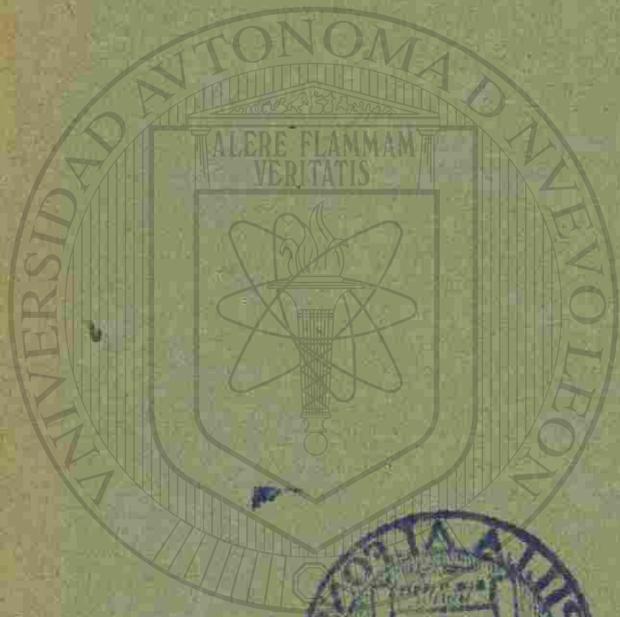
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



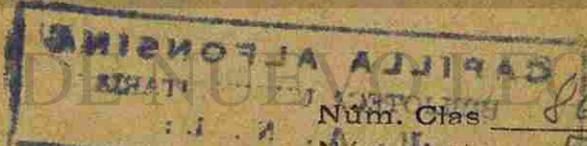
FONDO
RICARDO COARRUBIAS



FONDO
RICARDO COARRUBIAS

EL CERTAMEN DE CREMONA

UANL



Núm. Clas 862.62
Núm. Autor F363
Núm. Adg. 32799
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogo _____



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

EL CERTÁMEN DE CREMONA

COMEDIA MUSICAL

en un acto, dividido en dos cuadros

(BASADA EN UNA OBRA DE COPPÉE)

LIBRO DE

CARLOS FERNANDEZ SHAW

música del maestro

TOMÁS BRETÓN

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del
2 de Noviembre de 1906



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1906

098860

32799

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

862
F.S.

REPARTO

PERSONAJES

GIANNINA; hija de..... ..
TADEO FERRARI. Síndico de la
corporación (comunidad ó gremio)
de los famosos artífices de Cremona,
fabricantes (ó constructores) de
instrumentos de cuerda..... ..
FILIPPO. } Discípulos de Ferrari. }
SANDRO. }

ACTORES

SRTA. MONTESINOS.

SR. GONZÁLEZ (V.)
SEA. ARANA,
SR. GANDÍA.

*La corporación de que es síndico Tadeo Ferrari.
El maestro de capilla. El jurado de un certámen musical.
Gente del pueblo. Coro.*

La acción en Cremona, á mediados del siglo XVIII

Derecha é izquierda, las del actor

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO CQVARRUBIAS

Para la representación de esta obra, se atenderán los señores artistas á la letra colocada en la partitura.



El Certamen de Cremona

CUADRO PRIMERO

Taller de construcción de instrumentos de cuerda en el siglo XVIII.
Al fondo gran puerta de cristales, que dá á una calle, de la cual se distinguen las casas de enfrente. En distintos lugares del taller, violines, violonecellos, contrabajos y otros instrumentos de música. A la derecha un mostrador, bien visible. A la izquierda, un gran sillón, inmediato á una mesa. En el fondo, á la izquierda también, un atril. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

FERRARI y GIANNINA, disputan

FER. (Alegre de haber bebido.)
GIAN. ¡Si puede ser!
FER. ¡No puede ser!
GIAN. ¡Tú lo verás!
FER. ¡Tú lo has de ver!
GIAN. ¡Eso, jamás!
FER. ¡Pero, mujer!

(Con énfasis.)

Por el nombre de Ferrari,
cuya tradición conservo,
yo, protector decidido

y patrono de mi gremio,
te juro que has de casarte
como ordena mi deseo.

(Animándose más cada vez.)

¿Quién desconoce la fama
que tiene en el mundo entero
nuestra ciudad de Cremona,
por fabricar instrumentos
de cuerda, más que ningunos
delicados y perfectos?
Tan admirables artifices,
¿no son los hermanos nuestro?
¿No soy yo, gracias á todos,
el síndico y el maestro?
Pero, padre...

GIAN.
FER.
GIAN.
FER.

¡No repliques!
Es que tú olvidas...

¡Silencio!
Para que tantas glorias perduren,
magno certámen luego verás;
premios valiosos otorgaremos
á quien presente violín mejor;
cadena hermosa, labrada en oro,
regalo rico del Podestá;
tu mano blanca, prenda de amores,
que es el regalo que ofrezco yo.

GIAN.
FER.

Es que quiero á Sandro.
Ya le olvidarás.

GIAN.

¿Sabes por ventura
quién será el artista
que al fin vencerá?

FER.

Puede ser un perezoso.
Será siempre habilidoso
si consigne la victoria.

GIAN.
FER.
GIAN.

Un malvado que me pegue...
¡Ya tendrás, en cambio, gloria!
Un grosero, que se entregue
el domingo á la bebida...

FER.
GIAN.

¡Bravo mozo! ¡Buena vida!
¡Qué locura!

FER.

¡Ya estarás acostumbrada!
¿Cuál me miras, por ventura,
cada lunes, hija amada?
Con el premio y con tu dote,
¡cuán felices váis á ser!
Yo le cedo la clientela,
yo le busco la mujer.
Tú figúrate que fuera...

GIAN.
FER.
GIAN.
FER.

¿Quién?
¡Filippo! ¡Puede ser!
A Filippo cedería
la clientela y la mujer.

GIAN.

¡Yo casada con Filippo!
¡con el pobre jorobado!
Pocos mozos barbilindos
y gentiles valen tanto.

FER.

Es un artista, que me envanece;
cuerpo sin gracias, alma divina;
músico joven, que ya compite,
por su talento, con Palestrina.
Ha pocas noches—si tienes alma
también, de hijo, tú lo recuerdas—
con ágil arco vibrar hacia
de su instrumento las finas cuerdas
con tal dulzura, con tales sonos,
improvisando tal melodía,
que más que música, la suya humana,
música angélica me parecía.
Música angélica, dulce y suave.
Quedéme absorto. Detuve el paso
y junto al borde del labio ansioso
lleno de vino detuve el vaso.
Nunca creyera que el pobre artista
me conmoviese de tal manera.
Dos gruesas lágrimas se me escaparon...
¡y agüé mi vino por vez primera!

GIAN.

También le compadezco,
desde la noche negra

32799

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, N. L.

en que hambriento y con frío
se acercó á nuestra puerta.

FER. ¡Pero, quererle
pienso que no!
Basta de inútil
conversación.
Voy á la cueva.

Hacen falta botellas de lo añejo,
en los días de fiesta.

GIAN. Deja que vaya.
La escalera está á oscuras. No te expongas
sin querer á rolarla.

FER. ¡No, no te dejes!
No me saben los vinos si me privan
del gusto de escogerlos.
(Mutis por la segunda derecha.)

ESCENA II

GIANNINA y SANDRO

(Giannina permanece sola un instante y suspira. Después entra Sandro por primera derecha, trayendo un violín en un estuche negro de madera, que deja sobre el mostrador.)

SAN. Giannina, ¿qué?

GIAN. ¡Mi Sandrol No desiste.

SAN. ¿Sabe mi amor?

GIAN. Lo sabe, y me contesta
que al fin te olvidaré.

SAN. Mejor te juzgo.

GIAN. (Fijándose en el estuche.)

¿Ya terminaste?

SAN. ¡Ya!

GIAN. Será, sin duda,

como que sale de tus diestras manos,
un famoso violín.

SAN. Será admirable
si á mi deseo mi labor responde.

GIAN. ¡Vencerás!

SAN. ¡Tú lo dices!

GIAN. ¿A quién temes?

¿No es mi padre en Cremona gran maestro
sin rival entre todos? ¿No aprendiste
con él á trabajar?

SAN. También Filippo.

¡Maldita sea la funesta noche
en que llegó á esta casa!

GIAN. A la cadena
labrada en oro, al título preciado
de vencedor, aspirará. No puede
soñar con otro premio.

SAN. Tú no sabes
que es su violín, violín maravilloso
y que al tocar en él, en cada nota,
más que la cuerda herida por el arco,
vibrar parece el alma del artista.
Ha pocas noches le escuchaba atento.
Un ruseñor en el jardín cantaba.
Con sus trinos sonoros competían
los sonos del violín, y algunas veces,
bajo el influjo de la extraña lucha,
dudaban mis sentidos si las notas
que resonaban en los aires eran
del ruseñor ó del violín.

GIAN. ¿Acaso
dudas también si la infeliz Giannina
será de Sandro ó de Filippo?

SAN. ¡Nunca!

GIAN. ¡Será de Sandro!

SAN. ¡Sí!

(Besándole la mano.) ¡Bendito seas!

(Tumulto fuera.)

ESCENA III

SANDRO, GIANNINA y FILIPPO

(Filippo entra rápidamente por la puerta del fondo, la cierra tras sí, y se detiene para tomar aliento.)

GIAN. ¿Qué es eso?
 SAN. ¡Filippo!
 GIAN. ¿Qué tienes?
 FIL. ¡Por fin!

¡Canallas! ¡A poco me matan allí!
 ¿Pero quiénes?
 SAN. ¡Habla!
 FIL. (Como representándose la escena.)
 Con piedras, con palos, me hostigan, me corren, me hieren...

GIAN. ¡Dios santo!
 Tienes sangre en la frente.
 ¿Dónde hay agua? (Va a buscarla.)
 SAN. ¿Qué fué?
 FIL. ¡Ah! ¡Vagos! ¡Mocetones infames! ¡¡Qué tropel!!

Persegúan á un perro vagabundo
 que apenas para andar se sostenía;
 le apedreaban, celebrando el juego
 con recias voces y groseras risas;
 hacia el grupo corrí, que viendo estaba
 sufrir á un miserable como yo...
 les hablé con dulzura,
 les pedí compasión,
 y entonces los infames
 contra mí revolvieron su furor.
 Y cambiando de víctima,
 me asestaron sus golpes.
 ¡Aun es más divertido
 que apedrear á un perro
 martirizar á un pobre!

Corro, me siguen
 de calle en calle
 y al fin consigo
 llegar aquí!
 Molido á golpes,
 pero ¡qué importa!
 ¡El pobre perro
 vive por mí! (Cae rendido en el sillón.)

GIAN. (Pasando su pañuelo empapado en agua por la frente de Filippo.)
 ¡Miserables!

FIL. (Aparte) (Su mano en mi frente posó.)

SAN. (Que los observa.)
 ¡Cuánto la quiere!

FIL. (A Giannina con ternura.) Gracias.
 (Levantándose.)

SAN. (Le vende la emoción.)

ESCENA IV

DICHOS y FERRARI, que trae un cesto lleno de botellas de vino. Viene aún más alegre

FER. Yo no sé lo que me pasa.
 ¡Ven, Filippo! ¡Ven, Giannina!
 En el fondo de la cueva
 tengo siempre repartidas
 las botellas de mis vinos,
 ¡mis dos vinos predilectos!
 con perfecta simetría.

Los distingo, colocando
 separadas las botellas;
 las que tienen marca roja
 siempre van á la derecha,
 las que tienen, al contrario,
 marca azul, se quedan siempre
 colocadas á la izquierda.

Sin llevarme al lado,
 nadie allí bajó.

Nadie nunca tuvo
la llave segura
del tesoro!... ¡Nadie!
¡nadie más que yo!
Y, ¡oh pasmo! las botellas
han cambiado de sitio,
¡las unas con las otras!
¡sin pedirme permiso!
Luego bailan, sin duda,
desde ayer las botellas,
ó no sé donde tengo
la izquierda y la derecha!
¡Decídmelo pronto!
¡Decidlo! Los tres.

(A Filippo, Sandro y Giannina. Con cómico apuro.)

¿Cuál es?

¿Cuál es?

¿Cuál es mi izquierda?

¿Cuál mi derecha?

(Dando vuelta, mirándose las manos y equivocándose.)

¿Cuál es?

¿Cuál es?

FIL.

SAN.

GIAN.

FER.

(Se le va la cabeza.

Se le enredan los pies.)

¿Cuál es?

¿Cuál es?

Unis

(Todos aparte.)

FER.

FIL.

SAN.

GIAN.

(Se me va la cabeza,
se me enredan los pies.)

(Se le va la cabeza,
se le enredan los pies.)

¡Qué espléndido día!
¡Certámen magnífico!

Por premio tu mano.
¡Banquetes opiparos!
¡Quiero componerme

y empergilarme;
venga mi casaca,
venga mi espadín;
para que las mozas
con gusto me miren,
y tengan los mozos
envidia de mí!

Unis

FER.

Quiero componerme
y empergilarme.
Venga mi casaca
venga mi espadín.

GIAN.

Quiere componerse
y empergilarse.
¡Ponte la casaca,
ciñe el espadín!

FIL.

SAN.

Quiere componerse
y empergilarse.
Con noble casaca,
con fino espadín.

(Con el final hacen mutis cómicamente Ferrari y su
hija, por la izquierda.)

ESCENA V

FILIPPO y SANDRO

SAN.

El instante decisivo
se acerca.

FIL.

¡Sí, compañero.

SAN.

¿Estás dispuesto á la lucha?

FIL.

¡Sí!

SAN.

¿Sí? ¿Contento?

FIL.

¡Contento!

¿Y tú?

SAN.

¡No tanto!

FIL.

Pues si en la lucha
vencer no logro—sábelo Dios—

tan sólo quiero que tú me venzas.

¿No quieres darme la mano?

SAN.

(Después de una pausa.)

¡No!

(Sale bruscamente.)

ESCENA VI

FILIPPO

(Cast recitado.)

Un envidioso ya. Pronto principian
 los desengaños. ¡Sufre! ¡Le perdono!
 Pobre nací, de miserable cuerpo
 y en la pobreza y desmedrado vivo,
 y nunca le envidié, ni su talante
 noble y gentil, ni su robusta fuerza.
 ¡Ay, pobre corazón! Pero de todo,
 tú me consolaras, tú, que me quieres,
 mi hermano, mi violín. ¡Cuán parecidos
 somos los dos! Descansas encerrado
 en estuche deforme. ¡Triste cárcel
 tiene en mí cuerpo el alma que me alienta!

(Va á un armario y saca de él su violín, que está guardado en un estuche rojo.)

Tú, conmigo, ¿no sentías cómo temblaba al hacerte?

¿no compartiste mi suerte dolorosa, tantos días?

¡Ah! ¡Ven, sí! ¡Ven á mis manos!

Que ya suenes en la orquesta

con que se anima la fiesta

de los vicios cortesanos;

que ya consueles pesares

en los pechos mal heridos,

ó que vibren tus sonidos

en las fiestas populares,

alegres y bulliciosas,

bajo el umbroso paseo...

¿no me olvidas, no! ¡Yo creo

en el alma de las cosas!

Por eso, ya te quería,

y tú á consolarme vienes.

Tú vencerás, porque tienes

un alma buena: ¡la mía!

Ven, y que tu voz sonora

cuando á los aires confie

ya el leve *scherzo* que ríe,

ya el grave *lento*, que llora,

con tristes ó alegres sonos,

vaya diciéndole al mundo

las ansias de un moribundo...

¡que se muere de ilusiones!

(Vuelve á colocar el violín en su estuche.)

Cantado

¡Despierta en mí,

loca ilusión!

¡Esperanza fugaz

de un imposible amor!

Por tí, tan sólo, quiero la gloria,

¡dulce Giannina!

Por tí los lauros de la victoria,

¡oh, más que humana, mujer divina!

Cuando con hambre,

con hambre y frío,

llamé á tu puerta,

niño infeliz,

tú solamente no te burlaste

de mi desgracia,

tú solamente piedad tuviste.

¡piedad de mí!

De la palabra que dió tu padre

no he de valerme; ¿qué me valiera?...

Pero, (Abstraido.) ¡quién sabe! Quizá pudiese

quererme un día, ¡porque es tan buena!

El alma suya es dulce

como el alma de un ángel;

su corazón, de artista...

¡Quién sabe! ¡Sí! ¡Quién sabe!

¡¡Quién sabe! ¡Pero no!
¡No sueñes, pensamiento!
¡No esperes, corazón!

ESCENA VII

GIANNINA y FILIPPO

GIAN. (Entrando.)
(Solo está. Puedo hablarle.)
Filippo.

FIL. ¿Vos? (volviendo en sí.)
GIAN. (sonriendo.) Yo misma.

Mil gracias, por haberme
callado la noticia.

(Con intención, recalando.)

Ya lo véis. La reserva
que guardasteis conmigo
para nada sirvió.

¿Cómo andáis de esperanza?

¿Os felicito ó no?

FIL. ¿Cómo ocultaros nunca
mis sueños, mis afanes,
á vos, que de mi guarda
soís, y seréis el ángel?
Mas cuando supe—¡nunca
lo ignorara bastante!—
la palabra solemne
que empeñó vuestro padre...

GIAN. (Interrumpiéndole.)
Mi padre, que me adora,
no ha de mandar en mí.
Dejémos sus caprichos.

¿Vos estáis satisfecho?

¿Pensáis vencer? Decid.

¡Ya no debo ocultarlo!

FIL. ¿El triunfo es vuestro?
GIAN. ¡Si!

FIL. Tras amargas vigiliás,
tras profundos anhelos,
en labores ocultas,
á favor del misterio,

conseguí cierta noche
descubrir el secreto,
¡el secreto perdido
en las sombras del tiempo!
¡El origen admirable
de los éxitos pasados!
El barniz maravilloso
del insigne Stradivarius.
(¡Pobre Sandrol)

GIAN. (Con íntimo gozo.) ¡Nadie pudo
FIL. descubrirlo!

GIAN. (¡Pobre Sandrol!)
FIL. (Con alegría y entusiasmo crecientes.)

Mi ventura guardo
desde aquella noche,
así como guardan
mancebos y mozas
sus dulces secretos
de amores.

—
Ya poco me importa
que venga ó no venga.
Mi vida es un día
de fiesta... ¡de fiesta
que nunca termina!

—
De madrugada, cuando se acerca,
la aurora ténue, color de rosa,
cruzo las calles,
dejo Cremona...
y á la campiña salgo
desvelado y feliz.
Llevo la mente llena de ensueños.
Bajo la capa llevo el violín.

—
Me acuesto en el campo,
me tiendo en la yerba,
y aguardo en silencio
la aurora que llega.
La aurora se anuncia
con grandes encantos.

Sonríen los cielos,
se alegran los campos.
Rebullen los nidos,
despiertan los pájaros.
Los aires se llenan
de trémulos cantos.

Alzome al punto, y ébrio de alegría,
sin cesar improviso en mi violín,
¡en mi hermoso violín que goza y canta,
cantando alegre cuanto siento en mí!

¡Despiértase la tierra!
¡Con diadema de llamas
surge en Oriente el sol!
¡Cantan al mismo tiempo
los pájaros, las fuentes,
los árboles en flor!
Y entonces yo, poniendo
la caja primorosa
de mi violín de modo
que sienta los latidos
que dá mi corazón,
con él entono un cántico
de triunfo y de alegría,
¡un himno palpitante
de juventud y amor!
¡Cuán feliz!

GIAN.
FIL.

Un momento
si queréis, escuchad.
(¡Pobre Sandro!)

GIAN.
FIL.

Y si miento,
por favor, perdonad.

(Escena muda. Filippo ejecuta los primeros compases en su violín. Giannina escucha atentamente; su rostro no tarda en expresar una admiración dolorosa. De improviso deja caer la cabeza entre las manos y rompe a llorar.)

FIL.

¿Cómo? ¿Llorais, Giannina?
¿Qué victoria mayor?
¿Sentir, llorar, os hace
el paria de otros tiempos?
¿El miserable? ¿Yo?

GIAN.

No, no debo engañaros.
¡Infamia grande fuera!
Es que mis esperanzas

mueren, para que logren
vencer al fin las vuestras.

FIL.

(Señalando á la puerta por donde salió Sandro.)

¿Vos... amais?

GIAN.

¡Sí!

FIL.

¡Sandro!

GIAN.

¡Ya véis que os descubro
con noble franqueza
mi horrible infortunio!

Más escuchadme bien: en mi amargura
no hay odio, no hay rencor. Sois vos, mi
[hermano,

el compañero de mi infancia, el hombre
que ha de lograr por su valer el premio...
Yo no debo llorar... (Llorando de nuevo.)
más, ay, ¡que lloro!

FIL.

¡Giannina!

GIAN.

Vos sois bueno, ¡que la gloria
os corone del triunfo, y para Sandro
yo guardaré mi amor.

¡Amor disipa
todas las desventuras! Ya sonrío.
¿No me véis sonreír? (Solloza.)

(Mútis.)

¡Perdón! No puedo..

ESCENA VIII

FILIPPO

(Pausa.)

Ya, ni dudas siquiera. ¡Sandro! ¡Sandro!

(sugetándose la cabeza entre las manos.)

¡Pobre Filippo! ¡Aborto despreciable

de la naturaleza! ¡Sufrir y muere!

Ya, ¿para qué la lucha, ni las palmas
de la victoria? ¡Para Sandro sean!

Vencido yo, porque el dolor me postra,
suyas serán, ¡oh, escarnios de la suertel
Mas... ¿si vence algún otro...? ¿Si la mano
de mi Giannina logra, y su desgracia
para siempre consuma? ¡No! ¡Qué idea!
Nadie lo notará, ni el mismo Sandro.

Cambio de estuche mi violín y el suyo,
que semejante son en la apariencia.
¡Será de Sandro la victoria, entonces,
y Giannina feliz! ¡Feliz Giannina,
de mi tremendo sacrificio á costal
¿Qué dudo?

(Cambia de estuche los violines.)

¡Adiós! ¡Adiós, hijo del alma!

(A su violín.)

¡Felicidad! ¡Adiós! ¡Sueños fugaces
de ventura y de gloria!

¡Adiós, por siempre!

ESCENA IX

FILIPPO, FERRARI y SANDRO

FER. (Por el fondo, ya vestido para la fiesta, siempre alegre,
pero no tanto ahora como antes.)

¡Prontol! ¡Sandrol! ¡Filippo!
¡Ya es hora!

SAN. (Por la izquierda.) Sí.

FIL. (Señalando los estuches.) Ya están
á punto los envíos
de los dos.

FER. (A Filippo.) ¡Vencerás,
ó vencerás. (A Sandro.) El triunfo
nuestro siempre será.
Feliz, con tanta fiesta,
parece la ciudad.
Por calles y por plazas,
feliz la gente va.
El aire que en las calles
y plazas se respira,
es hoy un aire dulce,
¡un aire musical!

SAN. ¿Vienes, Filippo?
FIL. Escucha:

¡Lleva los dos envíos!
¡Me vence la emoción!
En tu lealtad descanso.

(Sandro estrecha, volviendo la cabeza, la mano que
Filippo le tiende.)

¡Gracias!

FER. (¡Venzo, sin duda,
con uno de los dos!)

(Sandro sale llevando los dos violines en sus estuches.)

ESCENA X

FILIPPO y FERRARI

FIL. ¿No váis á ver su triunfo?
FER. ¿Quién te dice, Filippo,
que no he ver el tuyo?

FIL. La suerte ingrata, no me conoce.
FER. No eres un tipo de gentileza,
pobre Filippo, más sí un artista,
¡y es la del alma la gran belleza!

Y como puedes en el certámen
lograr la palma, ser vencedor,
como en mi vida, juré yo en vano,
si se decide por tí la suerte,
¡serás mi yerno! ¡mi sucesor!

FIL. Maestro.
FER. ¡Siempre humilde
el verdadero artista!
Va á empezar la contienda.
FIL. Tienes razón, Filippo.
FER. Corro. Voy en seguida. (Múts de Ferrari.)

ESCENA XI

FILIPPO; después GIANNINA

FIL. ¡El sacrificio consumé! Ya tardan
los gritos jubilosos: «¡Viva Sandro!»
que han de sonar en mí como diciendo:
«¡Viva Giannina, y venturosa sea!

(Viendo á Giannina, que entra por el fondo, con velo obscuro y un libro de oraciones en la mano.)

¿Vos?

GIAN.

Si, Filippo. De la iglesia torno. Fui—diré la verdad—fui decidida á pedir al Señor, con el anhelo de mis angustias, que venciera Sandro. Pero al postrarme de rodillas, trémula y sin aliento casi, de repente la conciencia me dijo que es villana y despreciable acción pedir al cielo que venza la injusticia.

¡No! Que alcance gloria y honor quien lo merezca, y siempre para ti, para Sandro, para todos seré la misma. ¡Lo juré, Filippo, de hinojos, ante Dios crucificado! ¡Giannina!

FIL.

GIAN.

¡Adiós! (Múttis izquierda.)

ESCENA XII

FILIPPO. Luego, SANDRO

FIL.

Le quiere, sí, le adora con toda el alma. Si Filippo fuera gallardo y fuerte como Sandro... ¡entonces quizás como le quiere me querría.

SAN.

(Que entra por el fondo rápidamente con gran agitación.)

¡Filippo! ¡Filippo!

FIL.

¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

SAN.

¡Perdóname!

FIL.

¡Sandro!

SAN.

Soy un miserable!

FIL.

¡Oh! ¿qué dices? ¿Callas?

SAN.

¡Sí! soy un miserable!

¡Cedí á la tentación

de mis rabiosos celos!

¡La envidia me cegó!

A la sombra culpable de un portal, escondido en angosta calleja, cambié los dos violines de estuches...

FIL.

¡Insensato!

SAN.

¡Perdóname! ¡Por ella! Los entregué al jurado, consumando mi infamia. Pero, después, no pude seguir allí con calma. ¡Remordimiento horrible mordía mis entrañas!

FIL.

(Cae de rodillas.)

¡Tú mismo te castigas, al par que te delatas! ¡Tú mismo, pobre Sandro, excusas mi venganza!

Esa gloria, (que tú me devuelves) hace poco, pensando en Giannina, te cedí, los violines cambiando; no cual tú, tembloroso de envidia; ¡tembloroso de amor y de angustia! ¡inmolando á la suya mi dicha! ¡Tú!!

SAN.

FIL.

¡La adoro! Tu infamia lamento no por tí, que insensato sería; ¡porque impides que inmole por ella la postrera ilusión de mi vida!!

SAN.

¡Mi crimen es horrendo! ¡Perdóname, Filippo! Me olvidará Giannina! ¡Despreciará á su Sandro! ¿Dónde mayor castigo? ¡Debo huir!

FIL.

(Voces fuera.)

¡Calla! ¡Calla!

¡Ven! ¡obedece!

SAN.

¡No!

(Sale Filippo arrastrándole de la mano.)

ESCENA XIII

GIANNINA que sale, á las voces, temblorosa y presa de emoción
vivísima.

VOCES ¡Viva Filippo! ¡Vival!
¡Vival! ¡Vival!

GIAN. ¡Venció!
¡Pobre de mí! ¡Dios mío!
¡De Sandrol! ¡de los dos!

VOCES ¡Viva Filippo! ¡Vival!
¡Viva! ¡Viva Filippo!

GIAN. ¡Para Giannina, no!
(Con súbito arranque. Telón de cuadro.)

CUADRO SEGUNDO

Plaza pública en Cremona, con muy frondosos árboles. Un estrado,
con rico pabellón y cortinaje lujoso. Día espléndido. La plaza está
muy engalanada.

ESCENA XIV

FERRARI, el Maestro de capilla, Presidente del jurado y los demás
individuos de éste. Aparecerán en el estrado todos. Gran concurso
de diversas gentes. CORO GENERAL. Poco después SANDRO y FI-
LIPPO y luego GIANNINA

(Al levantarse el telón, reinará en escena animación extraordinaria.
Todos, de pie, agitan pañuelos y sombreros.)

CORO ¡Viva Filippo! ¡Vival!
que en noble lid venció.

TODOS (Menos Ferrari.)
De nuevo resplandece
la fama de Cremona
con todo su esplendor.

FER. Sus palmas y laureles
gozosa le tribute
la gloria que alcanzó.

CORO ¡Viva Filippo! ¡Vival!
La fama de Cremona
de nuevo resplandece
con todo su esplendor.
¡Gloria!

FER. ¡Gloria y honor
al admirable artista!
¡Salud al vencedor!
Vedle. Temblando llega
Sandro con él.

¡Mirad!

(Aparecen Filippo y Sandro revelando uno y otro en sus semblantes intensa emoción.)

CORO ¡Viva Filippo! ¡Viva!
FIL. ¡Callad, por Dios! ¡Callad!
FER. (Abrazándole.)

Descansa entre mis brazos,
y en nombre de tus jueces
deja que te proclame
vencedor contra todos.
¡Rey del mundo del Arte!

—
Ya es tuya la cadena
del noble Podestá;
tuyo será el diploma,
tuya la blanca mano
de Giannina será.
¡Gloria!

CORO ¡Gloria y honor
al admirable artista!
¡Salud al vencedor!

—
FIL. Es en vano que quiera
deciros lo que siento.
¡Gracias, gracias, amigos!
¡Gracias, gracias, maestro!
¡Pero escuchadme todos!
(¿Qué va á decir?)

SAN. Lo ruego.
FIL.

(Giannina ha aparecido entre los grupos pálida y tem-
blorosa.)

La cadena de oro
del noble Podestá
mi regalo de boda
en la boda de Sandro
con Giannina será.

FER. }
SAN. } ¡Filippo!
GIAN. }
FER. } ¡No es posible!
¡Tuya será Giannina!
GIAN. } (¡Sandro!) (Mirándole.)
FIL. } ¡Jamás! ¡Jamás!

(A Ferrari.)
¡Inútil es que intente
torcer mi voluntad!
¡La gloria no es completa
sino en días de paz!

—
Para mí los laureles,
el aplauso, el honor.
Para Sandro y Giannina
la ventura, el amor.

—
Yo dejaré Cremona
para imponer al mundo
los timbres de su gloria.
Quiero vagar errante
por campos y por pueblos,
por tierras y por mares.

—
¡Descuidado y feliz!
En la mente mis ensueños
y en la mano el violín.

(Atrayendo hacia sí á Sandro y á Giannina.)
¡Sed dichosos!

SAN. }
GIAN. } ¡Oh! ¡Gracias!
FIL.

Y en las horas de amores,
de ventura y de paz,
consagradme un recuerdo
de sincera piedad.

SAN. }
CORO } ¡Gloria! ¡Gloria á Filippo!
FER. } ¡Gloria! ¡Gloria á Filippo!
¡Dos veces vencedor!
¡Por el arte sublime!
¡Por el gran corazón!

CORO }
FER. } ¡Gloria! ¡Gloria á Filippo!
¡Gloria! ¡Gloria y honor
al artista admirable,
al feliz vencedor!

FIL.

(El artista admirable,
el feliz vencedor,
es un pobre vencido
que se muere de amor.)

SAN.

¡Templará sus angustias!

GIAN.

¡Calmará su dolor!

¡Prosigamos nosotros
nuestro cuento de amor!

(Filippo cae en brazos de Ferrari. Sandro y Giannina,
con las manos entrelazadas, se contemplan amorosa-
mente. El concurso victorea á Filippo.)

TELON

Obras de Carlos Fernández Shaw

TEATRO

Drama en cuatro actos:

Severo Torelli.

Zarzuelas en tres actos:

La llama errante.

Don Lucas del Cigarral.

Los hijos del batallón.

La canción del náufrago.

Comedia lírica en un acto:

La venta de Don Quijote.

Sainetes:

Las bravías.

¡Viva Córdoba!

La revoltosa.

Los picaros celos.

Las castañeras picadas.

El maldito dinero.

Los buenos mozos.

Melodrama en un acto:

La puñalada.

Zarzuelas en un acto:

El cortejo de la Irene.

El tirador de palomas.

La chavala.

El tío Juan.

El gatito negro.

Las grandes cortesanas.

Polvorilla.

Tolete.

La buena ventura.

El alma del pueblo.

Los tímpalos.

Comedia musical:

El Certámen de Cremona.

Comedia en un acto y en verso:

El hombre feliz.

POESÍA

Poesías.

El defensor de Gerona.

Poemas de F. Coppée, traducidos en verso castellano.

Tardes de Abril y Mayo.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée.



Faint, illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.

EL CORTEJO DE LA IRENE

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CORTEJO DE LA IRENE

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS Y UN INTERMEDIO

EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO ESLAVA la noche del 6 de
Febrero de 1896

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Para la representación de esta obra en los teatros de provincias, es indispensable el permiso directo de esta Administración y adquirir el *Guión directivo* compuesto por don Miguel Soler en el que van detallados con escrupulosa exactitud los cuadros, colocaciones, movimientos y disposición escénica tal como se estrenó la obra en el Teatro Eslava de Madrid. Este *Guión* únicamente se halla en las oficinas de la Galería, Cedaceros, 4, segundo izquierda, á la que habrán de hacerse todos los pedidos.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono núm 551

1896

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



Al maestro Chapi

*en testimonio de entusiasta admiración,
amistad verdadera é inolvidable
gratitud,*

Carlos Fernández Shaw

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10 de Febrero de 1896

REPARTO

PERSONAJES

IRENE.....
DOÑA TUMBAGA.....
PACA.....
PEPA.....
VECINA 1.^a.....
IDEM 2.^a.....
IDEM 3.^a.....
DON LUIS.....
NATILLAS.....
EL PUNTILLOSO.....
DON CÁNDIDO.....
ALIFONSO.....
TORIBIO.....
CELEDONIO.....
VECINO 1.^o.....
IDEM 2.^o.....
MANOLO 1.^o.....
IDEM 2.^o.....

ACTORES

Srta. Brú.
Sra. Sabater.
Srta. Astort.
Navarro.
Sala.
Fernández.
Barragán.
Sr. Ripoll.
Carrión.
García Valero
Soler.
Iglesias.
Arjona.
Martínez.
Lainez.
Benavides (J.).
Asensio.
Benavides (S.).

Majos, majas, manolos, manolas, pueblo, coro general, etc.

La acción en Aranjuez durante los días 18 y 19 de Mayo de 1908

Derecha é izquierda las del actor

Se han estrenado con esta obra cinco decoraciones pintadas por los Sres. Busato y Amalio.

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Pablo Martín*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta, en Aranjuez, á la que van á parar calles practicables en la forma necesaria para servir el movimiento del cuadro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CORO DE VECINAS. Salen unas de las casas, otras por las calles y van reuniéndose en grupos cautelosamente

Música

UNAS ¿Qué se le ha perdido aquí á su mercé?
OTRAS ¿Y usted lo pregunta?
 ¡Lo mismo que á usted!

UNAS ¡Vecina, vecina!
OTRAS ¿Vendrá?
UNAS ¡Vecina! ¡Las oncel
OTRAS ¡Yá, yá!
TODAS Si vuelve á venir no puede tardar.

¡Pero ha visto usted qué inmoralidad, qué desfachatez, qué procacidad!

REPARTO

PERSONAJES

IRENE.....
DOÑA TUMBAGA.....
PACA.....
PEPA.....
VECINA 1.^a.....
IDEM 2.^a.....
IDEM 3.^a.....
DON LUIS.....
NATILLAS.....
EL PUNTILLOSO.....
DON CÁNDIDO.....
ALIFONSO.....
TORIBIO.....
CELEDONIO.....
VECINO 1.^o.....
IDEM 2.^o.....
MANOLO 1.^o.....
IDEM 2.^o.....

ACTORES

Srta. Brú.
Sra. Sabater.
Srta. Astort.
Navarro.
Sala.
Fernández.
Barragán.
Sr. Ripoll.
Carrión.
García Valero
Soler.
Iglesias.
Arjona.
Martínez.
Lainez.
Benavides (J.).
Asensio.
Benavides (S.).

Majos, majas, manolos, manolas, pueblo, coro general, etc.

La acción en Aranjuez durante los días 18 y 19 de Mayo de 1908

Derecha é izquierda las del actor

Se han estrenado con esta obra cinco decoraciones pintadas por los Sres. Busato y Amalio.

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Pablo Martín*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta, en Aranjuez, á la que van á parar calles practicables en la forma necesaria para servir el movimiento del cuadro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CORO DE VECINAS. Salen unas de las casas, otras por las calles y van reuniéndose en grupos cautelosamente

Música

UNAS ¿Qué se le ha perdido aquí á su mercé?
OTRAS ¿Y usted lo pregunta?
 ¡Lo mismo que á usted!

UNAS ¡Vecina, vecina!
OTRAS ¿Vendrá?
UNAS ¡Vecina! ¡Las oncel
OTRAS ¡Yá, yá!
TODAS Si vuelve á venir no puede tardar.

¡Pero ha visto usted qué inmoralidad, qué desfachatez, qué procacidad!

VEC. 1.^a Mis nietas encerradas
están bajo cerrojos.
VEC. 2.^a Las mías en sus lechos
están desde las ocho.
TODAS ¡Jesús, si se enteraran
del lance escandaloso!
¡Ay, válganos, vecina,
la Virgen del Socorro!

¡Cómo está el mundo,
válgame Dios!
¡Turris eburnea! ¡Virgo fidelis!
¡De tentaciones
pecaminosas,
de los encantos
de ciertas cosas
libera nos!
¡No nos induzcan
á tentación!

Hablado

VEC. 1.^a (1) Porque, mire usted, que venir de Madrid
á Aranjuez una maja tan joven...
VEC. 2.^a Y tan guapa...
VEC. 3.^a Y tan decidida...
VEC. 1.^a Vivir sola en ese caserón, con esa prendera,
con esa tia...
VEC. 2.^a ¡Ay! ¿Pero es?...
VEC. 1.^a Si señora, hermana de su madre, que esté
en gloria. ¡Me lo ha dicho mi nieta!
LAS DEMÁS ¡Ya!...
VEC. 1.^a Y que venga todas las noches tan recatada-
mente ese hombre, que entre el sombrero y
la capa apenas si deja ver los ojos...
VEC. 2.^a Y que llama.
VEC. 3.^a Y que entra.
VEC. 1.^a Y que dan las doce.
V.^a 2.^a y 3.^a Y no sale.
VEC. 1.^a Y las doce y media.

(1) Vecina 3.^a—Idem 1.^a—Idem 2.^a

VEC. 2.^a 3.^a } ¡Y nada!
Y OTRAS }
VEC. 1.^a ¡Y que da la una!
VEC. 2.^a ¡Y dale que le das, que no sale!

Música

TODAS ¡Y que da la una,
y que dan las dos,
y que dan las tres,
y como si no!
Y que dicen...
VEC. 1.^a ¡Calle usted!
LAS DEMÁS }
VEC. 1.^a Y que añaden... }
LAS DEMÁS } ¡Ay, Jesús!
TODAS } ¡Ay, Dios mío de mi alma,
cómo está la juventud!
¡Cómo está el mundo,
válgame Dios!
¡Turris eburnea! ¡Virgo fidelis!
libera nos.
¡No nos induzcan
á tentación!
¡Ay, no, por Dios, por Dios, por Dios!

ESCENA II

DICHAS, TORIBIO, CELEDONIO y CORO de hombres (vecinos.)
Estos entran por el fondo y avanzan sigilosamente con aire de mis-
terio

HOMS. ¡Chito, chito! que ya viene.
MUJS. ¡Chito, chito!
HOMS. Por aquí.
MUJS. ¿El cortejo de la Irene?
HOMS. Ya se acerca. Ya está ahí.
MUJS. ¡Ay, qué miedo! ¡qué miedo!
Yo me pongo á morir.
Debe ser muy simpático.
¡Si viniera por mí!
HOMS. ¡Atrás, vecinas!
Con precaución.
Hasta que cruce toda la plaza,

y cuando tome la calle arriba,
 como que entonces vuelve la espalda,
 ¡todos á ver! lo!
 ¡Mucha atención!

(Sepáranse hombres y mujeres, formando ellas y ellos grupos aparte y mirando hacia la derecha. Cada grupo estará, al parecer, resguardado por una esquina.)

MUJS. El mismo.

HOMS. ¡Sí, sí!

MUJS. Ya cruza.

HOMS. ¡Chis, chis!

MUJS. Despacio.

HOMS. Venid.

(Acércanse más los grupos, mirando ya hacia la derecha unos y otras, según el diálogo y con menos cuidado que antes.)

HOMS. ¡Qué decidido
 sube la calle!

MUJS. ¡Vaya un chispero
 de lindo talle!

HOMS. Hasta los ojos
 lleva la capa.

MUJS. ¡Feliz la moza
 que así lo atrapa!

HOMS. Hasta las cejas
 lleva el sombrero.

MUJS. ¡Jesús, qué mozo
 tan retrechero!

HOMS. Llega á la casa
 de su señora.

MUJS. ¡Quién se cambiara
 por ella ahora!

HOMS. Abren la puerta,
 cuélase dentro.

MUJS. Ella, de fijo,
 sale á su encuentro.

HOMS. Llena de luces
 está la casa.
 MUJS. Bien, pero ahora,
 ¿qué es lo que pasa?

HOMS. Pues que la puerta
 ya se cerró.

MUJS. ¡Cómo está el mundo!
 ¡Válgame Dios!

HOMS. Mujs.

San se acabó. ¡Cómo está el mundo!
 San se acabó. ¡Válgame Dios!

(Reúnense todos y bajan á primer término.)

HOMS. ¿Eh?

MUJS. ¿Eh?

TODOS. ¡Oh! ¡Oh!

HOMS. ¿Ha visto usted?

MUJS. ¿Ha visto usted?

MUJS. ¡Quién fuera ella!

HOMS. ¡Quién fuera él!

MUJS. ¿Quién será él?

HOMS. ¡Quién fuera él!

Hablado

ELLAS (1) ¡Ay, Jesús, Jesús! (Haciéndose cruces.)

ELLOS ¿Qué tal?

VEC. 1.^a ¿Y si, después de todo, no fuera más que un conspirador?

VEC. 1.^o Pero, tía Zurda, ¿usted no sabe lo que ha contado mi mujer?

TODAS ¡Ay! ¿qué ha contado, qué ha contado?

VEC. 1.^o (2) Vaya, ¿queréis saberlo? Pues ha dicho... que la otra noche... cuando no llamó á la puerta principal, sino que entró por la de la tapia, abriéndola con una llave que llevaba él mismo... Pero, en fin, vénganse á casa, que allí está mi mujer que lo sabe mejor, y ós lo contará.

(1) Vecino 2.^o—Vecina 3.^a—Idem 1.^a—Idem 2.^a—Vecino 1.^o

(2) Vecino 2.^o—Vecina 3.^a—Idem 1.^a—Vecino 1.^o—Vecina 2.^a

VEC. 1.^a ¡Ay, no, que es muy tardel
 VEC. 1.^o ¡Tarde! ¡tarde! En Aranjuez desde hace días
 no es tarde á ninguna hora. ¡Es cosa buenal
 (Y me dais conversación por el camino.)
 ¡Conque, andando!
 TODAS ¡Andando, andando! ¿Qué será? ¿Qué habrá
 visto? (Salen en tropel.)

ESCENA III

TORIBIO, CELEDONIO, VECINOS y ALIFONSO

ALIF. (Entrando con aire misterioso.) Toribio, Celedonio, chicos... (Da palmadas en el hombro á dos ó tres, que se vuelven; tras ellos los demás, llamados con igual seña, y forman un grupo alrededor de Alifonso.)
 ELLOS (1) Alifonso...
 ALIF. ¿Se puede hablar...?
 TOR. Dí.
 ALIF. Pues... que se arma. Todo eso de que los reyes no se van á América, ¡pamplinal!
 ELLOS ¡Ya!
 ALIF. Preparan la fuga aconsejados por el *choricero*...
 TOR. ¡Muera Godoy!
 ALIF. ¡Silencio!
 ELLOS ¡Ya!
 ALIF. Y aluego, entre el Godoy y el Napoleón, á repartir lo que haya.
 ELLOS Pues...
 ALIF. Y al príncipe que lo parta un rayo.
 CEL. Eso es...
 TOR. ¿Eso? ¡Eso es lo que no será!
 ALIF. ¿A que no sigo? Ya sabéis que hay en toda esta historia personajes
 CEL. ¡De la familia... real!
 TOR. Si hasta el último criado del Infante don Antonio... si hasta el último pinche de su cocina, y ahí está el Natillas...
 ALIF. ¡Chitlo!

(1) Vecino 2.^o—Alifonso—Celedonio—Toribio.

CEL. ¿Pues y el Conde del...?
 ALIF. ¡Chitlo! Y que todos vamos á una. Y que cada día llega más gente. Y que mañana vendrá medio Madrid, y vamos, ¡que se arma! Ya supondréis si yo estaré ocupado.
 CEL. ¡Digo! (Unos á otros se dan las manos con señales de satisfacción, y todos á Alifonso.)
 ALIF. (Después de medio mutis.) ¡Ah! Y que se os aguar-da en la Hosteria del Albillo, pero, en seguida. ¡Adiós todos!
 ELLOS ¡Adiós, hombre, adiós!...

ESCENA IV

DICHOS, menos ALIFONSO, el PUNTILLOSO y NATILLAS

CEL. ¡Es mucho Alifonso!
 TOR. ¡Vamos,
 que lo que no sepa éste!
 NAT. (1) (Entrando.)
 ¡Muy buenas noches!
 TOR. ¡Natillas!
 PUNT. ¡Salud á la buena gente!
 ELLOS ¡Hola!
 NAT. (A Puntilloso.) ¿No te dije?
 PUNT. ¡Cierto!
 NAT. (A Toribio.)
 ¿Vino y entró?
 TOR. Como siempre.
 NAT. (Al Puntilloso.)
 ¡Vino y entró!
 PUNT. De rositas.
 NAT. (Presentando.)
El Puntilloso, un valiente
 de veras.
 ELLOS ¡Ya!
 PUNT. (A Natillas.) Punto en boca.
 ¿Es que no basta con verme?
 NAT. Y que ha llegado esta noche
 de Madrid, á lo que suene
 porque sin él que no hay nada...

(1) Vecino 2.^o—Celedonio—Toribio—Natillas—Puntilloso.

Y venía refiriéndole
lo que aquí ocurre con esa
mujer.

PUNT.

¡Eso!

TOR.

¡Qué mujeres!

PUNT.

(1) ¿Y están ustedes con tanta
prudencia, y por ser ustedes
no quiero que se me escapen
otras palabras más fuertes,
mientras una noche y otra
el cortejo de la Irene...?

NAT.

Te diré. Como que el hombre,
la verdad, no nos ofende...

y cada cual en su casa
y Dios en todas, ¿qué quieres?

PUNT.

¡Pero, por vida del mundo!

¿Y estos son los *Aranjueces*? (A Natillas.)

Te digo que me da rabia
de dar con hombres tan débiles.

TOR.

¡Poco á poco!

PUNT.

Y que la sangre
de las venas ya me hierve,
y que por algo me llama
el *Puntilloso* mi gente,
y ¡vaya! que yo me doy
por ofendido *in extremis*
por muchas otras razones
y además porque la Irene (A Natillas.)

sabes tú que me ha gustado
mucho, pero mucho, siempre,

y voy á entrar en la casa
y á conocer quien es ese

y me lo traigo... en la boca
para enseñárselo á ustedes.

TOR.

¡Digo!... (Los demás asienten.)

NAT.

Mira...

CEL.

¡Vaya un majol!

PUNT.

Pero, ¿qué? ¡sin detenerme!
¿Cuál es la casa?

TOR.

¿La casa?

(Llevándolo hacia la derecha.)

¿Divisa usted allá enfrente?

(1) Vecino 2.º—Celedonio—Teribio—Puntilloso—Natillas.

PUNT.

(Mirando.)

¿Aquel caserón?

UNO

¡El mismo!

PUNT.

(A Natillas.)

¿Tienes más inconvenientes?

NAT.

Mira que dicen que el hombre
es un personaje... célebre.

PUNT.

¿Y qué? Para el *Puntilloso*
igual que si fuera *célibe*.

NAT.

Y otros dicen... y no acaban...

TOR.

Que es un majo muy valiente.

NAT.

Como que se le atribuyen
unas tres ó cuatro muertes.

PUNT.

(¿Eh?) ¡Jé, jé!

CEL.

(A Teribio.) Cuando te digo,
que es un hombre.

PUNT.

(A Natillas.) ¿Y tú te crees
todas esas paparruchas

que serán cuentos de duendes?

(A todos)

¿Conque, personaje, dicen?

¿Conque tan bravo y tan terne?

¿Conque estais muertos de miedo?

¡Jé, jé! ¡Vaya! Pues va á verse

lo que es un majo...

(Todos se apartan y le abren camino.)
mañana...

por la noche... ¡si Dios quiere!

NAT.

¡Toma!

CEL.

¡Vaya!

TOR.

¡Pues me gusta!

PUNT.

¿Pero es, acaso, que ustedes
se han creído que estas cosas
se hacen así, de repente?...

CEL.

¡Claro!

TOR.

¡Con esas bravatas!...

PUNT.

(Los demás asienten y murmuran.)

¿Ves, Natillas? ¡Si merecen
que, por desagradecidos,

te haga caso... y que lo deje
para pasado mañana.

NAT.

¡O para el año que viene!

PUNT.

Pero, ¿es que piden camorra?

TOR.

¿Cuestión de cuatro cachetes?

CEL. ¿Por qué no?
 PUNT. (A Natillas.) ¿No te decía que se las dan de valientes? Gracias á que son tan pocos, y gracias á que uno puede dominar el genio, y ¡vamos! que te digo que esta gente de Aranjuez no me conoce todavía... ¡me parece!

NAT. Te diré. Tengo sospechas de que ya van conociéndote.
 PUNT. ¡Conque, hasta luego, Natillas, y conste que se agradecen tus cuidados; pero conste que yo no sé contenerme, y que mañana... te juro que voy á ver quién es ese!

NAT. (1) ¿Mañana ó pasado?
 PUNT. Digo que mañana, en cuanto llegue.
 TOR. ¡Tendrá que ver!

PUNT. (2) (Medio mutis.) ¡Ah, señores, ya me olvidaba de ustedes!

CEL. ¿Y qué?
 PUNT. ¡La verdad! No quita lo cortés á lo valiente.
 TOR. ¡Adiós, Juan Bravo! (Dándole la mano.)
 PUNT. (El mismo juego.) ¡Mil gracias!

¡Me voy á ver qué sucede con eso del *choricero*, del Príncipe y de los reyes, porque, si no me consultan, es posible que se enrede!

NAT. ¡Hombre, sí; vete á arreglarlo!
 PUNT. Pero, ¡qué! ¡inmediatamente! (Mutis de jaque, bien estudiado.)

(1) Vecino 2.º—Celedonio—Toribio—Natillas—Puntilloso.
 (2) Vecino 2.º—Celedonio—Toribio—Puntilloso—Natillas.

ESCENA V

NATILLAS, TORIBIO, CELEDONIO y VECINOS

Todos ¡Já, já, já!
 TOR. (1) Pero, ¿de dónde has sacado á esa fiera?
 NAT. ¿Yo? Pues si en Madrid, en el Barquillo, es más conocido que el sol.

CEL. ¡Pues me parece que aquí lo vamos á poner á la sombra!

NAT. ¡Por mí!...
 TOR. Y, hablando de todo, vamos á ver, que tú lo sabes, de fijo. ¿Quién es el hombre?
 NAT. ¿Quién? ¿El de la Irene?
 VEC. 2.º ¡Claro!
 NAT. Pues... no lo sé.
 TOR. ¡Mentira!
 NAT. ¡Bueno!
 CEL. Pero, ¿es posible que entendiéndoos, como os entendéis, la tía de la muchacha y tú?...
 NAT. Pues, ahí verás. Que ni entro en la casa, ni he podido arrancarle media palabra de verdad...
 TOR. Vaya, que disimulas.
 NAT. Vaya, ¡que por estas!
 CEL. Bien, hombre, bien.
 VEC. 2.º Y que nos están aguardando en la hostería del Albillo...
 NAT. También es verdad.
 TOR. (2) ¿Vamos?
 CEL. Vamos.
 TOR. Vente, hombre.
 NAT. No puede ser. ¡Yo tengo mis quehaceres!
 TOR. Pero, ¡qué importancia! ¡Qué has de tener tú, si no eres nadie!

CEL. Vamos, hombre.
 VEC. 2.º Vamos.
 CEL. ¡Déjalos!

(1) Vecino 2.º—Celedonio—Natillas—Toribio.
 (2) Vecino 2.º—Celedonio—Toribio—Natillas.

ESCENA VI

NATILLAS

¡Que no soy nadie! ¿Nadie? ¡Y hay en mí nada menos que cuatro hombres diferentes! ¿A que sí?

Música

Para este número deberán tenerse en cuenta las siguientes indicaciones. Cuando se refiere Natillas á los tipos que describe núm. 1 y núm. 2, se coloca en dos puestos diferentes, á la izquierda de la concha, yendo de izquierda á derecha, y cuando al núm. 3 y número 4, á la derecha de la concha en la misma dirección.



Cuando habla por sí y ante sí se repliega un tanto al centro de la escena, colocándose detrás de la concha, (en el sitio marcado con dos cruces.)

Número uno. Soy un mozo como se estilan por allí, y cuando digo que por allí, ¡dónde ha de ser si no en Madrid!

Como que aquí donde me ven, ¿saben ustedes dónde nací? ¡Pues en la calle del Avapiés!

Número dos. Yo soy un pinche de una cocina casi real, y cuando digo casi real, ¡ya se comprende si estoy mal!

Como que yo para servir, sirvo á la gente de posición, ¡que es la que luego me sirve á mí!

Número tres. Soy un terrible, un espantoso conspirador, y cuando digo conspirador, ¡digo que digo quien soy yo! Como que aquí ¿no sabe usted

lo que tramamos para el motín? ¡dentro de poco se lo diré!

Número cuatro. Soy el novio de una señora muy principal, y cuando digo muy principal y que me quiere sin un real, claro se ve cómo será.

Pues más dulzona que la miel... ¡y con más años que un palmar!

(Yendo al centro de la escena.)

Esto es lo que he sido y lo que soy hoy; digo... lo que somos y no lo que soy.

(Repitiendo el juego de antes.)

Suenen las bandurrias, suenen las vihuelas; yo soy más alegre que las castañuelas, y en viendo á una moza de gracia y salero, le tiendo la capa, le tiro el sombrero.

De las profesiones me gusta la mía, pero sobre todo la repostería; las fuentes de dulces, los platos montados y los ramilletes muy bien adornados.

Vengan los fusiles,
vengan los tambores;
los necesitamos
los conspiradores.
Yo no sé qué cosas
voy a hacer si empiezo.
A Godoy por pillo
le corto el pescuezo.

¿Qué tienes, mi gloria?
¿Qué tienes, mi encanto?
¿Dices que eres vieja?
No, mujer, no tanto.
Pues si eres más dulce
tú, pichona mía,
que todos los dulces
de repostería.

(Al centro.)

Estas son las cosas
que tuve y que tengo;
digo, que tuvimos,
digo que tenemos.

(Repetiendo el juego.)

Para las hembras
con rumbo y sal,
yo soy un mozo
de calidad.

Para los dulces
logro tener,
manos de azúcar,
ojos de miel.

Para la nueva
conspiración,
yo soy un hombre
de corazón.

Y para el culto
de mi beldad,
soy una anguila
de mazapán.

(Al centro.)

Los cuatro tipos
conmigo van,
conmigo viven
en santa paz;
¡ay! pero á veces
alzan la voz,
y se peléan
de un modo atroz.

(Fingiendo la disputa.)

«¡Mal repostero!»
«¡Mal bailarín!»
«¡Pinche grosero!»
«¡Joven ruin!»

(Al centro.)

¡Número uno,
número dos!
¡Silencio! ¡A casa!
¡Ya se acabó!

(Fingiendo la disputa.)

«¡Novio de vieja!»
«¡Conspirador!»
«¡Galán marchito!»
«¡Mira que yo!»

(Al centro.)

Número cuatro,
número tres.
¡Silencio! ¡A casa!
¡Por vida del...
Dentro de mí
los encerré,
juntos y en paz
van otra vez.

¡Sólo quedó
mi propio ser,
un servidor!

Pepe González
y Cabezón,
(vulgo *Natillas*.)

¡Este soy yo!
¡Yo!
¡Yo!

ESCENA VII

NATILLAS y DOÑA TUMBAGA. Esta sale resueltamente por la derecha, dirigiéndose hacia Natillas

Hablado

NAT. (1) ¿Qué miro? ¿Dios santo?
TUM. ¡Mi bien!

NAT. ¿Qué te pasa?
¿Cómo tan de noche sales de tu casa?

TUM. Mira que ninguno de los dos lo sabe.

NAT. Pero, ¿cuando vuelvas?

TUM. ¡Yo tengo mi llave!
(Transición.)
¡Por Dios no me riñas!
Llevaba sin verte lo menos diez horas mortales...

NAT. ¡(Qué muertel!)

TUM. Y como sabía, porque eres así, que estabas de fijo muy cerca de mí...

NAT. Escucha.

TUM. ¡No puedo

(1) Doña Tumbaga— Natillas.

vivir sin oírte!

¡Dil

NAT. ¡Se me ha olvidado lo que iba á decirte!

TUM. ¡Qué lástima!

NAT. ¿Lloras?

TUM. ¡Jesús, qué serfal

NAT. ¡Ah! Sí, ya me acuerdo.

¿Me quieres, Sofia?

TUM. ¿Tú me lo preguntas?

¿que si yo te quiero?

NAT. ¡Dímelo, pichonal

TUM. ¡Más que al mundo entero!

NAT. Pues, dime.

TUM. ¿Qué quieres?

NAT. ¿Quién es ese hombre?

TUM. No puedo...

NAT. Me engañas

TUM. No puedo...

NAT. ¡Su nombre!

TUM. ¡No puedo, bien mío,

por más que me pesel

NAT. ¡Yo si que no puedo

saber quién es esel

Y no te figures

que es que soy curioso.

TUM. No; ¡si ya comprendo

que es que estás celoso!

¿Y, por qué has de estarlo?

NAT. ¡Por lo que me quieres!

¡Asusta lo listas

que sois las mujeres!

(Doña Tumbaga se ruboriza.)

TUM. No te ruborices.

¡Ya ves tú!...

(Natillas besa en la mano á doña Tumbaga.)

¿Qué es eso?

NAT. ¡Qué cosa tan dulce!

TUM. ¡Pues no es más que un besol

¡Miren la osadía

NAT. del picaronazol

TUM. Si me lo permites,

¡te doy un abrazol

TUM. ¡Me voy, que me espantas!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

NAT. ¡Qué tonta!
TUM. ¡Qué loco!
(Cediendo.)
¡Con mucho cuidado!
NAT. ¡Muy poquito á poco!
(Abrazándola estrechamente.)
¡Ay! que eres más dulce
tú, gacela mía,
que todos los dulces
de repostería.
TUM. ¡Ay! mi bien amado...
NAT. ¡Ay!
TUM. Que yo te quiero...
NAT. (¿A que lo adivino?)
LOS DOS ¡Más que al mundo entero!
TUM. ¡Ay! ¿Por qué las horas
tan dulces se acaban?
NAT. ¡Ay, si así nos vieran!
TUM. ¡Ay, no!
NAT. (Nos mataban.)
TUM. ¡Ay, qué bien estamos!...
NAT. Unidos los dos.
TUM. ¡Ay, Jesús! ¡Un hombre!
(Se aparta rápidamente de los brazos de Natillas.)
NAT. ¡Ay, gracias á Dios!
(Doña Tumbaga hace mutis rápidamente por la derecha.)

ESCENA VIII

NATILLAS y DON CÁNDIDO que sale por la izquierda

CÁND. (1) Natillas, no me lo niegues. Te espiaba.
Lo he visto todo!
NAT. Lo siento... por usted.
CÁND. Esa mujer te adora.
NAT. Sí, señor, afortunadamente. ¡Es mucha prenda
ría la que tiene en Madrid!
CÁND. ¡Ah!
NAT. ¿No habéis visto las luminarias que lleva en

(1) Natillas—Don Cándido.

los dedos? ¡Si en todo el barrio no la llaman
más que doña Tumbaga!
CÁND. ¿Y tú la quieres?
NAT. No, señor; me dejo querer.
CÁND. Es lo mismo.
NAT. No; es más cómodo.
CÁND. Cuestión de gustos.
NAT. Adelante.
CÁND. Natillas, tú lo sabes; yo no como.
NAT. Hace usted mal.
CÁND. Yo no bebo.
NAT. Hace usted bien.
CÁND. Yo no fumo, yo no...
NAT. ¡Vamos, que le sale á usted la vida por una
friolera!
CÁND. Esa mujer me tiene trastornado!
NAT. (Por doña Tumbaga.) ¿Esa?
CÁND. No, hombre, no; si ya lo sabes. ¡La Irene!
¡Ay, qué guapa, y qué guapísima y qué re-
teguapísima es! ¡Anda con Dios!
NAT. ¿Pero usted no sabe que la Irene trae ya su
cortejo?
CÁND. Habladurías.
NAT. ¡Bueno! Yo no sé quién es, pero sé, por la
vieja, que es hombre y persona de campañillas... Y además, hay en Aranjuez un capitancito de guardias que dicen que si tuvo ó no tuvo en Madrid con la Irene. Y un majo, pero ¡qué majo! el *Puntilloso*, que también bebe los vientos por ella. Y además, que la Irene es una muchacha buena, sí, señor, á carta cabal, pero tiene un genio que no es para usted. ¡Es una loca de atar! Un diablillo con faldas. De chica corría á todas las del barrio. De mujer no ha retrocedido ante nada. Y, en fin, que lo que usted quiere es que yo con la tía y la tía con la otra y usted...
CÁND. Oye un instante: por hacerla saber que la adoro y que soy el hombre que la conviene... cuanto quieras.
NAT. Eso es indigno de mí.
CÁND. ¡Cinco onzas!
NAT. ¡Eso es indigno!

CÁND. ¡Ochol
 NAT. ¡Eso esl...
 CÁND. ¡Diez!
 NAT. ¡Eso!...
 CÁND. ¡¡Veinte!!
 NAT. Eso ya es otra cosa. ¿Dónde están?
 CÁND. ¡Ven á verlas!
 NAT. No está mal, que así deben principiari los
 conocimientos: por la presentación.

ESCENA IX

DICHOS y el PUNTILLOSO por la izquierda

(Van á salir, cuando el Puntilloso se acerca á Natillas
dándole una palmada en el hombro.)

PUNT. (1) Natillas, escucha.
 NAT. (Volviéndose.)
 ¡Mal rayo me parta!
 Dí. (A don Cándido.) Con su permiso.
 CÁND. (Separándose.)
 ¡No te apures! Habla.
 NAT. (Al Puntilloso)
 ¿Qué quieres? Volando.
 PUNT. Mira, te buscaba.
 porque los amigos...
 NAT. Que estoy sobre ascuas.
 PUNT. Pues, dime y te dejo.
 ¿No he cobrado fama,
 con esos amigos
 tuyos que aquí estaban
 hace media hora,
 de valiente?
 NAT. (Impaciente.) ¡Vaya!
 (Don Cándido se pasea por el fondo fijándose mucho en
 el Puntilloso.)
 PUNT. Pues bien; es el caso
 que abajo en la plaza
 he tenido poco
 después otra zambra
 con un individuo

(1) Puntilloso—Natillas—Don Cándido.

de muy mala facha,
 ¡y he sido otro hombre!
 NAT. ¡Que me alegrol
 PUNT. ¡Calla!
 NAT. Lo menos le diste
 cuatro bofetadas.
 PUNT. Lo miro, y me mira;
 me planto, y se planta;
 le toso, y me tose;
 me exalto, y se exalta;
 me llama «granuja,»
 «cobarde» me llama,
 y yo, consumido,
 loco ya de rabia...
 me quedo parado
 sin decirle nada,
 ¡no por nada! sino
 porque hay circunstancias
 en las que no puedo
 dar con las palabras.
 NAT. ¡Ya!
 PUNT. Pero yo digo,
 y escucha. En la plaza,
 con ese cobarde,
 quizás no quedara
 tan bien como en otros
 lances de importancia;
 pero como al hombre
 con mirarlo basta,
 y como no hacia
 ni media hora escasa
 que con tus amigos,
 ¡que son gente brava!
 quedé como quedan
 los hombres con alma...
 NAT. ¡Vaya!
 PUNT. Los que tienen
 sangre en las entrañas...
 NAT. ¡Vaya!
 PUNT. Me conformo.
 NAT. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!
 PUNT. ¿No es verdad, Natillas?
 NAT. (Rápidamente.)
 ¡Adiós!

PUNT. ¿Ya te marchas?
 NAT. Don Cándido, vamos
 á ver á esas damas.
 PUNT. Lo que yo decía.
 ¡Si me lo encontrara!
 NAT. (Volviendo.)
 Oye. No te pierdas.
 Calma. Mucha calma.
 PUNT. Se hará lo posible;
 pero si me exaltan!...
 NAT. Conque hasta la vista.
 PUNT. Conque hasta mañana,
 que has de ver á un hombre
 entrando en la casa
 de la Irene.
 NAT. ¡Digo!
 ¡Ya no me acordaba! (Yéndose.)
 Adiós... *Puntilloso.*
 CÁND. (A Natillas.)
 ¿El?
 PUNT. ¡Adiós, alhaja!
 CÁND. ¿El que me decías?
 NAT. (A don Cándido.)
 ¡Y cómo las gasta!
 PUNT. (Mirando á Natillas de arriba á abajo.)
 El pobre no tiene
 media bofetada.
 (Salen Natillas y don Cándido por un lado y el Puntilloso por el otro.)

Música

(Desde las últimas frases que preceden al mutis, oyes un «ritornello» del coro de las vecinas. Salen éstas por la izquierda, misteriosamente, cuchicheando entre sí, y van desapareciendo por las puertas de las casas y por la derecha, haciendo grandes aspavientos.)

¿Ha visto usted?
 ¡Jesús, qué horror!
 ¡Cómo está el mundo!
 ¡Valgame Dios!

(Cae un telón supletorio y principia un INTERMEDIO de orquesta. Muy poco antes de concluir el intermedio, hácese la)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Jardín del Príncipe en Aranjuez. Gran perspectiva, de tonos brillantes. En el centro de la escena un alto macizo de boj, que remata en el sitio necesario para dejar libre el primer término, en un pedestal que sostiene un jarrón de piedra. Al pie del pedestal, por un lado y otro, bancos de piedra también. Es de día.

ESCENA X

IRENE, DOÑA TUMBAGA, DON LUIS, EL PUNTILLOSO, NATILLAS, DON CÁNDIDO. Irene aparece de pie, apoyando un brazo en el pedestal. Viste de maja, con mantilla blanca y flores, destacando su busto sobre el fondo del jarrón. Doña Tumbaga, en un banco de frente al público, mirando de reojo á Natillas, plantado picarescamente junto á la primera caja del mismo lado. Por el opuesto, y en el mismo sitio, don Cándido, contemplando amorosamente á Irene. En segundo término, á la izquierda, procurando distinguir á Irene por encima del maeizo de boj, el Puntilloso. En último término á la derecha, don Luis, con uniforme de capitán de guardias, asiste á la escena con cara de enojo. Todas estas figuras deben estar quietas, formando durante algunos momentos un cuadro plástico. De pronto, hace Irene un movimiento de impaciencia, golpeando el pedestal con el abanico, y descomponiendo el cuadro. Coincide con un fuerte en la orquesta; todas las figuras menos la suya y la de doña Tumbaga, desaparecen rapidísimamente y acaba el número

ESCENA XI

IRENE y DOÑA TUMBAGA

Hablado

IRENE (1) Otra vez rondándome. (Con satisfacción.)
 ¿Lo has visto?
 TUM. ¿A quién?
 IRENE ¿A quien ha de ser? A Luis.
 TUM. ¿A Luis? ¡Clarol Pica, pica...

(1) Irene—Doña Tumbaga.

PUNT. ¿Ya te marchas?
 NAT. Don Cándido, vamos
 á ver á esas damas.
 PUNT. Lo que yo decía.
 ¡Si me lo encontrara!
 NAT. (Volviendo.)
 Oye. No te pierdas.
 Calma. Mucha calma.
 PUNT. Se hará lo posible;
 pero si me exaltan!...
 NAT. Conque hasta la vista.
 PUNT. Conque hasta mañana,
 que has de ver á un hombre
 entrando en la casa
 de la Irene.
 NAT. ¡Digo!
 ¡Ya no me acordaba! (Yéndose.)
 Adiós... *Puntilloso.*
 CÁND. (A Natillas.)
 ¿El?
 PUNT. ¡Adiós, alhaja!
 CÁND. ¿El que me decías?
 NAT. (A don Cándido.)
 ¡Y cómo las gasta!
 PUNT. (Mirando á Natillas de arriba á abajo.)
 El pobre no tiene
 media bofetada.
 (Salen Natillas y don Cándido por un lado y el Puntilloso por el otro.)

Música

(Desde las últimas frases que preceden al mutis, oyes un «ritornello» del coro de las vecinas. Salen éstas por la izquierda, misteriosamente, cuchicheando entre sí, y van desapareciendo por las puertas de las casas y por la derecha, haciendo grandes aspavientos.)

¿Ha visto usted?
 ¡Jesús, qué horror!
 ¡Cómo está el mundo!
 ¡Valgame Dios!

(Cae un telón supletorio y principia un INTERMEDIO de orquesta. Muy poco antes de concluir el intermedio, hácese la)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Jardín del Príncipe en Aranjuez. Gran perspectiva, de tonos brillantes. En el centro de la escena un alto macizo de boj, que remata en el sitio necesario para dejar libre el primer término, en un pedestal que sostiene un jarrón de piedra. Al pie del pedestal, por un lado y otro, bancos de piedra también. Es de día.

ESCENA X

IRENE, DOÑA TUMBAGA, DON LUIS, EL PUNTILLOSO, NATILLAS, DON CÁNDIDO. Irene aparece de pie, apoyando un brazo en el pedestal. Viste de maja, con mantilla blanca y flores, destacando su busto sobre el fondo del jarrón. Doña Tumbaga, en un banco de frente al público, mirando de reojo á Natillas, plantado picarescamente junto á la primera caja del mismo lado. Por el opuesto, y en el mismo sitio, don Cándido, contemplando amorosamente á Irene. En segundo término, á la izquierda, procurando distinguir á Irene por encima del maeizo de boj, el Puntilloso. En último término á la derecha, don Luis, con uniforme de capitán de guardias, asiste á la escena con cara de enojo. Todas estas figuras deben estar quietas, formando durante algunos momentos un cuadro plástico. De pronto, hace Irene un movimiento de impaciencia, golpeando el pedestal con el abanico, y descomponiendo el cuadro. Coincide con un fuerte en la orquesta; todas las figuras menos la suya y la de doña Tumbaga, desaparecen rapidísimamente y acaba el número

ESCENA XI

IRENE y DOÑA TUMBAGA

Hablado

IRENE (1) Otra vez rondándome. (Con satisfacción.)
 ¿Lo has visto?
 TUM. ¿A quién?
 IRENE ¿A quien ha de ser? A Luis.
 TUM. ¿A Luis? ¡Clarol Pica, pica...

(1) Irene—Doña Tumbaga.

IRENE ¿Y si ese hombre fuera mi perdición? Hay momentos en que quisiera luchar con él de igual á igual, retarlo, abofetearlo, y en seguida...

TUM. Casarte con él.

IRENE Eso... Porque mira que se portó conmigo como un mal hombre, cuando yo había llegado á quererle más que á las niñas de mis ojos. ¡El miserable!

TUM. ¡Pero por Dios, criatura, ven acá!

IRENE (1) ¡Ingrato!

TUM. Vamos á ver. ¿Qué me dijiste en Madrid, no hace un mes aún? Tía, yo le quiero con delirio.

IRENE ¡Sí!

TUM. Me ha abandonado por otra.

IRENE Verdad.

TUM. Tú eres mi segunda madre, tú eres rica, tú debes ser quien me proteja.

IRENE ¡Claro!

TUM. Está en Aranjuez con la corte y yo necesito ir allí, que vivamos allí...

IRENE Respirar el aire que él respire...

TUM. Solas, solas, para que nadie nos descubra.

IRENE ¡Solas, solas! ¡Podrían venderme! Y á las dos horas lo sabría todo Aranjuez.

TUM. Porque yo he de seguir sus pasos...

IRENE Y los sigo.

TUM. He de impedir que quiera á nadie que no sea yo.

IRENE ¡Y he de ganar la partida, sea como sea!

TUM. ¡Aunque tenga que correr los mayores peligros!

IRENE ¡Aunque tenga que embarcarme en la aventura más desatinada! ¡Ya lo has visto! ¿Voy á perderlo para siempre? ¡No! ¡prefero jugarle el todo por el todo! ¿Qué no habrán hecho por sus hombres las majas de Madrid? ¡Y no ha de decirse que una mujer como yo se ahoga en un charco de agua!

(2) ¡Ay, tía, si estoy local!

(1) Doña Tumbaga—Irene.
(2) Irene—Doña Tumbaga.

TUM. Y no haces más que locuras... Tienes ya escandalizado á Aranjuez.

IRENE (1) ¡Mejor!

TUM. Anoche, cuando salí á la puerta para abrir á tu cortejo, ví por la calle abajo grupos sospechosos.

IRENE ¡Mejor!

TUM. (2) La cara de don Luis mete miedo.

IRENE ¡Mejor que mejor! ¡Ah, si él fuera capaz de alguna hombrada por mí! ¡Si el amor hiciera estallar su cólera! ¡Si para llegar hasta mí echara por la calle de en medio, resueltamente! ¡Ah! Entonces yo te diría. ¡Es el de antes! ¡Es el mío! Pero, ¿y si ya no me quiere como antes? Si es solamente que su vanidad está ofendida y está herido su amor propio desde que le han contado por ahí: «Todas las noches llega un hombre embozado á las puertas de su casa. Y llama, y entra.»—Desde que se ha dicho á sí propio: «Irene ya no es tuya. Irene...»

TUM. ¡Pero, criatura!

IRENE Pues sí, que lo sepa. Que me quiera de una vez ó que acabe de una vez conmigo. Yo se lo diré cara á cara si es necesario. ¡Que rabie! ¡Que sufra! ¡Dentro ó fuera! «El cortejo de la Irene no es un fantasma, ni es solo un espanta-pájaros para alejar de mí á todos esos necios que me enamoran y persiguen. Es como tú, de carne y hueso, y vale más que tú y me quiere más que tú. ¡Ingrato! ¡Ingrato!» Pero, ¿qué miras?

ESCENA XII

DICHAS y NATILLAS

(Natillas, que ha pasado dos ó tres veces por el fondo ha aparecido, coincidiendo con las últimas frases de Irene, á espaldas de ella, y al decir Irene «¿qué mi-

(1) Doña Tumbaga—Irene.
(2) Irene—Doña Tumbaga.

ras? y volverse, cambia con doña Tumbaga una señal de inteligencia.)

IRENE (1) (viéndolo.) ¡Ah! ¡Vamos!...
TUM. ¿Qué quieres, mujer, qué quieres? ¡Todas somos iguales!

IRENE (2) ¡A la vista está!
TUM. No hablamos desde ayer. (En voz baja.) Y me ha dicho, por señas (Las hace.) que tiene que contarme una cosa interesantísima...

IRENE (3) ¡Ah! Pues vete, vete. Después de todo, tú no sabes las ganas que tengo de estar sola.
TUM. Gracias, hija.

IRENE Como lo oyes. ¡Sola, sola! Que no me hablen, que no me enojen... A las siete en la plaza. ¡Vete! (4)

TUM. (Después de medio mutis.) ¡Ah! ¡Cuidado, Irene, calma!

IRENE ¡Corre, corre! ¡Ah, cuidado!

TUM. ¡Mujer!

IRENE Anda, anda... (Irene vuelve a primer término. Natillas sale por detrás de un árbol, donde se habrá recatado, al encuentro de doña Tumbaga. Se estrechan las manos con amorosa efusión, cómicamente, y desaparecen del brazo. Irene los mira sonriéndose.)

ESCENA XIII

IRENE, PEPA, PACA, MANOLOS y MANOLAS

IRENE ¡Pues señor! ¡No sé qué va á ser de mí! (Empiezan á oírse alegres voces de la gente que llega.) ¡Si se me acercara! ¡Si me hablara como en otros tiempos! Me conozco; no sabría resistirle. Pero, ¿por qué no vendrá? ¡Qué jolgorio! ¡Qué bullangal!

MAN. 1.º (Dentro.)
¡Vale una seguidilla de las manchegas...

- (1) Natillas—Irene—Doña Tumbaga.
- (2) Natillas—Doña Tumbaga—Irene.
- (3) Irene—Natillas—Doña Tumbaga.
- (4) Natillas—Doña Tumbaga.—Irene.

PEPA (Idem.)
por veinticinco pares de las boleras!

MAN. 1.º (Sale el grupo en bullicioso tropel; varias parejas.)
Anda pa lante.

VARIAS VOCES } ¡Sigues!
 } ¡Canta!
 } ¡Por aquí!
 } ¡Por aquí!

(El grupo va á atravesar la escena. Pepa, Paca y dos ó tres Manolas más se separan al ver á Irene, y van hacia ella. El resto sigue en el fondo, manteniendo animada conversación y accionando los hombres alegremente con las bandurrias que llevan en las manos, levantándolas, haciendo ademán de ir á tocar, etc., etc.)

PEPA (1) ¡Irene!
PACA ¡Aquí tú!
IRENE ¡Paca, Pepa, chicas! (Se abrazan con grandes extremos.)

PEPA Pero, ¿qué haces tan sola?
PACA ¡Ya andará el diablo cerca!

IRENE ¡Mujer!
PEPA Anda y vente con nosotras. ¿Tú sabes la merienda que hemos tenido? (Irene mirando al grupo á que señalan las otras.)

MAN. 1.º ¡Pero, Pacal! (Desde el grupo.)

MAN. 2.º ¡Pero, Pepal! (Idem.)

PACA ¡Ya va, hombre!

PEPA ¡Ya va!

PACA (A Irene.) Si es que hemos venido medio Madrid, (En voz baja.) porque hay que ver lo que aquí pasa...! ¡Y si arrastran á ese condenado de Godoy!...

IRENE ¡Chical!

MAN. 1.º ¡Pero, Pacal! (Como antes.)

MAN. 2.º ¡Vamos!

PACA ¡Anda, vente! ¡que hay que cantar y bailar!...

IRENE Ahora no. ¿Hacia dónde vais?

PEPA Hacia abajo...

IRENE Pues, dentro de cinco minutos voy á buscaros.

PACA ¿De veras?

(1) Manolo 1.º—Idem 2.º—Pepa—Irene—Paca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
000. 1025 MONTERREY, MEXICO

IRENE ¡De veras!
 PEPA ¡Andandol
 PACA ¡Que vengas!
 IRENE ¡Que voy! (Despidiéndose.)
 TODOS ¡Gracias á Dios!
 IRENE ¡Adiós, Colás!
 MAN. 1.º ¡Adiós, hijal
 IRENE ¡Adiós, Curral (saludándose de un lado á otro.)
 MAN. 2.º

TODOS Por veinticinco pares
 de las boleras.
 ¡Y ole con ole!...
 (Yéndose.)
 Y ole con ole,
 cuidado si valemos
 los españoles!
 ¡los españoles!
 (Palmoteo, risas, bullicio general formando el mutis.
 Y el ruido se desvaneca poco á poco.)

ESCENA XIV

IRENE

¡Si, para cantar estoy yo! Para cantarle á
 ese... ¡á ese! las verdades del barquero. ¡Ay!
 ¿quién se acerca?

ESCENA XV

IRENE y DON LUIS

LUIS (1) ¡Irene!
 IRENE ¡Eh!
 LUIS Irene, óyeme. Un instante.
 IRENE No, gno me dejaste? Pues, déjame para
 siempre.
 LUIS Escúchame.
 IRENE Déjame.

(1) Don Luis. — Irene.

LUIS No quiero recriminaciones; yo sería quizás
 el primero que las hiciera.
 IRENE ¡Luis!
 LUIS No; es que te quiero ahora más que nunca,
 Irene.

IRENE No te creo.
 LUIS Escúchame.
 IRENE Vete. (No sé resistirle.)
 LUIS Dí que me quieres, y todo lo olvido; pero dí-
 melo como antes, ¡con toda tu alma!

IRENE ¡Si no te creol
 LUIS ¿Qué? ¿que tuve un mal pensamiento? ¡Pues
 á olvidarlo! ¿A que consigo hacértelo ol-
 vidar?

IRENE ¿A que no?
 LUIS Ya otra vez, antes de que fuéramos como
 fuimos, el uno para el otro, yo te perseguía,
 me sonreías tú, ya nos queríamos, y, sin em-
 bargo no acabábamos de entendernos.....
 como se entienden al fin una mujer y un
 hombre que van á quererse mucho.

IRENE ¡Luis!
 LUIS Hasta que llegó aquella tarde que ni dispues-
 ta por mi ángel bueno. Los Romeros iban á
 lidiar toros de Peñaranda, y medio Madrid
 dirigíase á la plaza.

IRENE ¿Te acuerdas?
 LUIS No sé por qué; pero al salir á la calle tuve
 de pronto el presentimiento de una gran
 alegría.

IRENE ¡También yo!
 LUIS ¡Como que iba á verte!
 IRENE ¡Como que iba á encontrarte!

Música

LUIS ¡Irene mía!
 ¡mi ilusión!
 IRENE ¿Quién te ha querido
 como yo?
 LUIS Reclinada en tu calesa
 y embozada en la mantilla,
 con el aire de una Reina
 satisfecha de reinar;

con claveles repartidos
en el pecho y el tocado,
tú bajabas por la cuesta
de la calle de Alcalá.

Tu precioso traje,
de color de rosa,
dibujaba, ciñendo sus curvas,
tu busto hermosísimo, tu talle gentil.

Brillaban tus ojos
con rayos de aurora;
pasabas radiante,
y como diciendo:
¡Que yo voy aquí!
Reclinada en la calesa
y embozada en la mantilla,
yo bajaba por la cuesta
de la calle de Alcalá,
caminito de la plaza,
cuando tú desembocaste
de improviso, por el Prado,
caballero en tu alazán.

El potro marchaba
tan bien enjaezado,
bracéaba con tal gallardía
que toda la gente fijábase en él.
Y tú, vanidoso,
vestido de majo,
clavado en la silla,
mirabas á todos
con aire de Rey.

Caminito de la plaza,
¡qué de gente por la calle
vocéaba!

Caminito de la plaza,
¡las carrozas y calesas
que pasaban!

Con rayos ardientes
el sol deslumbraba.
Los trajes vistosos
de majos y majas
brillar parecían
con luces de llamas,
y en todos los coches
las ruedas giraban
lanzando más chispas
que el hierro en la fragua.

Cundían las voces,
crugían las trallas
sobre las cabezas
de jacos y jacas,
casi como tiros
que se dispararan;
ruidosas colleras
alegres sonaban,
gritando á la gente:
¡Venid á la plazal

Tus ojos de fuego
clavabas en mí.
Seguí mi camino.
Y yo te seguí.

Corría, volaba,
mi coche al rodar.
Trotaba ligero
mi potro detrás.

De pronto á mi lado
llegar te sentí.

Clavando mis ojos
ardientes en tí.

Y aquella mirada
de loca pasión...

Poniendo en las tuyas
un rayo de amor
te dijo en silencio:

¿Me quieres, al fin?
¡Yo, sólo con una,
te dije que sí!

LUIS ¡Qué tarde tan bella!
¡qué espléndido soll
¡Qué loca alegría,
sentimos los dos!

LOS DOS ¡Qué loca alegría
sentimos los dos!

IRENE Siguiéndome tú.

LUIS Siguiéndote yo.

LOS DOS ¡Bajo el cielo azul
lleno de esplendor!

IRENE Mirándome tú.

LUIS Mirándote yo.

LOS DOS ¡Por entre la luz
dorada del sol.

IRENE Con honda inquietud.

LUIS Con viva emoción.

IRENE Queriéndome tú!

LUIS Queriéndote yo!

LOS DOS Con honda inquietud.

LOS DOS Con viva emoción.

LOS DOS ¡Queriéndome tú!

LOS DOS ¡Queriéndote yo!

LUIS Tú eres mi vida;
y he de olvidarte
si aliento solo
para adorarte?

IRENE ¡Y aun escarneces
mi amor sincero,
cuando tú sabes
lo que te quiero!

LUIS No me es posible
vivir sin tí.

IRENE ¿Sabes acaso
lo que sufrí?

LUIS Yo te suplico
paz y perdón.

LUIS Quíereme, quíereme,
¡por compasión!

IRENE ¡No, no te apartes
nunca de mí!

IRENE Quíereme, quíereme,
¡como yo á tí!

LOS DOS Y con las manos entrelazadas,
símbolo grato de nuestra unión,
renovaremos horas pasadas
entre los éxtasis de nuestro amor;
en las de Mayo, tardes serenas,
campestres jiras volviendo á ver;
en las veladas de las verbenas
de Maravillas y el Avapiés.

¡No, no te apartes
nunca de mí!

¡Quíereme tanto
como yo á tí!

Hablado

LUIS ¡Irene! ¡Irene!

IRENE (1) ¡Calla! ¡Calla! (No, no, calma; necesito lle-
gar hasta el fin.) Me trastornas el juicio, y
sin embargo...

LUIS ¿Qué? ¡Habla!

IRENE ¡No me quieres!

LUIS ¿Qué dices?

IRENE No, no es tu cariño de antes lo que no te
deja vivir. ¡Esto, esto!...

LUIS ¡Irene!

IRENE No; son los celos, ¡qué sé yo! ¡el amor propio!

LUIS ¡Irene!

IRENE La pícara vanidad que tenéis los hombres.
(Con rabia.) ¡Sí, celos, sí! (Cambiando de tono.)

LUIS Pero, mujer, por Dios, ¿para qué me haces
hablar si á mí me bastaba con saber que me
quieres aún?...

IRENE ¡No! ¡Si no te quiero!

LUIS Con que me dejaras el campo libre para sa-
ciar en ese hombre toda la ira que me está
consumiendo las entrañas...

IRENE ¡No! ¡Si no me quieres! (Así, así.) ¡Ya me lo
has probado! ¡Si te entregué el alma y la
vida, y me las robaste malamente!

LUIS ¡Irene!

IRENE (2) ¡Vete ó me voy!

(1) Irene—Don Luis.

(2) Don Luis—Irene.

LUIS Pero, ¡desgraciada! Oyeme. ¿Todavía te atreves á hablarme de ese modo, cuando no parece sino que has venido á Aranjuez para mofarte de mí?

IRENE ¡Quizás!

LUIS Para ser el escándalo del pueblo...

IRENE Por tu culpa ¡Si no me hubieras abandonado!

LUIS Para ser mi martirio, porque yo te quiero con locura...

IRENE (Burlonamente.) ¿De veras?

LUIS ¡Con desesperación!

IRENE (¡Ah! ¡Por fin!) (Desde este instante, cada vez que habla Luis, Irene le oculta el rostro, mientras deja ver al público su satisfacción.)

LUIS Pues bien, Irene; tu...

IRENE ¿Qué vas á decir?

LUIS Tú... cortejo...

IRENE Vale más que tú y me quiere más que tú.

LUIS ¡Irene!

IRENE Tú me olvidaste y él es mejor, y más fiel y no me dejará nunca.

LUIS ¿Y tú le quieres?

IRENE ¿Que si le quiero? ¡Como á mi misma!

LUIS Te advierto que podría costarle la vida.

IRENE Ya será menos; pero te juro que moriría con él.

LUIS ¿Sabes tú acaso de lo que yo sería capaz por tí?

IRENE ¿Por mí? Dímelo, dímelo. (En un instante de pasión. Cambiando de tono.) Pero, no; no me amenazas. ¡Já, já! (Volviendo al juego anterior.) Me río de tus amenazas.

LUIS Pronto has de ver quién soy.

IRENE (¡Si! ¡Pronto! ¡Pronto!) Cuando quieras. Estamos en paz.

LUIS No; ahora, ahora es cuando principia la guerra.

ESCENA XVII

IRENE sola

(Le sigue con la vista y exclama al fin con gran alegría.) ¡Ah! ¡Si, me quiere! ¡me quiere! ¡me quiere! Hablaba con el corazón en la mano. ¡Dios mío de mi alma, qué feliz soy! Pero, ¿y si me engañara otra vez? ¡Pronto he de verlo! Nada, nada, ¡adelante! ¿Y si estoy jugando con fuego? ¡Adelante! Me dan ganas de reír, y estoy por echarme á llorar... ¡Y que se hayan de pasar por un hombre todas estas fatigas! ¡Otra vez! (Durante las últimas palabras se habrá oído en «crescendo» el bullicio de las manolas y de los manolos que vuelven.)

ESCENA XVIII

IRENE, PACA, PEPA, MANOLOS y MANOLAS

Música

ELLOS Sigán, muchachas.
Vamos *pá* allá.

ELLAS Basta de vueltas
y á descansar.
¡Para cantar!
¡Para bailar!

ELLOS ¡Ay, yo no puedo
no puedo más!

ELLAS Pronto dáis la vuelta.
Miren dónde está.

IRENE Iba ya á buscaros.

ELLOS ¡Qué casualidad!

ELLAS ¿A quién aguardabas?

IRENE ¿Quién es el galán?

ELLOS ¡A nadie!

ELLAS Silencio.

ELLOS ¡Jesús!

ELLOS ¡A callar!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cto. 1625 MONTERREY, MEXICO

32799

Todos ¡Y á bailar!
¡A bailar
y á cantar!
¡A cantar!

PACA ¡Unas seguidillas!
PEPA ¡Que cante la Irene!
IRENE ¿Las canta quien tiene más penas que días?
PACA ¡Las canta quien puede!
Quien llora y quien ríe.
Quien ama y quien tiene
una voz como tú, que es de un ángel.
IRENE ¡Pues anda y que empiecen!

ELLOS La Paca y Juanillo,
Jesusa y Colás,
¡que salgan y bailen,
y vamos allá!
(Bailan dos parejas al son de las seguidillas siguientes.)

IRENE Cuando baila una moza
retebonita,
con salero y con gracia
las seguidillas,
«¡Anda, salero!»
cantan los que la miran;
«¡Viva tu cuerpo!»
CORO «¡Anda, salero!»
cantan los que lo miran;

«¡Viva tu cuerpo!»
Canto riendo,
y mientras canto y río
lloro por dentro.

IRENE Niña, que por un hombre
sufres tristeza,
que es como estar pasando
la pena negra,
¡déjalo y canta!
que cantando y bailando
las penas pasan.

CORO Déjalo y canta,

IRENE que cantando y bailando
las penas pasan.
¡Ay de quien canta
alegrías que luego
saben á lágrimas!

ESCENA XIX

DICHOS y ALIFONSO con un grupo de gente del pueblo (comparsas) que le siguen. Continúa la música

ALIF. Basta ya de fiesta.
CORO ¿Qué dices?
ALIF. Oid.

Cruzando venimos
por todo el jardín.
Urge ya que sepan
todos por aquí
lo que está pasando,
lo que va á ocurrir.

ELLOS ¿Qué será?
IRENE }
ELLAS } ¿Qué será?
ALIF. } ¡Que el motín
va á estallar!

UNOS ¿Sí?
OTROS ¡Sí!
ALIF. ¡Sí!
TODOS ¡Va á estallar
el motín!

IRENE ¡Ojalá!

ALIF. Todo está dispuesto
con maña y sigilo,
para que los reyes
se marchen hoy mismo.

IRENE { Para que los reyes
CORO { se marchen hoy mismo.
ALIF. Dicen que los pobres
en balde protestan,
¡y que á don Fernando
también se lo llevan!

IRENE } ¡Y que á don Fernando
 CORO } también se lo llevan!
 ALIF. La gente ya bulle
 por calles y plazas.
 ¡El vil favorito
 dirige la trama!
 IRENE } ¡El vil favorito
 CORO } dirige la trama!
 TODOS } ¡Muera Godoy!
 ¡Hay que arrastrar
 á ese traidor!
 ¡Vamos allá!
 Que por fin ha llegado ya el día
 de saciar nuestros odios en él.
 IRENE Que, no en vano, Madrid sus manolos
 ha querido mandar á Aranjuez.

—

CORO A los sonidos de las bandurrias
 ya su privanza se desmorona.
 IRENE Y con bandurrias y con guitarras
 celebraremos nuestra victoria.
 CORO Y con bandurrias y con guitarras
 celebraremos nuestra victoria.
 ¡Pues no que no!
 ¡Muera el infame!
 ¡Muera Godoy!
 HOMBS. Allá va la valiente
 manolería,
 lo mejor que en sus barrios
 la corte cría.

—
 Los manolos en busca
 del vil traidor,
 para echarlo á la calle
 por el balcón.

—
 Mujs. Las manolas siguiendo
 tras sus manolos,
 porque no quieren nunca
 dejarlos solos.

Para ver si concluyen
 con el traidor,
 para ver cómo salta
 por el balcón.

HOMBRES

MUJERES

Las manolas en busca,
 etc., etc.

Para ver si concluyen,
 etc., etc.

MUJS.

¡Búscalos! ¡Síguelo!
 ¡Cógelo! ¡Préndelo!

HOMBS.

¡Yo te aseguro
 que doy con él!

MUJERES

HOMBRES

¡Búscalos! ¡Síguelo!
 ¡Cógelo! ¡Préndelo!

¡Búscolo! ¡Sígolo!
 ¡Cójolo! ¡Préndolo!

IRENE

¡Que nos aguardan
 en Aranjuez!

CORO

¡Que nos aguardan
 en Aranjuez!

TODOS

Aquí va la valiente
 manolería,
 lo mejor que en sus barrios
 la corte cría.

Y en llegando la noche
 tendrá que ver
 el motín de los majos
 en Aranjuez.

(Desfilan todos y al comenzar briosamente el desfile se
 hace la mutación.)



CUADRO TERCERO

Telón corto de calle en Aranjuez. Es de noche

ESCENA XX

DON CÁNDIDO y NATILLAS salen por la izquierda. En un reloj dan las diez

NAT. (1) ¡Las diez!

CÁND. Y nublado.

NAT. Van á llover chuzos.

CÁND. Y balas. ¡Cómo están esas calles de gente!

NAT. ¿Tiene usted miedo?

CÁND. ¡No! (¡Espanto!) Si no fuera porque se trata de esa mujer... ¡Ay, qué rica!

NAT. ¡Bueno, bueno, don Cándido! ¡Deje usted esas cosas para después!

CÁND. Por supuesto que eres un hombre.

NAT. ¡Lo que á mí no se me ocurra delante de un puñado de oro! Mire usted, yo estaba cavila que te cavila. Y me siento delante de la mesa. Y empiezo á poner las onzas en fila. Una, dos, tres, cuatro... Y de repente, ¡zás!

(Dándose una palmada en la frente.)

CÁND. ¿Cómo?

NAT. ¡Todo resuelto! «Don Cándido viene conmigo; yo llamo, acude la vieja, le digo dos ó tres cosas ¡vamos! *casas...* y abre y me cuelo, y don Cándido detrás, y después...»

CÁND. ¡El otro!

NAT. O el diluvio. Pero, ¡vaya, que habla usted con la Irene donde nadie lo vea!

CÁND. ¡Ay, Natillas!

NAT. ¡Vamos, vamos!

CÁND. ¡Ay, qué rica; qué rica! (Vanse por la derecha.)

(1) Natillas—Don Cándido.

ESCENA XXI

DON LUIS y ALIFONSO por la izquierda. Don Luis viste traje de chispero, con sombrero redondo de alas anchas. Tanto él como Alfonso llevan capas oscuras.

ALIF. (2) Pero, don Luis; que el motín va á estallar de un momento á otro.

LUIS ¡Calla y obedece! ¿No has sido mi hombre de confianza para la conspiración? Pues has de serlo en todo. El motín no estallará hasta las doce, cuando suenen un disparo y un toque de corneta. Nos sobra tiempo.

ALIF. Será así porque usted lo dice.

LUIS Yo necesito averiguar en seguida quién es ese hombre, Ya lo sabes. Llamaré á la casa poco antes de la hora á que él acostumbra llamar. Si este traje tan parecido al suyo, y la obscuridad de la noche no me valen para que me confundan con él, no importa. Yo entraré de todas maneras. ¡Estoy decidido y entraré!

ALIF. ¡Don Luis!

LUIS Sabré reducirlas al silencio, y aguardaré la llegada del otro... ¡miserable!

ALIF. Calma, don Luis.

LUIS ¿Qué temes?

ALIF. Como temer, nada. Pero cuanto ocurre en este lance es tan extraño, tan particular... Oígame usted, puesto que debe saberlo todo quien á todo está decidido. Hace ya bastantes noches iba á entrar yo por la calleja á donde cae la puerta del corral—la del corral, no la de la tapia—en casa de la Irene, cuando senti ruido en la misma puerta. Me escondí tras la esquina y abrieron. Serían las once y media. Apareció la vieja, observó á un lado y otro, y segura de no haber visto á nadie, miró hacia adentro, é hizo una seña, y salió un hombre.

(1) Don Luis—Alfonso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

LUIS (Impaciente.) Continúa.
 ALIF. La vieja entró y cerró, y el hombre tomó calle abajo. Seguí tras él á distancia. Marchaba resueltamente, pero muy envuelto en la capa, subida hasta los ojos. Recorrió algunas calles muy á prisa, llegó á la plaza y la cruzó despacio, y más despacio aún tomó desde la plaza el camino que conduce á casa de esa mujer. ¡Hombre más extraño! Desde lejos parecía querer llamar la atención de la gente. Desde cerca, parecía esquivarla. Y en resumidas cuentas, que llegó y llamó y entró, porque aquel hombre era, como ya habrá comprendido, el cortejo de la Irene. ¿Qué dice usted?

LUIS Nada.
 ALIF. Pues yo si digo, don Luis; digo, ¿qué sé yo! Que esa gente no juega limpio. Yo no sé lo que es, si conspiración, si asechanza, si brujería... pero, vamos, que eso de que usted entre en la casa se me figura á mí que es como meterse en la boca del lobo.

LUIS ¡Ah! Pues entraré y muy pronto. ¡No más dudas! Tú vienes conmigo y tú has de rondar la casa mientras yo esté dentro, porque necesito saber, suceda lo que suceda, que hay alguien cerca de mí que vela por mi vida, y que no ignora donde estoy. Nada más.

ALIF. ¡Pero, don Luis!
 LUIS Obedece.
 ALIF. Obedezco.

ESCENA XXII

DICHOS y el PUNTILLOSO por la izquierda

(No reparan ellos en él ni él en ellos.)
 PUNT. (1) (Saliendo asustado.) Creí que aún me seguía. Ese cobarde, de anoche la ha tomado conmigo y voy á tener que matarlo.

(1) Don Luis—Alfonso—Puntilloso.

LUIS Y ahora, ven, y embocémonos, que conviene examinar antes el terreno. Ya sabes. Son tres puertas: la de la casa, la de la tapia, por la que también suele entrar, abriéndola con llave, y la otra...

ALIF. Vamos. (Mutis por la izquierda.)
 PUNT. Yo me recogería, pero ¿quién se queda sin ver el motín, aunque no sea más que desde la barrera? (Mutis por la derecha.)

CUADRO CUARTO

Patio en casa de la Irene. Al fondo, ocupando dos terceras partes del mismo, de izquierda á derecha, fachada posterior de la casa, con ventana ó ventanas y puerta practicable. Se baja al patio por dos ó tres escalones. En la otra parte del fondo tapia que arranca de la casa, con puerta practicable también y que, haciendo primeramente esquina, baja diagonalmente, por la derecha, hasta primer término. En el espacio libre del mismo lado, que se supone ser el de una calle, árboles. A la izquierda, desde el fondo á primer término, otra fachada, que hace esquina con la citada ya, y en cuyo centro habrá una gran puerta, sin hojas, practicable también, como de corral, cuadra ó cochera. A este lado del patio, y cerca de las fachadas, un pozo.

ESCENA XXIII

DOÑA TUMBAGA, NATILLAS y DON CÁNDIDO por la puerta de la casa

TUM. (1) (Doña Tumbaga sale con un farol en la mano.)
 ¡Por la Virgen del Amparo
 y por Cristo Nazareno,
 váyanse, váyanse.

NAT. ¿Cómo
 voy á decir que no quiero?

TUM. ¿Conque no te vas?
 NAT. Lo dicho.

TUM. ¿Y usted, don Cándido?
 CÁND. Menos.

(1) Don Cándido—Natillas—Doña Tumbaga.

TUM. ¡Ay, si la Irene se entera!
 NAT. Eso buscábamos.
 CÁND. Eso.
 NAT. Que es preciso que la Irene se deje ya de embelecos, y que escuche las palabras del señor, que es hombre serio.
 (Doña Tumbaga se santigua.)
 (A doña Tumbaga.)
 Y después, el mismo día, hacer los dos casamientos.
 CÁND. ¿Pero esa chica no ha oído que hemos llamado?
 NAT. ¡Y de recio!
 (Voces de riña, dentro, que crecen confusamente hasta el fin de la escena.)
 TUM. ¡Natillas, me has engañado!
 NAT. ¡No te incomodes, mi cielo!
 TUM. ¡Natillas, que me has perdido!
 CÁND. ¡Natillas, que vuela el tiempo!
 TUM. Te digo que no ha de verla.
 CÁND. ¡Te digo que no la veo!
 TUM. ¡Que se vaya, ó no respondo!
 CÁND. ¡Que yo no he venido á esto!
 TUM. ¿Qué te dice?
 CÁND. ¿Qué te dice?
 TUM. ¡Pronto!
 CÁND. ¡Pronto!
 NAT. ¡Bueno, bueno!
 TUM. ¡Tú me engañas!
 CÁND. ¡Tú me engañas!
 TUM. Ya adivino.
 CÁND. Ya comprendo.
 VOZ (Dentro.)
 ¡Anda con él!
 PUNT. (Dentro.) ¡Ah, cobarde!
 (Ruido dentro de farol que cae hecho añicos.)
 TUM. ¡Cielos!
 CÁND. ¡Cielos!
 NAT. ¡Cielos!
 LOS TRES ¡¡Cielos!!

ESCENA XXIV

DICHOS y el PUNTILLOSO que salta por la tapia y cae al saltar

Música

PUNT. (1) ¡Socorro!
 LOS OTROS TRES ¡Se ha matado!
 PUNT. De buena me he escapado.
 ¡Me dió!
 CÁND. ¡Se mató!
 NAT. ¡Se escacharró!
 TUM. ¡Se reventó!
 PUNT. ¡Oh!
 LOS DEMÁS ¡Oh!
 VOZ DENTRO ¡Cómo saltan los valientes!
 CÁND. ¡Esas voces!...
 NAT. ¡Esa voz!...
 PUNT. ¡Si no fuera por la tapia ya te lo diría yo!
 ¿Si me habrán visto?
 ¿Dónde estaré?
 ¡Ay, que no puedo ponerme en pie!
 ¡Por Dios!
 CÁND. ¡Natillas!
 TUM. ¡Natillas!
 NAT. Déjenme ver.
 No puede el pobre ponerse en pie.
 PUNT. ¡Ay, me duelen las costillas!
 ¡Ay, me duele el esternón!
 ¡Ay, me duele todo el cuerpo!
 ¡Ay, Dios mío, qué dolor!
 CÁND. ¡Ay, Natillas, qué conflicto!
 TUM. ¡Ay, Natillas! ¿qué será?
 CÁND. ¡Ay, por Dios!
 NAT. Prudencia y calma y á callar.
 TUM. ¡Ay, Dios Santo!
 TUM., CÁND. ¡A callar á callar!

(1) Puntilloso—Natilla:—Don Cándido—Doña Tumbaga.

PUNT. ¡No me puedo sostener;
(Trata de incorporarse.)

NAT. ¡No se puede levantar!

PUNT. Me parece que salí
de estampía sin querer;
me parece que corrí
sin poderme contener;
me parece que le huí,
me parece que salté,
me parece que caí...

TUM. ¡Pero no me acuerdo bien!
Me parece que es un hombre

CÁND. Eso digo yo también.

NAT. ¡Me parece que es un tuno
y yo voy a ver quién es!

PUNT. ¿Eh? (Levantándose.)

LOS OTROS ¿Eh?

PUNT. No, no. No hay nadie.

NAT. ¡No se nos ve!

PUNT. ¡Yo no quiero suponer
lo que pasa entre los dos
si yo hubiera sido él
y él hubiera sido yo!
El echándose a correr,
y pidiéndome favor,
y ganándose después...
la paliza que me dió!

CÁND. Ten prudencia.

TUM. Ten prudencia

CÁND. ¡Por piedad!

TUM. ¡Por compasión!

NAT. ¡Qué es un tuno te repito
y que voy a verlo yo.

PUNT. ¡Oh!

LOS OTROS ¡Oh!

PUNT. ¡Cielos, hay gente!

NAT. ¡Venga el farol!

(A poderándose del que ha sacado doña Tumbaga.)

TUM. ¡Virgen santa

CÁND. del Amparo!

TUM. ¡Ay, Natillas!

NAT. ¡Ah, bribón! (Pursiguiendo al Puntilloso.)

PUNT. (Huyendo.)

¡Y que tiemble

como tiemblo,
un valiente
como yo!

TUM. (1) ¡Calma, calma!

CÁND. ¡Poco a poco!

NAT. ¡Se ha escondido!

¡Vive Dios!

(El Puntilloso se ha escondido detrás del pozo. Natillas lo ve.)

¡Ah, tunante!

PUNT. (Que sigue huyendo.)

¡Yo lo mato!

TUM. ¡Ay, socorro! (Corriendo despavoridos.)

CÁND. ¡Por favor!

TUM. ¡Ay, Natillas!

NAT. ¡Que se escapa!

CÁND. ¡Ay, Natillas!

NAT. (Resueltamente.)

¡Se acabó!

PUNT. (Huyendo hacia la tapia.)

¡Que se pierden!

¡Que me pierdo!

(Queda pegado a la tapia, y de espaldas a ésta, Natillas le echa a la cara la luz del farol.)

PUNT. (2) ¡Me ha clavado!

NAT. ¡Lo he clavado!

TUM. ¡Lo ha clavado!

CÁND. ¡Lo ha clavado!

PUNT. ¡Me clavó!

NAT. ¡Se acabó!

TUM. ¡Lo clavó!

CÁND. ¡Lo clavó!

Hablado

NAT. (Reconociéndole.) ¡Toma; si es el Puntilloso!

PUNT. ¡Tú!

CÁND. (A doña Tumbaga.)

¡Silencio!

PUNT. (A Natillas.) ¡Qué imprudente!
Pero hombre, ¿por qué no hablaste?

(1) Doña Tumbaga—Don Cándido—Natillas—Puntilloso.

(2) Puntilloso—Natillas—Don Cándido—Doña Tumbaga.

¿A qué venía exponerte á que yo te hubiera dado un susto?

NAT. ¿Qué te sucede?
PUNT. ¿Qué quieres tú que le ocurra á un hombre á quien todos temen?
(A pesar de lo que finge, muy azarado y mirando á un lado y otro.)

NAT. Vamos, habla con franqueza.

PUNT. Te digo que francamente...

NAT. Pero, ¿tú sabes que estamos en la casa de la Irene?

PUNT. (En la?... (Transición.) ¡Vaya una noticia la que viene á darme éste!

¿Pero es que te has figurado que yo no soy el de siempre?

¿Pues no lo oyeron anoche todos? ¡Pues aquí me tienes!

¡Ya estoy dentro de la casa, y voy á ver quién es ese,

y á hacer lo que no ha sabido hacer ninguno de ustedes!

¿Cómo entraste?...

NAT. ¿Cómo entraste?...

PUNT. ¡Por asalto!

¡Como los hombres de temple!

¡De rondón!

NAT. (¡Sí; de cabeza!)

¡Vaya, señores, acérquense!

CÁND. Pero...

TUM. ¡Natillas!

NAT. ¡No es nadie!

¡No es nada más que un valiente!

(Se oyen dos golpes dentro.)

TUM. ¡Jesús, Jesús! ¡Virgen Santa!

CÁND. ¿Qué, señora?

PUNT. ¿Qué sucede?

TUM. ¡El!

NAT. ¿Cómo?

TUM. ¿No habeis oído?

¡El cortejo de la Irene!

CÁND. (1) (A Natillas.)

¿Lo estás viendo? ¡Me perdistel

(1) Doña Tumbaga—Don Cándido—Natillas—Puntilloso.

NAT. ¿A dónde vas?
(Al Puntilloso que ha retrocedido y mira á todos lados.)

PUNT. ¡Ahí lo tienes!
Lo que siento es que me coja esta noche poco fuerte... ¡y que yo me luzco sólo y no delante de gentel (Otro golpe. Buscando salida.)

CÁND. ¡Demonio!

NAT. ¡Llama con prisal

TUM. ¡Váyansel

NAT. ¡Nol

TUM. ¡Que me pierden!

¡Salten la tapial

PUNT. ¡Eso nunca!

NAT. ¿Por qué no? ¡Pues tú bien puedes!

TUM. (1) (Llevádoles hacia la puerta izquierda.)

Por aquí, pasen adentro,

que allá podrán esconderse.

(Otro golpe más recio.)

¡Ya val! (Saliendo.)

(2) ¡Por Dios! ¡Ay, Natillas,

que se escondan! ¡Que me pierden!

(Sale por la puerta de la casa precipitadamente.)

ESCENA XXV

EL PUNTILLOSO, NATILLAS y DON CÁNDIDO á la izquierda

NAT. ¡Con los tres no se atreverá! Y lo que es yo no me quedo sin saber quién es.

CÁND. ¡Ni yol! (Colocándose detras de Natillas.)

PUNT. ¡Pues yol... (Idem detras de don Cándido. Natillas ve el juego y se coloca el último.)

CÁND. ¡No! (Se coloca el último.)

PUNT. ¡No! (Idem, idem; vuelve á quedarse Natillas el primero.)

NAT. ¡Vaya! (Resignándose.) ¡Pues yol

(1) Natillas—Don Cándido—Puntilloso—Doña Tumbaga.

(2) Doña Tumbaga—Natillas—Don Cándido—Puntilloso.

ESCENA XXVI

DICHOS, DOÑA TUMBAGA y DON LUIS por la puerta de la casa. Don Luis trae de la mano á doña Tumbaga. Bajan á primer término. Los otros tres quedan á la espalda, medio ocultos por el pozo á la izquierda

LUIS (1) ¡Habla! ¡Responde! ¿Te has vuelto muda?
TUM. ¡Don Luis!
NAT. ¡Don Luis!
PUNT. ¡El!
CÁND. ¡Ah!
LUIS ¡Habla te digo!
NAT. ¡Seguidme, seguidme! ¡Este sí que es un golpe!
PUNT. ¡Que lo sepa todo Aranjuez! (Se escurren sigilosamente y salen por la puerta del foro.)

ESCENA XXVII

DOÑA TUMBAGA y DON LUIS

LUIS Vamos, habla.
TUM. ¡Pero, don Luis!
LUIS ¿Qué miras?
TUM. ¡Vaya! Se han escondido ó se han marchado. Del mal el menos.)
LUIS ¿Tú sabes á lo que vengo?
TUM. Lo supongo. ¿Y tú sabes á lo que te expones?
LUIS Sí, pero estoy tranquilo. Nada me puede coger de sorpresa.
TUM. ¿Nada?
LUIS Nada.
TUM. Mucho decir es.
LUIS ¿Lo dudas?
TUM. ¡Qué he de dudar! Y creo algo más. Que quieras á Irene de veras, como quiere un hombre cabal.
LUIS ¡Gracias á Dios!

(1) Natillas—Don Cándido—Puntillero—Doña Tumbaga—Don Luis.

TUM. Porque .. ¿sabes lo que ella me decía esta tarde después de esas palabras que habeis tenido en el jardín?
LUIS ¡Ah! Pero ¿tú sabes?
TUM. ¡Naturalmente! Pues me decía: si don Luis no me quiere de verdad, pronto se le pasará la ventolera como la otra vez. Pero...
LUIS Acaba.
TUM. Pero si es verdad que me quiere tanto como yo le quiero...
LUIS Si.
TUM. Salta por todo, y entra esta noche en casa y no deja títere con cabeza.
LUIS Luego ¿me esperabas?
TUM. La verdad, yo no.
LUIS ¿Y ella?
TUM. Ella, sí. Ella te quiere más, mucho más de lo que tú te mereces.
LUIS ¿Ella?
TUM. ¡Sí, ella, Irene! En seguida iba yo á hacer por un hombre lo que ella hace por tí. Y para que al fin tú la dejes por loca.
LUIS ¡No, eso no! Ya ella sabe que siempre me entusiasmaron sus locuras, su valor, sus arranques, su alma. Ya me conoce. Pero, ya ves tú. Me trastorna. Me asegura que ese hombre, ese chispero maldito, ese cortejo escandaloso, vale más que yo.
TUM. ¡Claro!
LUIS Y que la quiere más que yo.
TUM. Y es cierto.
LUIS Y que si yo lo mato morirá con él.
TUM. Y es verdad.
LUIS ¿Luego tengo un rival, un verdadero rival, y tú también te atreves á decírmelo?
TUM. ¡Naturalmente!
LUIS Mira, terminemos de una vez. Llamala, si es que no está escondida, y escuchádonos por ahí. Llamala. Y que tenga el valor de repetírmelo cara á cara.
TUM. (1) No puede ser. Irene ha salido. (Socarronamente.)

(1) Don Luis—Doña Tumbaga.

LUIS ¿Que ha salido? ¿A estas horas y en noche de motín? (Música en la orquesta.)
 TUM. ¡Buena es ella para retroceder ante nada!
 LUIS ¿Pero ese hombre va á venir?
 TUM. Sí. (Abrese la puerta de la tapia.)
 LUIS ¡Ah! Pues entonces... entonces... ¡yo daré cuenta de él! (Aparece un chispero embozado.)
 TUM. Vendrá con ella.

ESCENA XXVIII

DICHOS é IRENE

IRENE (Dejando ver el rostro.) ¡Ah!
 LUIS ¿Con ella?
 TUM. Pero, ¡tonto! ¡si su cortejo es ella misma!
 LUIS ¿Irene?
 TUM. ¿Qué no habrá hecho por tí?
 LUIS No, no es posible.
 TUM. Sí, porque te quiere con locura.
 LUIS Nunca me querrá tanto como yo á ella.
 IRENE ¡Ah! (Desembozándose)
 LUIS Pero, óyeme, óyeme. ¿Tardará mucho en llegar? Estoy impaciente por verla. ¡Con traje de chispero! ¡Estará preciosa!
 IRENE (1) Tú lo dirás.
 LUIS ¡Irene! (Viéndola.)
 IRENE ¡Luis!
 LUIS ¡Irene! } (Abrazándose.)
 TUM. Digo, ¿eh? ¡Ay, Natillas! Mañana me visto yo de majo.

ESCENA XXIX

DICHOS, NATILLAS, PUNTILLOSO, DON CÁNDIDO y parte del CORO

CÁND. } (Entrando.)
 NAT. }
 LUIS } ¡Pronto! ¡Seguidnos!
 IRENE } ¡Maldita gente!

(1) Irene—Don Luis—Doña Tumbaga.

CÁND. } ¡Ella!
 NAT. }
 IRENE (Adelantándose.) ¡Miradme!
 TODOS } ¡Cielos! ¡La Irene!
 (Suenan dentro un tiro y un toque de corneta. Ruidos que van creciendo hasta el final).

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ALIFONSO y el resto del CORO

LUIS ¡La señal!
 TODOS ¡El motín, el motín!
 ALIF. (Entrando.) Don Luis, estalló el motín; cada cual á su puesto.
 LUIS ¡Voy allá!
 TODOS ¡Vamos!

Música

ALIF. ¡Abajo el favorito!
 TODOS ¡Muera Godoy!
 ¡Búscalos! ¡Síguelos!
 ¡Cógelos! ¡Préndelos!
 ¡Yo te aseguro que doy con él!
 ¡Búscalos! ¡Síguelos!
 ¡Cógelos! ¡Préndelos!
 ¡Y que lo arrastren por Aranjuez!

(Criterio dentro. Pasan por la calle grupos de gente en actitud tumultuosa con teas encendidas. Vense reflejos de incendio. Don Luis quiere salir é Irene lo impide. Doña Tumbaga y Natillas hablan animadamente entre sí. Puntilloso corre asustado de un lado á otro. Alifonso anima á don Luis. Don Cándido anima al Puntilloso, que acaba por esconderse debajo de su capa. Cuadro animadísimo.)

TELÓN

Faltaría á un gratisimo deber si no consignara aquí el testimonio de mi reconocimiento á cuantos artistas han tomado parte en la interpretación de esta obra: desde la Srta. Brú, que obtiene un doble éxito, como tiple distinguidisima y como graciosa é inteligente actriz, hasta el último de aquéllos, sea el que fuere.

Acéptenlo, pues, todos: la Srta. Brú, la Sra. Sabater, las Srtas. Astort, Navarro, Sala, Fernández y Barragán y los Sres. Ripoll, Carrión, García Valero, Iglesias, Arjona, Martínez, Lainez, Benavides (J. y S.) y Asensio. Y conste que hago míos, con verdadera satisfacción, cuantos elogios les han otorgado la prensa y el público.

El Sr. Soler, que ha estrenado un papel secundario, elegido por él, en su deseo de contribuir al mejor resultado de la obra, decisión que le agradecí extraordinariamente, ha dirigido y ha puesto en escena *EL CORTEJO DE LA IRENE* con una inteligencia, con una eficacia, con un buen gusto, con un conocimiento del teatro y con una actividad infatigable superiores á todo encomio.

Muchas enhorabuenas ha recibido por su notable trabajo, pero ninguna habrá sido más sincera ni más calurosa que la mía.

C. F. S.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL FINAL DE DON ALVARO



®

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

EL FINAL DE DON ÁLVARO

DRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS

basado en la obra célebre del Duque de Rivas

MÚSICA DEL MAESTRO

CONRADO DEL CAMPO

TEATRO REAL.—4 MARZO 1911

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

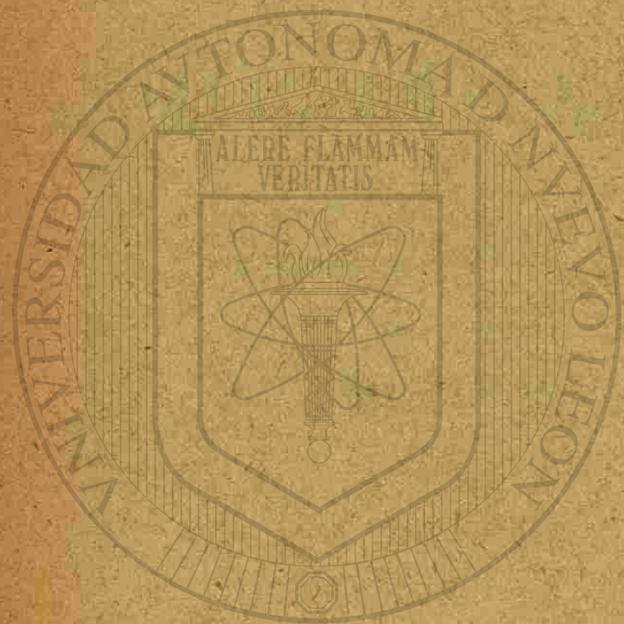
MADRID

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1911

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Inde. 1625 MONTERREY, MEXICO



Á la insigne memoria del gran

Duque de Rivas,

autor del drama **Don Alvaro ó la fuerza del sino.**

Eternamente perdure.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
DOÑA LEONOR DE VARGAS (Soprano dramática).....	SRTA. ORTEGA VILLAR.
DON ÁLVARO, el Padre Rafael (Tenor).....	SR. FAMADAS.
DON ALFONSO DE VARGAS (Barítono).....	CHALLIS.
EL PADRE GUARDIÁN DEL CONVENTO DE LOS ÁNGE- LES (Bajo).....	MASINI PIERALLI.
CURRA.....	SRA. GRAZIOLLI.
NIEVES.....	BABEA.
FUENSANTA.....	MELERO.
UN GAÑÁN (Tenor).....	SR. ALGOS.

Padres franciscanos. Trilladores y otras gentes del campo

La acción en las inmediaciones de la villa de Hornachuelos (Córdoba)
á mediados del siglo XVIII

Derecha é izquierda, las del artista

ACTO PRIMERO

Celda de un padre franciscano, en el convento de los Angeles.

A la izquierda, una tréima con una estera; un vasar, con una jarra y vasos; un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados.

Al fondo, una ventana—con sus hojas de madera cerradas—por cuyos resquicios pasa luz del día.

A la derecha de la ventana una especie de oratorio pobre, en el que lucen dos lámparas, que alumbran la escena.

Puerta de entrada á la celda, en la pared de la derecha.

En el muro de la izquierda, y en su parte alta, una gran claraboya, que aparecerá cerrada por un solo y recio redondel de madera. Puede ser abierta por medio de un grueso cordón, que del redondel pende.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE GUARDIAN y DON ALVARO (el Padre Rafael.) CORO de religiosos y VOZ de un gañán.—Al levantarse el telón estarán sentados, en sendos sillones; don Alvaro, meditabundo y abatido; el Padre Guardián, mirando á don Alvaro compasivamente

(Coro de religiosos, dentro, hacia la derecha.)

Don Alvaro. Me dejad.

P. Guardián.

Don Alvaro.

Nunca, nunca.

¡Por el Cielo!

Tornad con mis hermanos, que en el coro sus oraciones rezan, en sus horas.

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
DOÑA LEONOR DE VARGAS (Soprano dramática).....	SRTA. ORTEGA VILLAR.
DON ÁLVARO, el Padre Rafael (Tenor).....	SR. FAMADAS.
DON ALFONSO DE VARGAS (Barítono).....	CHALLIS.
EL PADRE GUARDIÁN DEL CONVENTO DE LOS ÁNGE- LES (Bajo).....	MASINI PIERALLI.
CURRA.....	SRA. GRAZIOLLI.
NIEVES.....	BABEA.
FUENSANTA.....	MELERO.
UN GAÑÁN (Tenor).....	SR. ALGOS.

Padres franciscanos. Trilladores y otras gentes del campo

La acción en las inmediaciones de la villa de Hornachuelos (Córdoba)
á mediados del siglo XVIII

Derecha é izquierda, las del artista

ACTO PRIMERO

Celda de un padre franciscano, en el convento de los Angeles.

A la izquierda, una trima con una estera; un vasar, con una jarra y vasos; un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados.

Al fondo, una ventana—con sus hojas de madera cerradas—por cuyos resquicios pasa luz del día.

A la derecha de la ventana una especie de oratorio pobre, en el que lucen dos lámparas, que alumbran la escena.

Puerta de entrada á la celda, en la pared de la derecha.

En el muro de la izquierda, y en su parte alta, una gran claraboya, que aparecerá cerrada por un solo y recio redondel de madera. Puede ser abierta por medio de un grueso cordón, que del redondel pende.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE GUARDIAN y DON ALVARO (el Padre Rafael.) CORO de religiosos y VOZ de un gañán.—Al levantarse el telón estarán sentados, en sendos sillones; don Alvaro, meditabundo y abatido; el Padre Guardián, mirando á don Alvaro compasivamente

(Coro de religiosos, dentro, hacia la derecha.)

Don Alvaro. Me dejad.

P. Guardián.

Don Alvaro.

Nunca, nunca.

¡Por el Cielo!

Tornad con mis hermanos, que en el coro sus oraciones rezan, en sus horas.

P. Guardián. También es grato al Cielo quien se afana por consolar al prójimo. Terrible trance, fatal, sufrís...

Don Alvaro. ¡Ay, Padre miol

Me devora la fiebre, y es la fiebre del alma en la tortura...

(Va á levantarse.)

P. Guardián. ¡Sosegãos!

Don Alvaro. Las visiones medrosas me atormentan; me siguen, me persiguen, me enloquecen. Tan sólo vos, en este mi refugio, donde la muerte me redima, al cabo, de tanto padecer, sabéis mi historia. ¡Vos, Padre Guardián!... ¿Y á quién dijera, sino á vos, mis angustias?...

P. Guardián. Dulcemente, por gracia del Señor, veréis un día cuál se calman al fin.

Don Alvaro. ¡Pronto, Dios miol

P. Guardián. Los rezos ya se extinguen.

Don Alvaro. Ya los Padres el coro dejarán. Y, por el claustro, volverán para el huerto, y en el huerto la luz del sol alegrará sus almas; mientras yo me devoro, condenado á perenne penumbra...

P. Guardián. Si un momento la ventana os abriera...

Don Alvaro. (Levantándose.) ¡No!

P. Guardián. ¡Qué extraña, fatal indecisión!

Don Alvaro. ¡No! Con los rayos del Sol, ¡ah, Padre Sol! se me figura que las visiones, que me cercan, vèo salpicadas de sangre.

P. Guardián. Vos tan sólo las evocáis, las sugerís. ¡Calmãos!

Don Alvaro. (Como pintando todas y cada una de las escenas.)

Ya, miro á mi Leonor, cuando en el templo la conocí. ¡Cuán bella! ¡Cuán radiante! Ya, el cuadro pavoroso de la muerte de su padre infeliz. El arma fiera despedí, con temor á que mi furia contra el noble marqués la disparase,

y al golpe, el tiro, con perversa bala, contra el marqués partió. Y á poco vèo la lucha, bajo sombras de la noche, y en aquel olivar...

P. Guardián. ¡Calma!

Don Alvaro. Revivo

la escena toda. Mi Leonor, por tierra... Yo, casi muerto... Sin sentido, al punto. ¡Y ay, mi Leonor! ¡Perdida para siempre!

Y mi Calvario, con zozobras tantas, en lueñas tierras.

P. Guardián. ¡Por piedad!

Don Alvaro. (Exaltándose por momentos.) Y luego, los campos miro de la grande Italia; donde busqué á la muerte, que me diera consuelo, al fin, en lucha memorable. Y allí don Carlos, que á mis ojos surge como espectro del odio, vengativo. Y de nuevo mis manos, ¡oh, mis manos!, tintas en sangre de los Vargas...

P. Guardián. (Con notable zozobra.) ¡Temple sus angustias, al fin!

Don Alvaro. Y la sentencia que á muerte, con baldón, me condenara. Y el escapar al pavoroso trance. Y el cumplir mi promesa, tan solemne, de enterrar esta vida, tan odiosa, en la paz de humildísimo convento. Y al tenerle tan cerca, la emboscada de aquellos foragidos, en el fondo de olivar tan profuso... Mis heridas tan hondas. Y el socorro providente que me condujo aquí. Y en lentos años ¡qué perennes, qué trágicos dolores! ¡Ay, que sucumbo, que me entrego!... (Cae postrado en el sillón.)

P. Guardián. ¡Juicio!

¡Por caridad, y aunque sufráis un punto, dejad que el sol os mire y os conforte; dejad que el aire para vos renueve. (Abre, con el cordón, la alta claraboya de la izquierda. Entra en la celda como un torrente de luz.)

Don Alvaro. ¡Cuánta bondad, mi padre, mi prelado!
P. Guardián. Sentid cuál llega, bienhechor, el aire.
 Cobrad, en nueva luz, ánimos nuevos.

Voz (De un gañán, que llega por la izquierda un tanto lejano.)

«Sobre las eras corro
 por la mi yegua bruna;
 sobre las rubias ondas
 de las espigas rubias.
 ¡Hála, mi yegua dócil!
 ¡Que las espigas crujan!»

«Con grande gozo trillo,
 bajo la luz del sol.
 ¡Y en tanto que bendigo
 por tanto bien á Dios!
 ¡Hála, mi yegua dócil!
 ¡Trillemos bien los dos!
 ¡Sobre las rubias ondas!
 ¡Bajo la luz del sol!»

P. Guardián. En las eras vecinas,
 el canto suena de la alegre trilla.

Don Alvaro. Canto de trilla alegre,
 sensaciones del mundo me devuelves.
 Las visiones se borran,
 con este sol, del que temí sin tino.
 Mis ánimos recobran
 gracias á vos, mi Padre, nuevos bríos.

Voz (De nuevo.)

¡Hála, mi yegua dócil!
 ¡Trillemos bien los dos!
 ¡Sobre las rubias ondas!
 ¡Bajo la luz del sol!

P. Guardián. ¡Ah, la canción alegre de la trilla!

Don Alvaro. ¡Ah, mi soll! ¡Ah, mi vidual!
 Ya mis angustias ceden.
 Ya me dejad. Os llaman
 imperiosos deberes.

P. Guardián. Tornaré.

Don Alvaro. ¡Dios me valga!

P. Guardián. ¡Valor!

Don Alvaro. ¡Sí! ¡Dios le premie!

(El Padre Guardián hace mutis por la derecha.)

ESCENA II

DON ALVARO

Don Alvaro. (Colocándose en plena luz.)

Mírame sol, mi padre.
 Me coronen tus luces,
 donde nadie me mira,
 con triunfal esplendor.
 ¡Bajo mis toscos hábitos,
 vive un hijo del Sol!

Reconóceme, luego.
 Contéplame. Soy yo.
 Rama de grande estirpe,
 que tuvo, por tu gracia,
 magnífico esplendor.
 ¡Mírame, padre miol
 ¡Bésame, padre Soll!

Emperatriz de los Incas
 pudo ser mi egregia madre.
 Fué Virrey, de tierras hartas,
 en tierras de luz, mi padre.
 ¿Me reconoces ya?
 ¡Vísteme, padre mio,
 de tu esplendor triunfal!

Los mil Emperadores
 de los ilustres Incas
 descendieron de ti.
 La sangre generosa
 de estirpe tan ilustre
 de nuevo late en mí.

La pérdida ambición
 á mis padres cegó.

Castigo bien cruel
impúsoles su rey.
Y en vano quise yo
conseguir su perdón.
Sino bien infeliz
engendró para mí
perdurable dolor.

Mas, no porque la suerte
su merced nos negara,
dejó de ser mi estirpe
tan noble, tan preclara.

¡Ve mis angustias hondas,
en tan fiero dolor!
¡Mírame, padre mio!
¡Bésame, padre Soll!

¡Ay, que de nuevo la ambición me ciega!
No, perverso mortal. Eres tan sólo
fruto de la traición. Y en vano, en vano,
quieres luchar contra tu sino adverso.
Te arrepiente, no más. Y sufre. ¡Y rezal!

ESCENA III

DON ALVARO y DON ALFONSO

Abrese la puerta, á la derecha, y aparece don Alfonso, embozado.
No bien penetra en la celda, vuélvese y cierra la puerta de nuevo.

Don Alvaro. Mas, ¿quién ha osado?

Don Alfonso. ¡Quien pudo!

Quien tuvo razones siempre
para entrar por donde quiso.
Demuestro bien que las tiene.

Don Alvaro. ¿Quién sois?

(Don Alfonso descubre su semblante.)

¡Jesús!

Don Alfonso.

¡El os valga!

Don Alvaro. ¡Santo Dios!

Don Alfonso. ¡El me protege!

Don Alvaro. ¿Don Carlos sois, que resurge?

Don Alfonso. Su hermano soy, que os sorprende.
Para arrancar á un cobarde
su máscara.

Don Alvaro. (Reportándose.) ¡Dios elemental!

Don Alfonso. ¿Armas no tenéis? La traje
para vos.

(Se desemboza y muestra dos espadas.)

Don Alvaro. ¡Ay, que se enciende
mi sangre! Dios poderoso,
¡de tu santa mano tenme!

Don Alfonso. Vino de América un día
cierto galán seductor,
fruto bastardo del Inca,
hijo de un torpe traidor.

Don Alvaro. ¡Ved cuál asilo me amparal

¡Ved que protégeme Dios!

Don Alfonso. ¡No vuestro engaño le engaña!
¡No lograréis su favor!

Vino, y en plena Sevilla
lujo de reyes lució.

Vino, y en noble doncella
puso codicias de amor.

Padre la hermosa tenía.

Padre con alto blasón.

Vil el galán, por artero,

trance fatal discurrió.

Viose sin honra la bella...

Don Alvaro. No, ¡que lo juro por Dios!

Don Alfonso. ¡Viose la triste sin honra!

Muerto su padre cayó.

Don Alvaro. ¡No porque yo lo quisiera!

Don Alfonso. Pudo escapar el traidor...

Y ese traidor tan cobarde,

(Impacientándose.)

¡Basta, por Cristo!

Don Alfonso.

¡Sois vos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1928 MONTERREY, MEXICO

Don Alvaro. (Tornando á la súplica.)
¡Por el cielo, reportaos!
Don Alfonso. ¿Qué fué de Leonor? ¡Decid!
Don Alvaro. Sabéis que murió en la lucha.
Don Alfonso. Sólo sé—lo sé de nuevo—
que si lo afirmáis, mentís.

Don Alvaro. No miento, no. Mas, si vive,
pensad un punto. Pensad
que es posible todavía
que luzca sobre nosotros,
por ley de Dios, nueva paz.

Don Alfonso. (Con enojo acrecido.)
¡Miserable! Leonor
debe vivir. En Córdoba
sus penas refugio.
Bien lo sabéis. Y luego
bien sabéis, vil traidor,
en cuál nuevo retiro
refugiose por vos.

Don Alvaro. ¡No! ¡No!

Don Alfonso. La audacia pérvida
unís á la traición.
Ella os condujo á Italia,
porque allí...

Don Alvaro. (Conteniéndose, siempre á duras penas.)
(¡Justo Dios!)

Don Alfonso. Porque allí vuestra mano
manchase, nuevamente,
nuestro rico blasón.

Don Alvaro. ¡Y allí mi hermano murió!...
¡Con honra!

Don Alfonso. ¡Y en lid de honor!

Don Alvaro. ¡Y á vuestras manos también!
Mi sino

Don Alfonso. tal lo dispuso... ¡Lo quiso Dios!
Y os busco inútilmente,
por ambos mundos,
años tras años.

Don Alvaro. ¡Porque en esta, la casa
de Dios, el cielo
me da su amparo!

Soy un gran penitente
que impetra caridad.

Don Alfonso. ¿Sois un vil solamente
y un traidor!

Don Alvaro. ¡Por piedad!

Don Alfonso. Dios que nos ves: mi acero
rayo de muerte sea.
Tantas maldades juntas
vengue, castigue yo.
¡Tú mi brazo dirigel
¡Por mi padre, ultrajado!
¡Por Leonor, mancillada!
¡Por mi hermano, vencido!
¡Por la prez de mi honor!

Don Alvaro. Dios que nos ves: concédeme
resignación suprema.
No estallen, no, mis iras
en tumulto feroz.
¡Por mis hondas angustias!
¡Por mi fe tan contrita!
¡Por tu santa clemencia!
¡Por la santa memoria
de mi santa Leonor!

Don Alfonso. Dios que nos ves: mi acero...
Dios que nos ves: concédeme... (A unis.)

Don Alvaro. ¡Piedad, don Alfonso!

Don Alfonso. ¡Nunca!

¡Pronto, al fin! En esos campos
mi estirpe quede extinguida,
ó vengada por mi mano.

Don Alvaro. ¿No os mueve á piedad el trance
en que me veis, insensato?

Don Alfonso. ¡Sólo juzgo, sólo veo
cuán indigno sois!...

Don Alvaro. (¡Dios santo!)

Noble fui siempre. Mi escudo
es como el sol, limpio y claro.

Don Alfonso. ¡Limpio decid! ¿No lo anubla
algún cuartel de mulato?

Don Alvaro. ¡Vive Dios! ¡Mentís!
(Con frenética ira.)
Don Alfonso. (Con júbilo.) ¡Ya rompe
vuestra furia! ¡Ya es razón!
Don Alvaro. (Fuera de sí.)
¡Sí! ¡que el infierno me vence!
¡Calle también vuestra voz!
¡Nadie en el mundo me ofenda,
sin que castíguele yo!

(Reportándose de nuevo.)
¡Mas no, no! ¡No! ¡Dios eterno!
Don Alfonso. Pues... ¡tened! (Lo abofetea.)
Don Alvaro. (Furioso y recobrando toda su energía.)
(¡Ira de Dios!)
La espada me dad.
Don Alfonso. (Pasando á mano de don Alvaro una de las espadas.)
¡Tenedla!
Don Alvaro. ¡Y al Cielo pedid perdón!
¡Salid!
Don Alfonso. ¡Al instante!
Don Alvaro. ¡Muerto
le mira ya mi furor!
¡El infierno te confunda,
que por tus labios habló!
¡Llamas de perenne fuego
nos abrasen á los dos!
(Salen por la derecha, airadamente. Se vuelve á oír
el canto de trilla.)

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un trozo de la sierra, cruzado por veredas practicables. En tercer término, una altura de bastante elevación, á la que se llega desde los términos primeros y desde el fondo de la escena. A la derecha, sobre unos peñascos, una media ermita, medio gruta, con tosco portón, practicable. Sobre la puerta rústica, una campana con una cadena, que puede hacerla sonar. Media la tarde. Al principio luce el sol. Obscurece luego y estalla una gran tormenta.

ESCENA PRIMERA

CURRA, NIEVES y FUENSANTA (cabrerías)

Curra. (Dentro.)
Por aquí debe de andar
la *Rubia*.
Nieves. (Ídem.) Con tiento vé.
Curra. Pues, seguidme. (Llamando.) ¡Ven acá!
(Aparece por la derecha.)
¡*Rubiaca!*
Fuensanta. (Saliendo, con Nieves, á Curra.)
¡Detente!
Curra. (Como antes.) ¡Ven!
Fuensanta. ¡Para, te digo! (Deteniéndola.)
Nieves. ¡Calla, mastuerza! (Ídem.)
Curra. ¡Con buenos modos,
que no á la juerza!

Don Alvaro. ¡Vive Dios! ¡Mentís!
(Con frenética ira.)
Don Alfonso. (Con júbilo.) ¡Ya rompe
vuestra furia! ¡Ya es razón!
Don Alvaro. (Fuera de sí.)
¡Sí! ¡que el infierno me vence!
¡Calle también vuestra voz!
¡Nadie en el mundo me ofenda,
sin que castíguele yo!

(Reportándose de nuevo.)
¡Mas no, no! ¡No! ¡Dios eterno!
Don Alfonso. Pues... ¡tened! (Lo abofetea.)
Don Alvaro. (Furioso y recobrando toda su energía.)
(¡Ira de Dios!)
La espada me dad.
Don Alfonso. (Pasando á mano de don Alvaro una de las espadas.)
¡Tenedla!
Don Alvaro. ¡Y al Cielo pedid perdón!
¡Salid!
Don Alfonso. ¡Al instante!
Don Alvaro. ¡Muerto
le mira ya mi furor!
¡El infierno te confunda,
que por tus labios habló!
¡Llamas de perenne fuego
nos abrasen á los dos!
(Salen por la derecha, airadamente. Se vuelve á oír
el canto de trilla.)

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un trozo de la sierra, cruzado por veredas practicables. En tercer término, una altura de bastante elevación, á la que se llega desde los términos primeros y desde el fondo de la escena. A la derecha, sobre unos peñascos, una media ermita, medio gruta, con tosco portón, practicable. Sobre la puerta rústica, una campana con una cadena, que puede hacerla sonar. Media la tarde. Al principio luce el sol. Obscurece luego y estalla una gran tormenta.

ESCENA PRIMERA

CURRA, NIEVES y FUENSANTA (cabrerías)

Curra. (Dentro.)
Por aquí debe de andar
la *Rubia*.
Nieves. (Ídem.) Con tiento vé.
Curra. Pues, seguidme. (Llamando.) ¡Ven acá!
(Aparece por la derecha.)
¡*Rubiaca!*
Fuensanta. (Saliendo, con Nieves, á Curra.)
¡Detente!
Curra. (Como antes.) ¡Ven!
Fuensanta. ¡Para, te digo! (Deteniéndola.)
Nieves. ¡Calla, mastuerza! (Ídem.)
Curra. ¡Con buenos modos,
que no á la juerza!

Si no la llamo,
¿cómo la indina,
¡cabra más cabral
va á responder?

Fuentsanta. Mas qué nos burle,
de aquí no pases.

Nieves. (Señalando hacia las peñas.)
¡Esa es la ermita del padre *aquél!*

Curra. (A Fuentsanta.)
Lo que me contabas.

(A Nieves.)
Lo que me decías.
(Hacia la gruta, con cierta unción.)
Perdón, Padre nuestro,
que no lo sabía.

Soy moza nueva
con tal rebaño.
Y aquí discuro,
por las primeras
veces, hogaño.

Fuentsanta. Pues ya lo sabes,
dende hoy en día.

Curra. (Como antes.)
Perdón, mi padre;
¡no lo sabía!

Fuentsanta. En tan lóbrego recinto,
vive el viejo penitente.

Nieves. (Con misterio.)
Muy solito con sus penas,
muy medroso de la gente.

Curra. ¡A saber
su desgracia cuál sería!

Fuentsanta. Sólo el Padre Superior
conversó con él un día.

Nieves. Nadie más le pudo ver.

Curra. ¡A saber
su pecado cuál sería! (Cantan á media voz.)

Fuentsanta. Se sustenta
de las sobras del convento.

Nieves. Y á la cuenta,
debe estar muy macilento.

Fuentsanta. Los domingos, solamente,
por las noches...

Nieves. Bien á obscuras...

Fuentsanta. Se las dejan, á la entrada
de la ermita.

Nieves. Fresca fuente,
de ondas puras,
tras la ermita resguardada,
lo defiende bondadosa
de la sed.

Con un agua que rebosa,
cuando quiere, cariñosa,
dispensarle su merced.

Fuentsanta. Si en peligro se mirase,
con el son de su campana
de sus cuitas avisase.

Curra. ¡Qué campana tan cristiana!

Fuentsanta. ¡Sólo en riesgo capital!

Curra. ¡Dios le libre de que acuda,
con terror, á la señal!

Fuentsanta. ¡La campana siga muda!

Curra. ¡Como agoral! ¡Siempre igual!

Fuentsanta. Nadie pasa por aquí
sin que baje, siempre así,
toda voz.

Nieves. La gente moza
que en domingo se alborozaba,
—ve cuál bulle por allí—
sí en sus jiras se aventura
por aquestos andurriales,

templa el canto.

Fuentsanta. Pues se cura de los males
de este pobre, medio santo.

Curra. Sigue ya,
que me angustia no sé qué.

Fuentsanta. Sube entonces por acá.

Nieves. Desde allá, (La altura.)
todo el valle bien se ve.

Fuentsanta. ¡Larga tierra!

Nieves. ¡Mucho cielo! ¡Mucha sierra!

(Van subiendo hacia el fondo, y á medida que suben, van hablando con voces más fuertes.)

Curra. ¡Cuántos riscos!

Fuensanta. ¡Ven, si quieres que disfruten bien tus ojos!

Curra. Mal andamos las mujeres por tantísimos abrojos. (Dominan la altura.)

Nieves. ¡Ya, vocëa!

Curra. ¡Ya salimos de la hondura!

Fuensanta. ¡Bien te oëa la brisilla, por la altura!

Curra. ¡Tú! ¡Rubiaca! (Llamando.) ¡Pues, Señor! ¿Dónde estás?

Fuensanta. ¡Respira fuerte!

Curra. ¡Qué hermosura, tanto olor á romero!

Nieves. ¡Pide suerte más mejor!

Curra. ¡Bendecido y alabado tanto sol, en tanto, sea!

Fuensanta. ¡Y este olor, tan regalado!

Nieves. ¡Y este viento, que me oëa!

Las tres. ¡Bendecida, veces mil, la clemencia del Señor!
¡Su hermosura, tan gentil,
y su amor!

ESCENA II

Las tres CABRERAS y MOZAS y MOZOS del campo. CORO. CURRA, FUENSANTA y NIEVES quédanse en la altura, gozosas de cuanto sienten allí

Coro. (Dentro, por la izquierda.)
Canciones de la sierra,
serranas hermosísimas,
¡sonad, sonad!
Cual otros tantos pájaros
que crucen por el aire,
¡volad, volad, volad!

Las Cabreras. Los mozos y las mozas
corren y cörren;

llevando su alegría
de monte en monte.

Coro. (Dentro. Acercándose.)
Canciones de la sierra,
serranas hermosísimas... etc.

(Salen.) Bajad la voz.
Bajad las voces.
Que el ermitaño no perciba
nuestras canciones.

Una Serrana. (Forman parejas y cantan á media voz.)
Valles de mi serranía,
dais en primavera flores,
Mozos y mozas, en tanto,
dan sus cantares de amores.

*No me mires más así,
si no me vas á querer
como yo te quiero á tí.*

Ellos. ¡Bien!

Ellas. ¡Silencio!

Ellos. ¡Sigue!

Ellas. ¡Bueno!

Una Serrana. Dicen que ha muerto el amor,
y no debe ser verdad,
O por lo menos, en mí,
debió de resucitar.

*¡Ven conmigo, por tu bien,
por que vayas aprendiendo
la ciencia del buen querer!*

Ellos. ¡Bien!

Ellas. ¡Silencio!

Todos. ¡Sigue, sigue!
¡Recobremos
tierra libre!

(Van subiendo y alzando la voz, poco á poco, lo mismo que las Cabreras antes.)

Todos. Canciones de la sierra,
serranas hermosísimas..., etc.

Fuensanta, Curra, Nieves y Coro.

(Todos ya en la altura.)

Canciones de la sierra, etc., etc.

Fuensanta, Curra y Nieves.

El valle libre nos aguarda.

¡Corred, corred!

Ellas. ¡Sigue, moreno de mis ojos!

Ellos. ¡Sigue, morena de mis ojos!

Todos. ¡Sigueme, bien!

¡Corred, corred!

¡Corred, corred!

(Desaparecen todos en alegre tropel.)

ESCENA III

DOÑA LEONOR

(Durante algunos momentos, queda la escena desierta. Por el fondo, allá á lo lejos, van perdiéndose en la distancia las voces y las risas de mozos y mozas. Aparece doña Leonor en la puerta de la gruta. Viste sayal de penitente. Lleva esparcidos los cabellos; su rostro delata profundísimos sufrimientos. Detiénese al principio, como recelosa. Va bajando luego, poco á poco, pero sin que nunca se aparte gran trecho de su refugio.)

Doña Leonor.

Ya van muy lejos. ¡Gracias, Virgen pura!

El aire me asfixiaba de la ermita;

mas ¿cómo la dejar? Es que se cierne tormentoso nublado por los aires.

(Mirando hacia la izquierda, levantando sus ojos.)

Lo debí suponer. En tales horas

se renuevan así mis sufrimientos;

se renovaron siempre. Y en tumulto,

las memorias perversas, las visiones

de mi culpa, nefandas, resucitan,

y en espantoso vértigo me acosan.

Padre y hermanos; ¡compasión! ¡Dics miol!

¡piedad, piedad, piedad! ¡Virgen clementel!

piedad suprema para mí!

(Retrocede, como huyendo de una visión pavorosa.)

¡Don Alvaro!

¡No! ¡No! ¡Mi Virgen! ¡Me defiende! ¡Sálvamel!

(Recobra sus ánimos lentamente, y va diciendo con suprema unción.)

(Plegaria.)

«En este rincón de la sierra,
de nuevo cuitada me ve.

¡Mi Virgen! ¡Mi Virgen Santísima!

¡Tus gracias amparen mi fe!

»Me ve, mi maldad castigando;

me ve, sin consuelo de amor.

Yo misma las penas impúsemel

que acrecen mi fiero dolor.

»Yo misma, y en tales martirios

no juzgo bastante mi mal.

Pequé, Virgen pura. ¡Y en ráfagas

ardí de pasión infernal!

»Por eso, Tú sola, pues eres

la suma pureza del Bien,

pudieras al cabo, solicita,

prestarme seguro sostén.

»¡Mi Virgen! ¡Radiante lucero!

¡Radiante, purísima flor!

¡Perdona mis culpas, magnánimal

¡Me salve, mi Virgen, tu amor!»

(Ha caído de hinojos. Queda unos momentos como abstraída en honda meditación. Mira luego hacia el espacio, é incorpórase rápidamente. Suena un trueno lejano.)

Mas, ¿qué miro? Las nubes tormentosas

cundiendo van. Relámpagos las cruzan,
y á sus fulgores, por aquellos riscos
dos hombres llegan hacia aquí.

(Mirando siempre hacia la izquierda.)

¡Dios santo!

¡Relucen las espadas en sus diestras!

¡Ah, qué visión horrible! ¡Me recoge,
mi gruta, presto!

(Sube apresuradamente.)

¡Presto! ¡Reportaos,
abortos infernales! ¡No me escuchan!
¡Corren sin ver, sin escuchar! ¡Dios mío!
(Entra en la gruta cerrando el portón tras sí.)

ESCENA IV

DON ALVARO y DON ALFONSO

(Va oscureciendo lentamente. Aumentan, poco á poco, los relámpagos y los truenos. Por la izquierda, aparecen don Alvaro y don Alfonso, espada en mano, coléricos, terribles.)

Don Alfonso. No pasemos de aquí.

Don Alvaro. No, no sigamos
corriendo más. En estas soledades
cruzamos ya, sin tregua, las espadas.

Don Alfonso. Oye cuál ruga con furor el cielo,
contra ti.

Don Alvaro. ¡Contra tí! ¡Pronto!

Don Alfonso. ¡Bien pronto!

Mas no sin que me escuches grandes nue-

que debes conocer. Así, los planes
que en negras horas concebí, torturas
fieras te aprestarán.

Don Alvaro. ¡Habla!

Don Alfonso. Sin pena.
Rama del árbol de los viejos Incas
tu madre fué; vencida, desgajada.
Virrey tu padre, y en dominios hartos,
infel para sus reyes. Guerra cruda
llenó mi España de terribles duelos,

y en tal angustia de su patria quiso
tu padre vil, con ambición funesta,
trocar su virreinato—por los Incas
protegido también—en reino suyo.

Don Alvaro. ¡Basta!

Don Alfonso. Fallaron sus traidores planes,
y á los montes huyó, de bosques densos.
Allí, con su taimada compañera,
prisionero cayó...

Don Alvaro. ¡¡Basta!!

Don Alfonso. Y en cárcel
de Lima, al cabo, conociste el mundo.
Por merced singular del Rey clemente,
no murieron tus padres bajo el filo
de justicieras hachas; pero en honda
prisión perenne sollozaron juntos,
mientras tú procurabas, siempre en vano,
su perdón...

Don Alvaro. ¡Impaciéntase mi espada!

Don Alfonso. Pues, oye al fin: el Rey, que en Dios se
[inspira,
ya dictó la merced con que soñaste.

Don Alvaro. (Con súbito gozo.)

¿Qué dijiste?

Don Alfonso. Y en todos sus honores,
con todas sus magníficas riquezas,
ya tus padres se ven, al fin repuestos.
E indagan por el mundo cuál retiro
te pudo recoger.

Don Alvaro. ¡Ah! ¡Don Alfonso!

¡Ya veis lo ilustre de mi sangre!

Don Alfonso. ¡Veo

tan sólo tu maldad!

Don Alvaro. ¡Si vive acaso

la misera Leonor!...

Don Alfonso. ¡Calla!

Don Alvaro. ¡Si vive!...

Don Alfonso. El amor, las riquezas, los honores,
ya no son para ti. Votos solemnes
á tu celda te ligan. Para el mundo
tan solo fueras el infel soldado
que allá en Italia desertó. ¿Comprendes?
¡La gloria te mostré, para que en sombras
del averno fatal rodases luego!

Matame ya, si triunfas. ¡En el alma
llevas también la muerte!

Don Alvaro. (Fuera de sí.) ¡Pronto! ¡Pronto!
¡Mi espada sienta palpitar la tuya,
y al fin tu infame corazón!...

Don Alfonso. ¡Agora
no me duele morir!

Don Alvaro. ¡Riñamos!

Don Alfonso. ¡Seal

(Ha ido oscureciendo más y más. Ya son frecuentes,
y más vivos cada vez, los relámpagos y los truenos.
Luchan don Alvaro y don Alfonso, al resplandor de
las centellas. Don Alfonso cae mortalmente herido.)

ESCENA ULTIMA

DON ALVARO, DON ALFONSO, DOÑA LEONOR. Luego el PADRE
GUARDIAN y otros FRAILES FRANCISCANOS

Don Alfonso. ¡Jesús!

Don Alvaro. (Soltando la espada.)

¡Jesús!

Don Alfonso. De nuevo nos venciste.

Don Alvaro. (Horrorizado de sí mismo.)

¡Nuevamente maté! ¡Cielos! Vacila
más y más mi razón. ¡Virgen clemente!

Don Alfonso. (Luchando con la muerte.)

Confesión, por piedad. Pues sois ministro
del Señor.

Don Alvaro. ¡Oh, no! ¡No! ¡Que soy tan sólo,
un miserable réprobo!

Don Alfonso. ¡Salvadme!

¡Pedid favor!

Don Alvaro. (Llamando.) ¡Favor!

(A don Alfonso.) Quizás un santo,
misero penitente, que en aquestos
breñales vive... Pero, no; que nadie
debe llegar á su retiro.

Don Alfonso. ¡Rompa

su soledad por mí!

Don Alvaro. (Decidiéndose.) ¡Sí! Pues al cabo

ya quebrantó mi furia todo freno,
todo santo deber.

Don Alfonso. (Con suprema angustia.)

¡Sí!

Don Alvaro. (Hacia la ermita.) ¡Padre! ¡Padre!

¡Venid, por caridad!

Doña Leonor. (Dentro.) ¿Quién es osado

á pisar esas lindes? ¡Retroceda!

¡Mi refugio respete!

Don Alvaro. ¡Por el alma

de un moribundo, lo dejad!

Don Alfonso. (Espirando.) Ya muero...

Doña Leonor. (Dentro y haciendo sonar la campana.)

¡Favor! ¡A mí! ¡Favor!

(Suenan, á lo lejos, las campanas del convento.)

¡Huye, quien seas;

temerario procaz!

(Viéndolo.) ¡Cielos!

Don Alvaro. (Yendo hacia ella.) ¡Dios mío!

¡Una mujer! ¡Leonor!

Doña Leonor. ¡Tú! ¡Desdichado!

Don Alvaro. (Enloqueciendo.)

¡Deliro ya! ¡Deliro!

Doña Leonor. ¡Tú! ¿Y en lucha

fiera...? ¿Con quién?

(Va hacia el cadáver de don Alfonso y reconoce á
su hermano.)

¡Alfonso! ¡Muerto!

Don Alvaro. ¡Muerto!

Doña Leonor. ¿Resurges, ante mí, para que mire

tus crímenes de nuevo?

Don Alvaro. (Con suprema angustia.) ¡Calla! ¡Calla!

¡Y en tal agreste soledad vivía!

¡De mí tan cerca!

Doña Leonor. ¡Santo Dios!

Don Alvaro. (Acentuando su delirio.) ¡Deliro!

¡Deliro ya!

Doña Leonor. ¡Defiéndeme, Dios santo!

(A don Alvaro.)

¡No te acerques á mí!

Don Alvaro. (Con súbita resolución.) ¡Ya me castigue!

(La tempestad arrecia. Oyese á lo lejos el canto de
la Comunidad que acude: el Miserere. Don Alvaro
huye hacia el fondo, hacia la altura. Doña Leonor,

aterrada, permanece en primer término, implorando el favor Divino.)

Doña Leonor. Las gracias todas del Señor: ¡valedme!
P. Guardián. (Entrando con los Frailes, que le acompañan, por la izquierda y viendo el cadáver de don Alfonso)
¡Mirad! ¡Oh Dios! ¡El noble caballero muerto yace!

Coro. (Unos á otros.) ¡Mirad!
P. Guardián. (Viendo á doña Leonor) ¡La penitente!

Doña Leonor. ¡Favor, Padre! ¡Favor!
Don Alvaro. (Ya en la altura.) ¡¡Tronad, las nubes!!
Coro. (Con asombro.)
¡Una infelice penitente!

Doña Leonor. ¡Pronto!
P. Guardián. (Viendo á don Alvaro, que aparece terrible, poseído por espantosa locura.)
¡Padre! ¡Por Dios!

Don Alvaro. ¡Atrás! ¡Busca, insensato, al padre Rafael! Soy el engendro más vil de Satanás!

Doña Leonor, P. Guardián y Coro. ¡Jesús!
Don Alvaro. ¡Abismos del reino de Luzbel, abrid las fauces, y en ellas caiga! ¡Rásguense los cielos! ¡Quebrántense los montes! ¡¡Exterminio!! ¡¡Destrucción!!

(Precipítase desde lo alto de la montaña.)
Doña Leonor. (Con un grito de espanto.)
¡¡Ah!! ¡Las peñas lo desgarran!
¡Piedad, piedad, mi Virgen! ¡Para todos!

Doña Leonor, P. Guardián y Coro.
¡¡Misericordia!! ¡¡Oh Dios!! ¡¡Misericordia!!
(Cuadro. Relámpago vivísimo que inunda la escena, hasta que cae el telón por completo, de un resplandor infernal.)

Obras de Carlos Fernández Shaw

POESÍA

Poesías, 1883.
El defensor de Gerona, leyenda, 1884.
Poemas de François Coppée, traducidos en verso castellano, 1887.
Tardes de Abril y Mayo, 1887.

Poesía de la Sierra, 1908.
Poesía del Mar, 1910.
Poesía del Cielo. (En preparación.)

La vida loca, (libro galardonado por S. M. el Rey, con el «Premio Fastenrath», á propuesta de la Real Academia Española), 1903.
El poema de «Caracol». (En «El Cuento Semanal»), 1910.
Cancionero infantil, 1910.
El amor y mis amores. Poemas ingenuos, 1910.
Canciones de Noche Buena; de muchos peregrinos ingenios; seleccionadas, reunidas y ordenadas. 1910-1911.
La Patria grande, 1911.

PARA PUBLICAR

Poemas del Pinar.
El Canto que pasa.

TEATRO

Poema dramático en tres cantos:

La tragedia del beso.

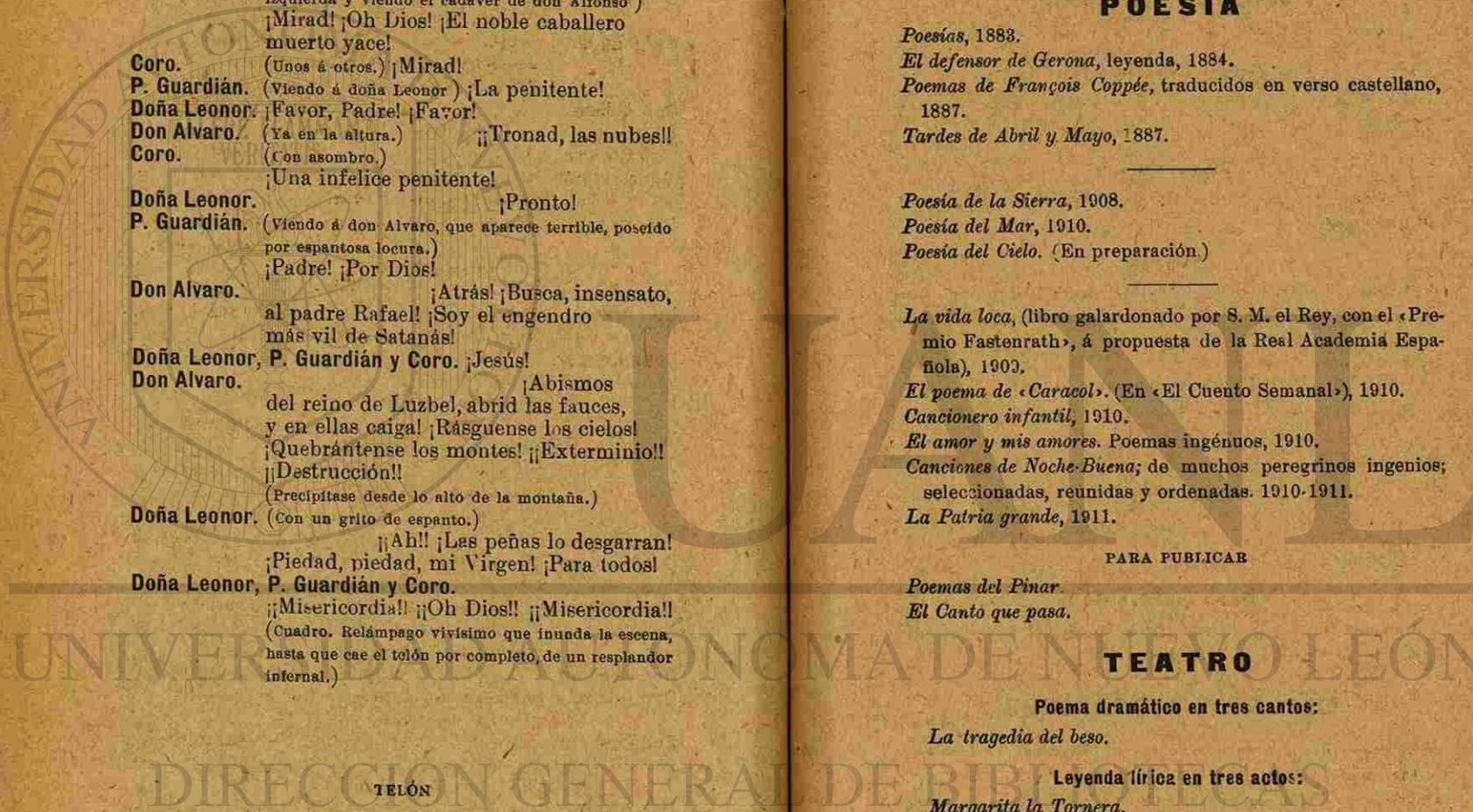
Leyenda lírica en tres actos:

Margarita la Tornera.

Drama en cuatro actos:

Severo Torelli.

CAPILLA ALFONSINA



Comedias:

La Regencia, en cuatro actos; *Las figuras del «Quijote»*, en dos; *El hombre feliz*, en uno.

Dramas líricos en dos actos:

Colomba y *El final de Don Alvaro*.

Zarzuelas en tres actos:

La llama errante, *Los hijos del batallón*, *Don Lucas del Cigarral* y *La canción del náufrago*.

Comedias líricas:

La venta de Don Quijote, *El Certamen de Cremona* y *La Maja de rumbo*.

Sainetes:

Las bravías, *La revoltosa*, *Las castañeras picadas*, *Los buenos mozos*, *¡Viva Córdoba!*, *Los pícaros celos*, *El maldito dinero* y *No somos nadie*.

Zarzuelas en un acto:

El cortejo de la Irene, *La chavala*, *El gatito negro*, *Polvorilla*, *La buena ventura*, *Los timplaos*, *El tirador de palomas*, *El tío Juan*, *Las grandes cortesanas*, *Tolete*, *La puñalada*, *El alma del pueblo* y *Las tres cosas de Jerez*.

Otro poema dramático:

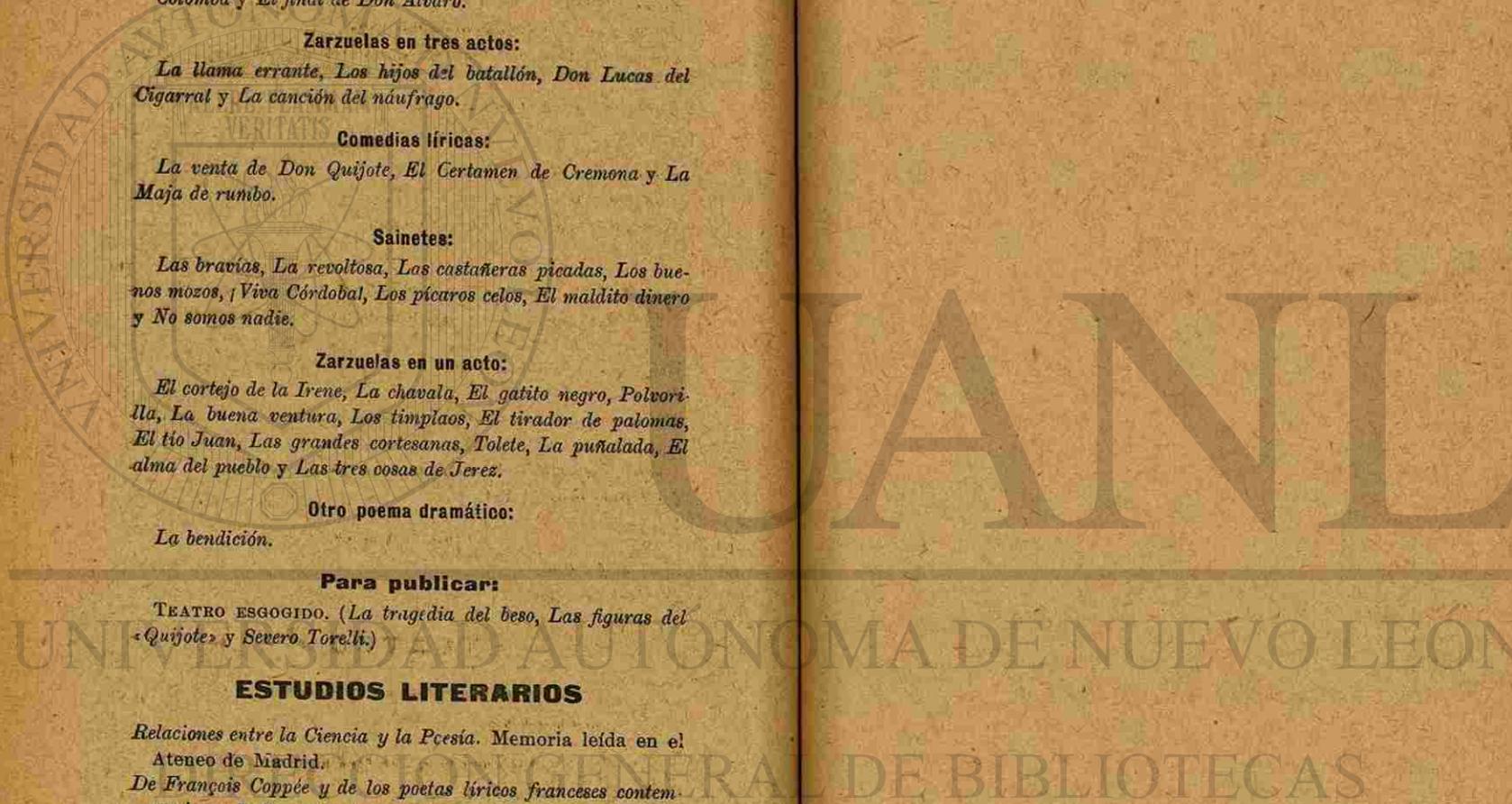
La bendición.

Para publicar:

TEATRO ESGOGIDO. (*La tragedia del beso*, *Las figuras del «Quijote»* y *Severo Torelli*.)

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.
De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo a la traducción de los poemas de Coppée.



CAPILLA ALFONSINA



EL HOMBRE FELIZ
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL HOMBRE FELIZ

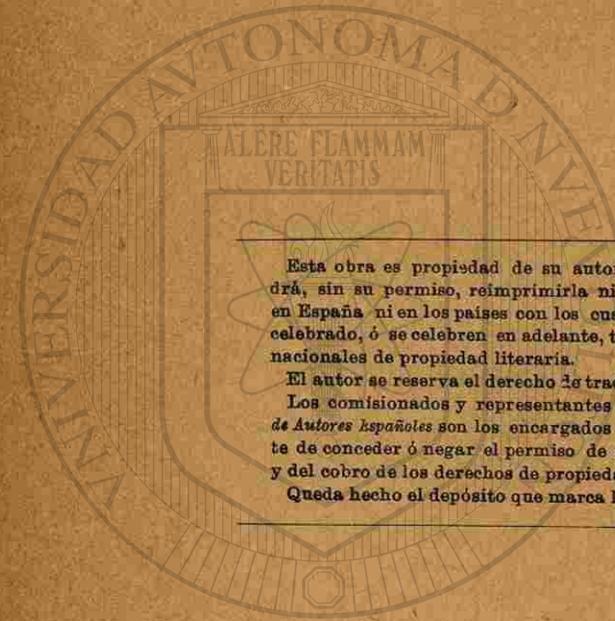
COMEDIA

en un acto y en verso

ORIGINAL DE

CARLOS FERNANDEZ SHAW

Estrenada en el TEATRO ARRIAGA de Bilbao, la noche
del 6 de Noviembre de 1906



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1906

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

46 1325 MONTECERRATO



A mi querido amigo y compañero

Enrique Manzo Torres

*en testimonio del leal afecto
y sincera gratitud,*

Carlos Fernández Shaw.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

12 de Diciembre de 1906.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO

PERSONAJES

CARMEN	SRTA. PALMA.
SEÑÁ VICTORIA.....	SRA. VALLS.
DON PACO.....	SR. REIG.
DON CLETO.....	SOLER.
JOSÉ MARÍA.....	PALACIOS.
MAXIMINO.....	GUTIÉRREZ.
RETAMA.....	MOLINERO.
PÉREZ.....	VICENT.
PULIDO.....	PALMA.

ACTORES

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Habitación de un sotabanco, pobremente amueblada, pero con orden y aseo. Puertas practicables al fondo, á la derecha y á la izquierda

ESCENA PRIMERA

CARMEN, DON PACO, MAXIMINO. Don Paco aparece sentado en un sillón grande, junto á una mesa de pino sin pintar, cuyo tablero se ve cubierto de papeles en desorden. Al otro lado de la mesa, como si despachara con él, está de pie Maximino. Carmen cose, sentada en una silla baja. Don Paco es un infeliz monomaniático, un loco pacífico, según suele decirse. El artista encargado de interpretar este papel ha de hacerlo de modo tal que el personaje nunca inspire terror y sí más bien compasión y simpatía

PACO (Pasando unos papeles á Maximino.)

Toma, mi buen chambelán,
contesta tú por tu mano
las notas del Vaticano
y las cartas del Sultán.

Es la política mía
muy sutil; siempre á la capa.
Vivir en paz con el Papa
sin ofender á Turquía.
Ya ves: la cuestión de Oriente.

MAX. No importa, tío.

PACO ¿Que no?

Todo el que es rey como yo

REPARTO

PERSONAJES

CARMEN
SEÑÁ VICTORIA.....
DON PACO.....
DON CLETO.....
JOSÉ MARÍA.....
MAXIMINO.....
RETAMA.....
PÉREZ.....
PULIDO.....

ACTORES

SRTA. PALMA.
SRA. VALLS.
SR. REIG.
SOLER.
PALACIOS.
GUTIÉRREZ.
MOLINERO.
VICENT.
PALMA.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Habitación de un sotabanco, pobremente amueblada, pero con orden y aseo. Puertas practicables al fondo, á la derecha y á la izquierda

ESCENA PRIMERA

CARMEN, DON PACO, MAXIMINO. Don Paco aparece sentado en un sillón grande, junto á una mesa de pino sin pintar, cuyo tablero se ve cubierto de papeles en desorden. Al otro lado de la mesa, como si despachara con él, está de pie Maximino. Carmen cose, sentada en una silla baja. Don Paco es un infeliz monomaniático, un loco pacífico, según suele decirse. El artista encargado de interpretar este papel ha de hacerlo de modo tal que el personaje nunca inspire terror y sí más bien compasión y simpatía

PACO (Pasando unos papeles á Maximino.)

Toma, mi buen chambelán,
contesta tú por tu mano
las notas del Vaticano
y las cartas del Sultán.
Es la política mía
muy sutil; siempre á la capa.
Vivir en paz con el Papa
sin ofender á Turquía.
Ya ves: la cuestión de Oriente.

MAX. No importa, tío.

PACO ¿Que no?

Todo el que es rey como yo

necesita ser prudente.
 ¡Fuera necio disparate!
 Nada. ¡Al Sultán no le toco!
 CAR. (¡Pobrel! ¡Cada vez más loco!)
 MAX. (Sí, prima, sí. De remate.)
 PACO (A Maximino.)
 Ven; te quiero consultar
 sobre el empréstito.
 MAX. ¿A mí?
 PACO ¿Cuánto te parece á tí
 que debo solicitar?
 ¿Dos mil millones? Confieso
 que no sé...
 MAX. No es demasiado.
 PACO ¡Ah! ¿Sí? Pues pierde cuidado.
 ¡Cuatro mil! Lo que es por eso...
 MAX. (Siguiéndole en su tema cariñosamente.)
 Mejor. ¡Antes se despacha!
 PACO (A Carmen.)
 Y tú, ¿qué haces, hija mía?
 CAR. Nada, tío Paco; zurecia
 este chaleco...
 PACO ¡Muchacha!
 En oficio tan villano
 una princesa... ¡Dios mío!
 ¡Zureciendo tú!...
 CAR. ¡Pero, tío!
 PACO ¡La heredera de mi hermano!
 ¿Qué diría si te viera
 él, Archiduque y artista?
 MAX. Justo, Archiduque... (y flautista
 de una murga callejera.)
 CAR. Vuelva usted á la razón.
 MAX. (¡Calla, mujer!)
 CAR. ¡Usted no sabe
 nuestra situación!
 PACO No cabe
 más brillante situación.
 Yo, soy rey. Tu padre augusto
 infante...
 (Observando que Carmen se sonríe.)
 ¡Siempre lo fué!
 MAX. (¡Vaya! Siempre anduvo á pié,
 y soplando que dá gusto!)

PACO (Por Maximino.)
 Y en cuanto á mi chambelán...
 MAX. ¡Yo no me quejo!
 PACO (A Carmen.) ¡Pudiera
 quejarse! ¡Buena carrera
 has hecho tú, perillán!
 Son muy raros los destinos
 de los hombres.
 MAX. ¡Ciertamente!
 (A Carmen.)
 Ya ves tú: ¡de dependiente
 de frutos de ultramarinos
 á duque!
 CAR. (¡Qué disparate!)
 MAX. En vez de vender arroz,
 velas... y una cosa atroz
 que llamaban chocolate,
 ¡impongo á todos la ley!
 ¡Ya es salto!
 PACO (¡Cómo desbarra!)
 CAR. ¡De despachar butifarra
 á despachar con un rey!
 MAX. Este, digas lo que quieras,
 está en lo firme, mujer.
 PACO (A Carmen.)
 Y acabaré por creer,
 que soy Chambelán de veras.
 Tú eres modesta, chiquilla.
 No lo puedes remediar.
 ¡Te empeñas siempre en llamar
 á este palacio boardilla!
 CAR. ¡Tío!
 PACO ¡Verte así me pesa!
 (A Maximino, rápidamente y con acento imperioso.)
 ¡Oye!
 MAX. (Con gran reverencia.)
 ¡Majestad sagrada...!
 PACO ¡Dispón una gran parada
 en honor de la princesa!
 Veremos si de ese modo
 consigo...
 MAX. ¡Perfectamente!
 PACO Y que forme mucha gente.
 ¡Mucha! ¡Mi ejército todo!
 ¡Ya sabes! ¡Lo he decidido!

MAX. ¡Está bien!
 PACO ¡Y ahora, á callar!
 (Como disponiéndose á la meditación.)
 MAX. ¿Cómo?
 PACO ¡Ahora voy á pensar
 qué rey la doy por marido.
 MAX. (¡Sí que está loco de veras!)
 CAR. (Me trastorna verle así.)
 MAX. ¡Buscar novio para tí!
 ¡Como si tú los quisieras!
 ¡Ya lo tienes!
 CAR. ¡Lo tenía!
 ¡Es distinto!
 MAX. ¿Qué más dá?
 ¡Vas á decirme que ya
 te olvidó José María!
 CAR. ¡Puede ser!
 MAX. ¡Bah! Porque ahora..
 CAR. ¡Todo acabó, Maximino!
 ¡Todo!
 MAX. ¡Bah! ¡Qué desatino!
 ¡Tú lo quieres, y él te adora!
 CAR. ¡No, ya no! Me juzga infiel..
 MAX. Déjate de tonterías.
 Tú lloras hace ya días..
 CAR. ¿Quién te ha dicho...?
 MAX. Y es por él.
 CAR. ¡Pues bien, sí! Si tu supieras..
 MAX. Yo sé que lo arreglo todo.
 CAR. ¡Primo!
 MAX. No sé de qué modo,
 ¡pero lo arreglo!
 CAR. ¿De veras?
 MAX. ¡Vaya! Los dos soís iguales.
 ¡Tontos!
 CAR. Es que yo no paso
 porque él..
 PACO (Que ha seguido cavilando, con los codos sobre la mesa
 y la cabeza entre las manos, sale de su meditación y
 dice á Maximino.)
 ¡Oye!
 MAX. ¿Qué?
 PACO ¡La caso
 con el príncipe de Gales!

MAX. ¡Es un marido excelente.
 CAR. No te burles. Haces mal.
 (Oyese dentro, por la izquierda, la Marcha Real, tocada
 en una flauta.)
 PACO ¿No escucháis?... La Marcha Real!
 MAX. (A Carmen.)
 Tu padre.
 CAR. Seguramente.
 PACO ¡Algún Infante! ¡Salid
 á la escalera de honor!
 CLETO (Que aparece por la izquierda, muy satisfecho.)
 ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Soy el mejor
 flautista que hay en Madrid!

ESCENA II

DICHOS y DON CLETO. Éste viste pantalón raído y gabán claro de
 entretiempo, muy usado. Lleva subido el cuello del gabán y se cubre
 con una chistera vieja

PACO ¡Pasa, hermano!
 CLETO ¿Cómo estás?
 PACO ¡Sin novedad! ¿Y tú, Alteza?
 CLETO ¡Qué sé yo! ¡Con la cabeza
 perdida! ¡No puedo más..!
 PACO Reposo. Descansa un rato.
 CAR. (A su padre.)
 Trabajas mucho.
 CLETO Hija mía.
 Hoy tenemos un gran día.
 Boda en la calle del Gato;
 la tienda de los pañuelos,
 en ésta; en la de la Flora,
 gran bautizo: una señora
 que ha tenido tres gemelos;
 santo de una boticaria,
 de un concejal y de un cura;
 ¡y sobre todo: apertura
 de una nueva Funeraria!
 MAX. ¡Y una Funeraria quiere
 murga también?
 CLETO ¿Por qué no?

El mismo dueño pidió
dos tangos...

MAX. ¡Y el *Miserere!*
¡Mire usted que la salud!
¡Tangos para funerales!

CLETO (A Carmen.)
¡Ah! Toma: los siete reales.
El jornal.

CAR. No se te olvida.
CLETO Pues si faltara el jornal
de este pobre jornalero,
¡bueno andaría el puchero
en este palacio real!
Gracias a que yo y mis socios
procedemos con cuidado...
Si no... Tenemos pensado
ensanchar nuestros negocios.
Se aumenta la Sociedad.
Está decidido al fin.
Un *fagot* y un *cornetín*.
¡Dos artistas de verdad!
Con esto y con otras varias
reformas en que pensamos,
el mes que viene tocamos
á dos pesetas diarias.

PACO Tú siempre de buen humor,
príncipe. Quien te escuchara
que hablas en serio pensara.

CLETO (Con naturalidad.)
Y hablo en serio, si señor
¡Tocar tú por dos pesetas!

PACO Y por menos.

PACO ¡Desgraciado!

CLETO Como tú. ¿Tú no has tocado
antes de?..

PACO (Exaltándose.)
Poco respetas
mi persona. ¡A burla tal
mi regia sangre se opone!
CLETO Vuestra majestad perdone...
PACO Trátame de igual á igual.
Eres mi hermano

CLETO Eso sí.
PACO Mira, por tu amor al arte,

he pensado en obsequiarte
con algo digno de tí.
CLETO (¡Pobrecillo! ¡Cómo está!)
CAR. (Siempre soñando despierto.)
PACO Voy á dar un gran concierto.
¡Eso te divertirá!
¡Te lo arreglo en un segundo!
¡Verás!

CLETO No hay más que decir.
PACO ¡Oh! Te vendrán á aplaudir
todos los Reyes del mundo.
Y cuantos dictan las leyes
en el mundo musical.

CLETO Tienes razón. No está mal.
Yo echo luego entre los Reyes
un guante...

PACO ¿Tomas á risa
lo que quiero hacer contigo?

CLETO No, hombre, no; lo que yo digo
es que luego...

VIC. (Por la izquierda.) ¡La camisal
(Aparece trayendo, como en bandeja, una camisa plan-
chada y doblada cuidadosamente.)

ESCENA III

DICHOS y la SEÑÁ VICTORIA

CLETO ¡Señá Victoria!

VIC. ¡Yo! Gracias
á las llaves que me dejan,
como el otro por los muros,
yo me cuelo por las puertas.

PACO ¡Salud, duquesal

VIC. Planchada
y flamante.

CLETO Está soberbia.
VIC. Soy una gran planchadora.
CLETO ¡A ver! ¿Qué camisa es esa?
VIC. Pero, ¿cómo? ¿Usted no sabe?...
CAR. No quise que lo supiera
hasta que la viese. Toma.

CLETO ¿Qué es esto?...

CAR. ¡Nada!

VIC. Una prueba de su cariño.

CAR. Un regalo.

CLETO ¿Estás loca?

VIC. Es de primera.

CLETO ¡De Holanda!

CLETO ¿Yo, con camisa?

CAR. ¿Yo, esos lujos?

CAR. ¿La desprecias?

CLETO Al contrario; ¡pero es mucho!

MAX. (A Carmen.) ¡Muy bien!

CLETO Quizás por hacerla te hayas privado...

CAR. ¿Qué importa?

CLETO Vales más oro que pesas.

CLETO ¿Ves? Luego dice la gente que soy llorón. ¡A la fuerza!

CLETO ¿No he de llorar, cuando el cielo me dá por hija... una perla? Cuando miro...

VIC. Vamos, basta de pucheros y pamemas.

CLETO Dice usted bien. Mira, Paco, qué camisa tan bien hecha.

(Se aparta. Señá Victoria y Carmen quedan solas á un lado.)

VIC. Oiga usted: José María está rabiando por verla.

CAR. ¡Qué ha de estar!

VIC. Usted se engaña.

VIC. Lo sé.

CAR. Pues no lo demuestra. Quien vive pared por medio. y en una semana entera no ha entrado á verme ni un día, ni me quiere, ni lo prueba.

VIC. Está celoso.

CAR. Y me ofende.

VIC. Pero la quiere de veras.

CAR. ¿El?

VIC. Se le ve que está triste.

¡Y es natural! No se encuentra sin usted.

CAR. Suya es la culpa, Victoria. ¿De quién se queja?

VIC. Hay que arreglar ese pleito. A los dos les interesa. El es un señor cajista que gana cuatro pesetas y usted es pobre. En esta casa hay demasiada pobreza.

CAR. ¡Pero vivimos! Yo quiero solamente que él comprenda...

PACO Oye, Carmen. La camisa que has bordado, me recuerda la historia que me recitas a veces.

CLETO (¡La cantinela de todos los días!)

PACO Quiero volver á escucharla. Empieza.

CAR. Luego, tío.

PACO ¡No, en seguida!

CAR. (No sé qué hacer.)

MAX. (¡Si se empeña!)

PACO ¡Encuentro gran semejanza entre la amarga tristeza de aquel monarca y la mía!

CAR. Es que...

(Suena una campanilla.)

VIC. Lllaman á la puerta.

MAX. (Eso nos salva.)

CLETO Mis socios deben de ser.

CAR. ¿Los esperas?..

CLETO Como siempre. ¡Hoy es domingo!

VIC. ¡Día de ajuste de cuentas!

MAX. Iré yo á abrir. ¡Hasta luego!

VIC. Adiós, señora portera.

(Mútis de Victoria por la izquierda.)

ESCENA IV.

CARMEN, DON CLETO, DON PACO, MAXIMINO, RETAMA, PÉREZ
y PULIDO

CLETO Ellos son. Pasen, amigos.
RET. Muy buenas tardes.
CAR. Muy buenas.
RET. Hola, Paco.
PÉREZ Adiós, compadre.
PUL. ¿Cómo vamos? (A Paco, todos.)
PACO (Qué franquezas!)
PÉREZ ¿Estás ya mejor?
CLETO (¡Cuidadol!)
PUL. ¡Lo que es la cara es soberbia!
RET. Ya te habrá contado Cleto
el trabajo que nos cuesta
llenar tu hueco en la murga.
(Don Paco sonríe con aire de superioridad.)
CAR. (¡Prudencia, por Dios!)
MAX. (¡Prudencial)
(Continúan el diálogo con Carmen y Maximino, mien-
tras don Paco sigue mirándoles fijamente.)
PÉREZ ¡Es que era el gran violoncelo!
RET. ¡Para tangos y habaneras
el non plus!
PÉREZ (A Carmen.) ¡Y tú no sabes
cuántos chicos le recuerdan!
RET. Ayer, uno preguntaba:
«Y el tío de la chistera?»
PUL. ¡Nos hizo ganar bastantes
perras gordas!
RET. ¡Y aun pesetas!
PACO (Indignado.)
¡Eh! ¡Callad! ¡Callad, villanos!
¡Y respeto á la realeza!
PÉREZ (Soy un torpe...)
RET. (Se me olvida...)
CLETO (¡Le habéis tocado en la cuerda
sensible!)

RET. Chico, perdona.
PACO Bien pagáis la honra suprema
que os dispense al recibiros
sin que me pidáis audiencia.
¿Porque desciendo á vosotros
me insultáis de tal manera?
PUL. Vaya, vaya; no te enfades.
RET. Pero, hombre; ¿tomas á ofensa
que diga que eras el músico
más notable de la tierra?
¿Otra vez?
PACO (¡Andad con tiento!)
CLETO (Exaltándose cada vez más.)
PACO ¿Qué dirían las potencias
si lo oyesen? ¿Qué dirían
Rusia, Alemania, Inglaterra?...
MAX. (¡Ya tenemos para un ratol!)
PACO (A Maximino)
Por Dios, que esto no se sepa,
Chambelán; ¡ay, del menguado
que lo contase!
CLETO (¡Cualquiera
lo calma ya!)
CAR. (Yo lo calmo.)
CLETO (¿Tú?)
CAR. (Sí. Trabajo me cuesta,
pero verás...) ¿No querías,
tío Paco, que te digera
esa historia que te gusta?
PACO (Con rápida transición.)
¡Sí, hija; sí!
CLETO (¡Gran ocurrencia!)
RET. ¿Qué dice?
CLETO Su idea fija:
Que le reciten ó lean
un cuento viejo.
MAX. ¡Más viejo
que el andar á pie!
PACO Comienza.
(Impónese á todos. Carmen recita.)

Apólogo

Enfermó de pronto un día
cierto monarca oriental.
¿Qué enfermedad padecía?
Ningún doctor descubría
los orígenes del mal.

Su fuerte naturaleza
no minaban los dolores,
sino una oculta tristeza.
Por curarla, los doctores
se quebraban la cabeza.

Llenaron sus alhamíes
con cien mujeres hermosas,
más que mujeres huries,
de frescos senos de rosas
y de lábios de rubies.

De las trompas el clamor
resonó por las florestas
con gozo del cazador,
y ardió la corte en amor
y en regocijo y en fiestas.

Mas ni placeres, ni orgías
donde olvidar quiso en vano,
ni amores, ni cacerías,
curaban del soberano
las hondas melancolias.

Dábalo ya por perdido
sin duda, la facultad,
cuando entró un desconocido
y diz que dijo, atrevido:
«Yo salvó á su majestad».

Creendo que era un beodo,
se tomó la oferta á risa,
mas él siguió de este modo:
«Póngase al rey la camisa
de un hombre feliz del todo,

y al momento ha de sanar,
como otros muchos sanaron,
os lo puedo asegurar.»
Los doctores consultaron,
y dijeron: «¡A probar!»

¡El remedio no es penoso
y el rey casi está difunto!
Ensayar es lo juicioso.
«¡A ver! ¡La camisa, al punto,
de quien se juzgue dichoso.»

Nadie en Palacio lo era,
porque nadie respondió,
y entonces la corte entera
buscó, desalada, fuera
lo que en Palacio no halló.

Mas— caso extraño en verdad—
por parte alguna se hallaba
tal dichoso en la ciudad.
Nadie se consideraba
en plena felicidad.

Uno: «Sufro porque espero.»
Este: «¡Yo me sacrifico!»
Aquel: «No soy lo que quiero.»
El pobre: «¡Si fuera rico!»
El rico: «¡Cansa el dinero!»

Nadie feliz se creía
de la vida en la jornada,

y en tanto el rey se moría
y la camisa anhelada
ni con candil parecía.

Un magnate, el caso al ver,
buscando mayor espacio,
salió el reino á recorrer,
decidido á no volver
sin la camisa á Palacio;

y con fuerte cabalgata,
buena provisión de plata
y un corazón animoso,
emprendió la caminata
detrás de un hombre dichoso.

Con diligente cuidado,
pueblo á pueblo y senda á senda,
recorrió todo el Estado,
y ni halló al hombre soñado,
ni encontró la ansiada prenda.

Con honda contrariedad,
y aunque tarde, convencido
de que no hay felicidad,
dió la vuelta á la ciudad
sin la camisa, y corrido,

cuando al pié de una colina,
de pobre choza delante,
vió gente bajo una encina.
Era el cuadro interesante
de una fiesta campesina.

Grupos donde se mezclaban
hombre y mujer, niña y mozo,
junto á un anciano bailaban.
¿Qué suceso, con tal gozo,
tantas gentes celebraban?

La fiesta del noventón,
del viejo que, casi inerte,
y envuelto en roto mantón,
miraba, feliz y fuerte,
su envidiable sucesión.

Conmovido el cortesano,
con instintivo respeto
estrechó al viejo la mano,
y «¡Ay, señor!» dijo el anciano.
«Yo soy feliz por completo.

Dios me colma de alegría
cuando mi vida se acaba.
¡Toda esta familia es mía!»
¡El magnate no podía
creer en lo que escuchaba!

¡Al fin! La dicha que en vano
buscó entre la gente moza
y entre el brillo cortesano,
se encontraba... ¡en una choza!
¡y encarnada en un anciano!

Sobre él con fuerza cayó.
Acudió su gente aprisa
y al anciano sujetó.
¡Levantó la manta! ¡Y vió
que no llevaba camisa!!
(Pausa.)

REI.
PACO

¡Pues el cuento es muy bonito!
Y es mi historia toda entera.
Yo tengo, ¡como ese rey!
corona, poder, riquezas.
¿Qué me falta? ¡La camisa
del hombre feliz! ¡Mi tema!
¡Oh! ¡si pudiese alcanzarla!

CLETO (A Carmen.)
 ¡A ver si al fin te lo llevas,
 que nos estorba!

CAR. Tío Paco,
 vamos a tu alcoba.

MAX. Espera,
 mujer; no le digas eso.
 (Yendo a él y hablándole con respeto y con aire misterioso.)
 En la cámara de audiencias
 están el rey de Abisinia
 y el gran Tamerlán de Persia.
 ¡Oh! ¡Pues vamos!

PACO ¡Perdonadme!

MAX. (A Carmen.)
 ¿Ves?

PACO ¡Y buscadme sin tregua
 un hombre feliz! ¡Buscadlo!
 ¡Recorred toda la tierra!
 ¡Necesito esa camisa!
 ¡Doy cien millones por ella!
 ¡Se buscará!

CLETO (¡T'obre Paco!)

RET. (A Maximino.)
 Sígueme. (A Carmen.)
 Pasad, princesa.
 (Mútis muy estudiado, haciendo pasar por delante, con
 ceremoniosa cortesía, a la muchacha y haciéndose se-
 guir de Maximino.)

ESCENA V

DON CLETO, RETAMA, PÉREZ y PULIDO

(Pausa, muestras de compasión, etc.)

CLETO Se abre la sesión, señores.
 RET. Pues entonces, con la vénia
 del presidente, comienzo:
 (Sacando un papel.)
 Traigo la lista completa
 para mañana.

PÉREZ Veamos.

RET. (Lee.)
 «Cruz, noventa y siete. Tienda
 de caprichos». «Lotería».

CLETO ¿Qué dices?

RET. ¿Yo? Que a la dueña
 la ha tocado el premio gordo.

CLETO ¡Oh! Pues entonces, a esa...

RET. ¡La Marcha Real!

CLETO ¡Y el tango
 de *Los lunares!*—¿Es sería?

RET. Tiene un lunar.

CLETO ¡Pues el tango!
 ¿Qué te parece? (A Pérez.)
 De perlas.

PÉREZ (sigue leyendo.)
 RET. «Pez, ochenta y cinco. Ascenso.
 Piso cuarto de la izquierda.
 El inquilino ha ascendido...»
 ¿A las guardillas trasteras?
 A capitán.

CLETO Bueno; sigue.

RET. «Conde de las Covachuelas,
 banquero. Le han extraído
 dos quistes de la cabeza».

CLETO ¡Un banquero con dos quistes!

PÉREZ No; sin dos quistes.

RET. ¡Aprieta!
 Ese nos da cinco duros.
 Dicen que está muy contenta
 la familia. Tocaremos...

CLETO ¿A cuánto?

RET. ¡La mar de piezas!
 ¡Todo el repertorio!

PÉREZ ¡Digo!

RET. ¡Aunque los quistes le crezcan
 de nuevo!

CLETO Vamos despacio,
 que donde menos se piensa,
 en vez de echarnos un duro,
 ya sabéis lo que nos echan.

PÉREZ ¡Una cofaina!

PUL. Y a veces
 una...

CLETO ¡Sí, no des más señas!

RET. ¡Esa es la excepción!
CLETO Pues, hombre, ¡si ocurriese con frecuencia!
RET. ¡Hay gente que no ama el arte!
CLETO ¿Recordáis «la noche aquella» en que salió tras nosotros un señor con escopeta?
PÉREZ ¡Porque tocamos *Lucta*!
RET. Estoy seguro de que era un *vagneriano*.
CLETO ¡Yo creo que era un salvaje!
PUL. Si llega, a alcanzarnos, nos...
CLETO ¡De fiño!
RET. ¡Bien! Suma y sigue.
(Sacando otro papel.) La cuenta de la semana.
CLETO ¿La has hecho?
RET. Al céntimo. Viene en regla. Los siete reales diarios de cada cual; cero treinta de pez para los violines; una clavija, tres cuerdas, dos panecillos del día en que fuimos á las Ventas...
CLETO Está bien, pero, hay sobrante?
RET. ¿No ha de haber? ¡Ocho pesetas!
PÉREZ ¡Ocho!
PUL. ¡Jesús!
CLETO ¿Es posible?
RET. ¡Una fortuna!
(Sacando las monedas y repartiéndolas.) Como estas.
CLETO ¡A dos por barba!
PÉREZ ¡Dios mío!
PUL. ¡Dos más!
CLETO ¡Esto es la opulencia!
RET. Pues, ya véis y eso que falta el pobre Paco..
CLETO ¡Qué breva la de ser murguista!
RET. ¡Claro!
CLETO ¡Mucho menos dá una piedra!

CLETO ¡Y al fin y al cabo, nosotros vivimos hasta con ciertas pretensiones!
RET. Lo que ocurre, y vuestra desgracia es esa, es que muy pocos se ajustan á lo que tienen. ¡Si hubiera en el mundo muchos hombres como yo, que se sujetan á lo que ganan, y así ni derrochan, ni se empeñan, otro gallo nos cantára de seguro!
CLETO Mira, deja, el sermón para la noche. ¡Tú siempre el mismo!

ESCENA VI

DICHOS y CARMEN

CAR. Ya queda el infeliz más tranquilo.
RET. Pobre Carmen. ¡Qué enfermera tan dulce!
PÉREZ ¡Tan cariñosa!
CAR. ¡Por Dios, Pérez!
PUL. ¡Y tan buena!
CAR. ¿Y qué tal, qué tal ha sido el reparto?
CLETO ¡A dos pesetas!
(Siguen hablando Carmen, Pérez y Pulido.)
RET. Oye, Cleto, y que esos otros no nos oigan.
CLETO ¿Qué?
RET. ¿Me prestas esas dos pesetas tuyas hasta el sábado?
CLETO ¡Me dejas patidifuso! ¿Tú?
RET. Yo
CLETO ¿Qué quieres? Las exigencias del mundo, los compromisos de la vida...

CLETO Me revientas,
Retama.

RET. No me las niegues,
por Dios Cleto, y considera
que cuando yo te las pido.
Pero que nadie lo sepa.

CLETO ¡Nadie! Ni Carmen tampoco.
(Entregándole las dos pesetas.)

RET. ¡Cál!

CLETO Mira que si se entera
me arma el primer caramillo.

RET. ¿Qué te ha de armar? Es muy buena.

CLETO ¡Por eso precisamente,
que es bien natural que quiera
lo suyo para los suyos!
¡Y que se pone tremenda!

PÉREZ ¡Conque vámonos, que es tarde
Retama!

RET. ¡Andando!

PUL. ¡Adiós, prenda!

CLETO ¡Hasta la noche!

PUL. Hasta luego.

CLETO ¡Anda y ábreles la puerta,
muchacha!

RET. No te molestes.

CLETO ¡Adiós!

CLETO Más te valiera
que echases menos discursos
y tuvieses más vergüenza.
¡Vayan ustedes con Dios!

CAR. ¡Adiós!

RET. ¡Adiós!

PÉREZ ¡Adiós!

CLETO ¡Qué gatera!
(Mútis de Cleto por la derecha llevándose la camisa,
y de los otros por la izquierda.)

ESCENA VII

CARMEN y MAXIMINO

MAX. ¡Carmen!

CAR. ¡Maximino!

MAX. Estaba

esperando á que se fueran.
¡Vá á venir!

CAR. ¿José María?
No te creo. Están muy feas
las cosas, y él es muy terco...
¡Pues ya ves!...

MAX. ...¡para que vengal...

CAR. Pues viene.

MAX. ¡Cál!

MAX. Para mí,
que no puede con las penas
que tiene, y que necesita
desahogarse...

CAR. No. Más negras
son las mías, y me aguanto
y me consumo con ellas.

MAX. Calla.

J. MAR. (Dentro.) Pues, adiós, señores.

CAR. ¡El! Se ha encontrado en la puerta
con esos...

MAX. Adiós.

J. MAR. ¿Se puede?

CAR. ¡Pase usted!

MAX. ¡Si Dios quisiera!
(Mútis por el fondo)

ESCENA VIII

CARMEN y JOSÉ MARÍA. Sale éste por la izquierda

CAR. ¡Por fin has venido!

J. MAR. ¿Qué venga te extraña?

CAR. Mi primo me ha dicho que verme querías.

J. MAR. Y á mí me ha contado que tú me llamabas.

CAR. Mintió. Yo no puedo
llamarte á mi casa.

J. MAR. Pues de ella te fuiste, bien haces, sin duda.

CAR. Pues ya estoy en ella, charlemos con calma.

J. MAR. ¿De qué? ¿De tus celos?

CAR. Mejor de tus faltas.

J. MAR. ¿Mis faltas?... En una resúmense todas:
¡haberte querido como una insensata!

Haber puesto, enteras,
la vida y el alma
en hombre que nunca pagó mi cariño.

J. MAR. ¡Sembré en mala tierra! ¡Busqué mi desgracia!
¿Lo dices, de veras,
asi, cara á cara?

J. MAR. ¿Yo sí que la vida por ti hubiera dado!
¿La diera... aun hoy mismo que sé que me
¿Por qué dices eso? [engañas!

CAR. ¿Por qué me maltratas?
J. MAR. Escucha: la tarde que hablaste con Pablo
bien claro veias que yo te miraba!

CAR. ¿Debí no mirarle...
volverle la espalda?

J. MAR. ¿Y á Juan, el armero? ¿Tampoco el domingo
con él, á la puerta, te he visto de charla?...

CAR. Pasé, y me detuvo;
le hablé dos palabras...

J. MAR. Cien veces me has dicho que te ha preten-
[dido.

CAR. Mas nunca te dije que yo lo aceptara.
J. MAR. De todo recelo.
CAR. Me ofendes, sin causa.

J. MAR. ¿Qué avaro no teme perder su tesoro?
CAR. ¿Quien sabe de sobra que él mismo lo guarda!
J. MAR. Yo sufro dudando.
Las dudas me matan.

CAR. Pregunta á mi madre; decírtelo puede.
¿A que ella no piensa que yo soy tan mala?

J. MAR. ¡Oh! ¡No! Te defiende.
La pobre baldada
no pide otra cosa que verte de nuevo.
Te quiere, y no vive si no la acompañaas.

CAR. ¿Lo ves? Quien bien quiere
no ofende, no ultraja.

J. MAR. ¿Qué vas á decirme? ¿Qué yo no te quiero?
CAR. No sé...

J. MAR. Que te adoro mis celos proclaman.
¿Qué indican mis dudas?
¿Qué prueban mis ansias?
Que sueño contigo, que temo perderte;
que si alguien te mira, mi sangre se abrasa.
(Con pasión creciente.)
Que yo, ser quisiera,

por arte de magia,
la tierra que pisas y el aire que bebas,
¡la luz que en tus ojos refleja sus llamas!

Así es mi cariño.
¡Ya sé que te extraña!
¿Qué sabe de celos tu amor sosegado?

¡Del tuyo hasta el mío va mucha distancia!
¿Por qué no me miras?
¿Qué tienes que callas?

Sufri las traiciones; no sufro el desprecio.
CAR. ¡Respóndeme al menos! ¡respóndeme, in-
¿Qué voy á decirte? [grata!

Tus celos me agravian.
Querer que así duda mas bien es afrenta.
¿De mí desconfías? ¡Pues, vete y acaba!

Terminen las quejas,
las dudas que manchan,
el ruego que humilla, y el odio que acusa,
la ofensa que hiere, y el llanto que mata.

J. MAR. ¿De suerte que es todo
quimera sin causa?

CAR. ¿Que no tengo pruebas? ¿Que aquella sor-
¿Qué dices? ¿Es esa?... [tija?..

J. MAR. ¡La prueba palmaria!
Jamás en tu dedo
logré contemplarla.

¡Qué poco apreciaste mi pobre regalo!
CAR. José...

J. MAR. Tal vez otro lo luce ó lo guarda.
CAR. ¡¡Jesús!! ¿Tú sospechas?
J. MAR. ¿Los celos me engañan?

¿Conservas mi obsequio? ¿Mostrármelo pue-
[des?

CAR. ¡Pobreza, á menudo pareces infamial
J. MAR. No entiendo...
CAR. (con gran amargura.) Mi oculto
secreto me arrancas;
pesar y vergüenza me cuesta decirlo;
pero oye...

J. MAR. ¿Qué es eso?
¿Qué tienes?
¡Ven! ¡Habla!

CAR. Por esa sortija,
—perdona mi falta

dos viejos comieron un día bien triste:
un día en que todo faltó en esta casa.

J. MAR.

¿Por eso?

CAR.

¡Por eso!

J. MAR.

¿Y a-i me ocultabas?

Pudiste pedirme...

CAR.

¿No siendo tu esposa?

Yo al dar la sortija pensé en recobrarla.

Después... no he podido...

J. MAR.

No sigas.

CAR.

Aguarda.

Hoy ya puedo hacerlo. Ven luego, si quieres.

Verás tu sortija; la prueba no engaña.

J. MAR.

Vendré; te lo juro.

CAR.

La puerta está franca.

J. MAR.

¿Por qué, si eso es cierto, no hablaste hasta

[ahora?

CAR.

¿Por qué, si me quieres, dudando me agra-

J. MAR.

Pues, vuelvo.

[vías?

CAR.

¡Pues, vuelvel!

J. MAR.

¿Me esperas?

CAR.

¡Sin falta!

J. MAR.

¡Dios quiera que logres mostrarme la prueba!

CAR.

¡Veremos si aún dudas después de mirarla!

(Múts José María izquierda.)

ESCENA IX

CARMEN

¡Ay, qué mala es la miseria,
y qué malos son los celos
que así trastornan á un hombre
que es en el fondo, tan bueno!
¿Cómo ha de ver, y ver claro,
si empieza por estar ciego?

ESCENA X

CARMEN y DON CLETO. Este sale, muy gozoso, y como anterior-
mente, con el cuello del gabán levantado

CLETO

¡Hija!

CAR.

¿Qué, padre?

CLETO

¿Qué tienes?

CAR.

Pues, mira, ante todo, tengo

que hablarte.

CLETO

Pues habla tonta.

(Me reservaré el efecto,

que va á ser de tres bemoles.)

Pero, ¿qué pasa? ¿qué es esto?

¿Estás llorando?

CAR.

¡No!

CLETO

¡Vaya,

si lloras! ¿Hay algo nuevo?

¿Un recado de la tienda?

¿Un aviso del casero?

CAR.

No, nada...

CLETO

¡Tú no te asustes

de la vida! ¿No te quiero?

¿No me miro yo en tus ojos?

¡Dil! ¿No hago yo cuanto puedo

por verte feliz?

CAR.

¡Sí, padre!

CLETO

¡Pues entonces! ¡Fuera miedos

y fuera tontunas! (¡Nada!

Llora más. Renunciaremos

á los tres bemoles.) ¡Mirame!

(Se baja el cuello del gabán, y abre éste, dejando ver

la camisa del regalo que lleva puesta.)

CAR.

¡Ay, Jesús!

CLETO

¿Qué te parezco?

CAR.

¡Un príncipe!

CLETO

¡Ya lo soy

por altísimos decretos

de mi hermano!

CAR.

Pero, padre,

¿te has visto bien al espejo?

¡Ven aquí! ¡Jesús!

(Lo lleva junto á uno pequeño que estará colgado de la pared.) ¡Qué majol!

CLETO Mira: cualquier día pierdo la chaveta, me echo al mundo con un trajecito nuevo, y vas tú á ver á las mozas derretirse por mi cuerpo. ¡Porque el *aquel* de los hombres es la gracia! ¡Olé los viejos con *agilibus*! ¡Sonriete muchacha!

CAR. ¡Si es que no puedo!
¡No te enfades!

CLETO ¿Yo? ¡No hay duda!
Debe ser algo muy serio.
(Sin darse cuenta de lo que hace, se levanta el cuello del gabán.)

CAR. Pero, qué haces. ¡Tú!

CLETO ¿Qué pasa?

CAR. ¿Qué te levantas el cuello del gabán!

CLETO ¡Hija! ¿qué quieres?
¡la costumbre!

CAR. ¡Por supuesto!

CLETO Con que... vamos... ¿Qué sucede?

CAR. Pues... sucede... que me temo no sé qué... José María no me quiere, y yo le quiero tantísimo, de tal modo, que aunque sus malditos celos me maten, hasta la muerte he de seguirle queriendo!

CLETO ¡Lo de siempre! ¡Vamos, hija!
(¡Y yo, qué simple, no haberlo adivinado!) ¡Ten calma!

CAR. Si es que verás.—Tiene un genio imposible.

CLETO ¡Bah!

CAR. Y por todo ha de mover un tiberio. Si hablo con éste... Si salgo de casa...

CLETO ¡Bah!

CAR. Si me quedo

reparando en cualquier cosa por la calle... Si me peino con cuidado...

CLETO ¡Niñerías!

CAR. Y hoy... vamos... hoy me retuerzo de rabia, como una loca, porque él me acusa y yo quiero defenderme, y me hace falta una prueba, y no la tengo.

CLETO ¡Calma!

CAR. ¡Padre, necesito esas dos pesetas!

CLETO ¡Cuerno!

CAR. ¿Te acuerdas de la sortija que él me dió?

CLETO ¡Sí que me acuerdo!

(Cogiéndola una mano.)

¿No es ésta?

CAR. ¿Cuál?

CLETO ¡No la tienes!

CAR. En un día de esos negros, más que la noche, comimos gracias á lo que me dieron por ella.

CLETO ¡Carmen!

CAR. Yo quise

sacar poco del empeño, para poder rescatarla en seguida. Me ofrecieron diez pesetas, y no quise más que dos. Pero con eso y con todo, no he podido reservar ni un sólo céntimo para el rescate, y la pobre sortija sigue en su encierro y él me acusa...

CLETO ¡Es un infame!

CAR. ¡Eso no!

CLETO ¡Vaya!

CAR. No es eso, es que los celos le ciegan que no puede poner freno á su enojo, que no sabe lo que se dice en sintiendo

la inquietud de la sospecha
y el escozor del recelo...

CLETO
CAR.

¡No llores, por Dios!

¡Qué vida
es esta vida! ¡Y qué perro
es este pícaro mundo
que á los pobres nos han hecho!
¡Ya ves tú! ¡Yo finjo siempre
la alegría que no siento!
¡Y es inútil que resista,
que al fin y al cabo me entrego!
¡Hay que envidiar á mi hermano
que vive en mundos risteños
y es feliz; que no padece
la angustia que yo padezco!
¡y él no la sufre, por loco!
¡y yo la sufro, por cuerdo!
¡No llores!

CAR.
CLETO

¡Cuando tú lloras
no he de llorar! Ven. Lloremos
los dos... ¡Tu cara en la mía!
¡tu pecho sobre mi pecho!
¡Para el dolor de los pobres
no conozco más consuelo!
¡Así se parten las penas,
y así nos tocan á menos!
¡Ay, Carmen!

CAR.
CLETO

¡Padre!
¡Hija mía!
¡Yo sí, yo sí que te quiero!
(Se abrazan llorando.)
(Pausa.)
Verdad.

CAR.
CLETO

Pero, mira, á todo
se puede poner remedio.
¡Yo soy así! ¿Que me achico?
¡Pues al minuto me crezco!
Vamos á ver, si arreglamos
las cosas, por el momento
siquiera...

CAR.
CLETO

¡Sí, sí!
¿Quién tiene
esa papeleta?

CAR.

Creo

que Maximino...

CLETO

Corriente.

Son dos pesetas.

CAR.

¡Sí!

CLETO

¡Bueno!

(¡Yo las saco de debajo
de las piedras! ¡Ya veremos!)
¿Y eso es todo? ¡Pues no es nada!
¿Hablas de veras?

CAR.

CLETO

Ya siento

haber tomado las cosas
en trágico. No lo echemos
todo á rodar por subirnos
de repente al quinto cielo.
Eso es lo que yo pensaba.
Bien, pues ya estamos en eso.
Yo rescato la sortija,
y he de ser yo... porque quiero
ser yo...

CAR.

CLETO

¡Como quieras!

CAR.

CLETO

Salgo,

y á los tres minutos vengo,
¿porque estará en esa casa
de abajo, del entresuelo...?
¡Es claro!

CAR.

CLETO

Vuelvo á ponerla

en ese pícaro dedo,
y busco en seguida á Pepe,
y habláis, con las almas, luego,
y tú vas y le perdonas,
y bailamos de contento
los tres; ¡y vengan abrazos
y suspiros! ¡y *laus Deo!*

CAR.

CLETO

¡Bravo!
¡Ya ves si me animo,
chiquilla!...

CAR.

CLETO

¡Qué gusto!

En viendo

que se te alegran los ojos,
por más que aún tienes en ellos
dos lágrimas... Tú no has visto
en mitad de un aguacero
que salta de pronto un rayo
de sol... ¡Pues lo mismo es eso!

Tus ojos están llorando
y á la vez se están riendo.

CAR. ¡Maximino!

CLETO ¡Maximino!

¡Ay, Carmen mía! ¡Qué peso
se me ha quitado de encima!

CAR. ¡Vaya unos viejos, los viejos
como tú!

CLETO ¡Ven á mis brazos
para que te estrechen, cielo!
¡Estos son los de tu padre!

CAR. ¡Y los de tu Carmen éstos!

CLETO ¡Maximino! (se abrazan.)

CAR. ¡Maximino!

CLETO ¡Carmen!

CAR. Voy...

CLETO Espera.

CAR. ¡Vuelvo!

¡Padre, que Dios te bendiga!

CLETO ¡Dios te bendiga, lucero!

(Mútis cada uno por un lado.)

ESCENA XI

CARMEN, DON CLETO, MAXIMINO y DON PACO

CAR. (Dentro.)
¡Maximino!

CLETO (Idem.) Maximino...

MAX. (Saliendo por primera derecha.)
Aquí estoy. Pero ¿quién chilla
de ese modo?

CLETO (Volviendo, viéndolo y yendo hacia él.)
Maximino.

CAR. (Idem.)
¿Dónde estabas?

MAX. Pero, prima...

PACO (Saliendo.)
¿Quién perturba mi reposo
con tan grande algarabía?
¿Qué acontece?

CLETO Pues, ya nada.

PACO ¡Hombre, bien! ¡Muy bien!

CLETO ¿Qué miras?

(Hablan mientras animadamente, en el lado opuesto,
Carmen y Maximino.)

PACO Veo que por fin renuncias
á la insolente manía
de andar por estos salones
de palacio sin camisa.
¡Tentabas ya demasiado
mi paciencia!

CAR. (A Maximino.) ¡Sí; la misma!
¡Dámela! ¡La necesito!
¡Pero, en seguida!

MAX. En seguida. (Mútis.)

PACO Y es digna de tí: bordada,
con encaje...

CLETO Vamos, quita.

(Don Cleto hace ademán de tajarla.)

PACO No la ocultes.

CLETO Si la oculto,
para conservarla limpia.

(A Carmen.)

CAR. ¿Apreció la papeleta?
Claro que sí. La tenía
Maximino. Ya la trae.
Conque, si me sacrificas
las dos pesetas...

CLETO ¡Ah! tonta.
(Pero, señor; ¿qué podría
yo hacer?)

CAR. ¿En qué estás pensando?

CLETO En nada. (Si doña Rita
la del tercero...)

MAX. (Volviendo.) Aquí está.

(A Carmen.)

CAR. ¿Es esta, verdad?

La misma.

Gracias, primo. (A su padre.)

Tome usted.

CLETO Bueno; pues veng la *bimba*,
(Recogiéndola de la silla donde la dejó en la escena se-
gunda.)
y salgo, y en cuatro brincos
estoy de vuelta. ¡Ay, chiquilla!

CAR. ¡Ay, padre!
 MAX. ¡Ay, tío!
 CLETO (Veremos
 si se ablanda la vecina.)
 Adiós, tú.

PACO ¿Dónde vas?
 CLETO Hombre,
 que me arrugas la camisa.
 ¡Déjame pasar!

PACO ¿Qué sandiol
 CAR. ¡Qué bueno! ¡Adiós!
 CLETO Adiós, hija.
 (Y si no... ¡lo que Dios quiera!
 Mejor es... porque la Rita...!)
 (Mútis izquierda.)

ESCENA XII

DON PACO, CARMEN y MAXIMINO

CAR. (A Maximino)
 Ya tú lo ves. ¡Me regala
 todo cuanto tiene!

MAX. Ay, prima;
 si todos fuéramos buenos...
 ¡qué a gusto se viviría!

PACO Cuchicheos, risas, lágrimas,
 vueltas, entradas, salidas...
 ¡si no está loca del todo,
 qué imbécil es mi familia!
 ¿qué miras?
 (A Carmen que, como Maximino, le están mirando fija-
 mente.—Con transición rápida.)
 ¡Ah! ¡Tú no sabes!
 Gracias a mi retentiva
 ya casi, casi, conservo
 de memoria tu poesía...
 Acabo de descubrirlo.
 ¡Qué verdad es, oh sobrina,
 que las personas reales
 somos de clase distinta
 de los demás, y tenemos
 inteligencias clarísimas!

MAX. ¡Decis verdad!
 CAR. ¿Quién lo duda?
 PACO Atended. Ved si mentía:
 «Dábalo ya por perdido
 del todo la facultad,
 cuando entró un desconocido
 y diz que dijo atrevido:
 «Yo salvo a su majestad.»

»Creyendo que era un beodo
 se tomó el suceso a risa,
 pero él siguió de este modo:
 «Póngase al rey la camisa
 de un hombre feliz del todo,

y al momento ha de sanar,
 como otros muchos sanaron.
 Os lo puedo asegurar.»
 Los doctores consultaron
 y dijeron: «¡A probar!»
 ¡Já, já!

CAR. Tío Paco...
 PACO ¡No mientol
 MAX. ¿No ve usted que así se excita?
 CAR. Luego se pone usted malo
 y es peor.

PACO ¡Calla, sobrina!
 (Es como su padre: estúpida.
 Tiemblo por mi dinastía.)
 (Transición.)
 La sé toda, toda entera.
 Pero...

CAR. ¡Señor!
 MAX. ¡Ah! ¡Qué viva
 PACO imaginación! ¡Qué hermosa
 inteligencia la mía!
 (Sigue cogiendo a cada uno de los otros de un brazo.)

«Conmovido el cortesano
 con instintivo respeto
 estrechó al viejo la mano,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1962 MONTERREY, MEXICO

y «Ay, señor», dijo el anciano,
yo soy feliz por completo.

Dios me colma de alegría
cuando mi vida se acaba.
Toda esta familia es mía.
El magnate no podía
creer en lo que escuchaba.

¡Al fin! La dicha que en vano
buscó entre la gente moza
y entre el brillo cortesano
lo encontraba en una choza
y encarnada en un anciano.

Sobre él con fuerza cayó;
acudió su gente aprisa
y al anciano sujetó;
levantó la manta ¡y vió
que no llevaba camisa!»

Esto es arte, y arte puro,
¡verdad y filosofía!
(Sentándose y abstrayéndose de nuevo.)
«¡Levantó la manta, y vió
que no llevaba camisa!»

ESCENA XIII

DICHOS y SEÑA VICTORIA. Esta entrando apresuradamente, y
muy contenta

VIC. ¡Carmen! ¡Carmen!

MAX. ¿Qué sucede?

VIC. Buen noticia. Lo he sabido
y vengo...

CAR. Pues, ¿qué ha ocurrido?

VIC. Todo lo mejor que puede

ocurrir. ¡Ay, qué gran día!
¡Qué gran boda!

MAX. A ver, á ver...

CAR. ¿De quién?

VIC. ¿De quién ha de ser?

¡De usted con José María!

No hay nadie ya que no sepa...

CAR. ¡Usted sueña!

VIC. ¿Yo soñar?

Me lo acaba de contar
su madre.

CAR. ¿La seña Pepa?

VIC. Allí está llora que llora.

Ella es quien ha decidido
á José...

CAR. ¿Cómo? ¿Ha podido?...

VIC. Ya sabe usted que la adora.

CAR. ¡Pobre vieja! Ya lo sé.

VIC. ¡Vaya un sermón que le ha echado!

CAR. ¿Y él?

VIC. El está avergonzado
de haber ofendido á usted.

CAR. Pero, ¿es posible? ¿es verdad?

VIC. Usted misma lo ha de ver.

CAR. ¡Si no acabo de creer
en tanta felicidad!

PACO (A Maximino.)

¡Los novios! Todos iguales.

¡Qué elección tan acertada!

¿Lo ves? ¡Ya está enamorada
de su príncipe de Gales!

MAX. ¡Mucho!

PACO Le quiere de veras.

¡Bien se ve!

CAR. (Continuando su diálogo con la seña Victoria.)

¡Me hace justicia!

PACO Ven: hay que dar la noticia
á las Cortes extranjeras.

MAX. Formen los alabarderos.

PACO Bien. Muy bien. En todo estás. (A Carmen.)

Adiós, hija. ¡A ver si das

á nuestra stirpe herederós!

CAR. ¡Tío Paco!

PACO Tengas por tí...

nuevos timbres nuestro escudo.
 ¡Vamos! (A Maximino.)
 (A la seña Victoria..) Duquesa, os saludo.
 (A Maximino.)
 Gran Chambelán. Ven tras mí.
 (Mutis de don Paco y Maximino.)

CAR. ¡Estoy soñando despierta!
 VIC. No sueña usted. Ya verá.
 Llaman.

CAR. Mi padre quizá.
 VIC. Pues yo iré a abrirle la puerta. (Mutis.)

ESCENA XIV

CARMEN, y en seguida DON CLETO

CAR. ¡Pobre tía Pepa! Una hija
 tendrá en mí. ¡Se lo ha ganado!

CLETO Ya está el asunto arreglado.
 ¡Aquí tienes la sortija!

CAR. ¡Gracias!

CLETO ¡Rompió sus cadenas!

CAR. Ya todo es júbilo en casa,
 ¡todo es dicha!

CLETO Pues, ¿qué pasa?

CAR. ¡Que se acabaron las penas!

CLETO ¿De verdad?

CAR. Lo que te digo.

CLETO No te comprendo, hija mía.
 Dí claro...

CAR. José María
 quiere casarse conmigo.

CLETO ¿Es posible? ¡Dios piadoso!

CAR. La portera lo asegura.
 Está arrepentido, y jura
 no volver a ser celoso.

CLETO ¡Dios mis súplicas oyó!

CAR. ¿Lloras?

CLETO ¿Te parece raro?

CAR. ¡Padre!

CLETO ¡Ya tienes amparo!

¡Ya puedo morirme yo!

CAR. ¡Bah! ¿Quién piensa en eso?
 CLETO ¡Sí!

CAR. ¡No, no! ¿qué vivas espero,
 para ver lo que te quiero..
 (Que oye, al entrar, la frase.)
 J. MAR. ¡Y lo que él te quiere a tí!

ESCENA XV

DICHOS y JOSÉ MARÍA

CLETO ¡Muchacho!

CAR. ¡José María!

J. MAR. ¡Démoslo todo al olvido!

A tí vengo arrepentido.

¡Perdóname, Carmen mía!

Mi única joya te llevas.

La prueba que te ofrecí.

¡La sortija!

J. MAR. Es cierto, ¡sí!

Peró ya no quiero pruebas.

Te he ofendido sin razón.

He sido injusto, insensato;

pero nació mi arrebató

de mi cariño. ¡Perdón!

¡Dejé al fin de ser celoso!

¡La enmienda firme será!

No me engañes.

CAR. ¿No estoy ya

J. MAR. decidido a ser... tu esposa?

CAR. Tu madre nos dá la suerte,

porque ella es quien te aconseja...

J. MAR. Es verdad. La pobre vieja

quedó rabiando por verte.

¡Te quiere con su alma toda!

CAR. Y yo haré cuanto ella exija.

¡Seré su enfermera, su hija!

MAX. (que ha entrado poco antes.)

¿Qué es esto? ¿Por fin hay boda?

ESCENA XVI

DICHOS y MAXIMINO

J. MAR. ¡La habrá!
 MAX. ¡Por fin los casé!
 CLETO ¡Se la llevan!
 J. MAR. ¡Eso no!
 Ella no se va. Soy yo
 quien se queda junto á usted.
 CLETO ¡Hijo!
 J. MAR. ¡Los dos lo seremos!
 CLETO ¿No sueño? ¡Virgen bendita!
 J. MAR. Usted es viejo, y necesita
 que entre los dos lo cuidemos.
 MAX. ¡Adiós, murga callejera!
 CLETO (A José María)
 ¡Eres buenol
 J. MAR. Soy su amigo.
 Y ahora, Carmen, ven conmigo;
 ven, que mi madre te espera.
 CLETO ¡Sí! ¡Vé!
 CAR. ¡Pues, adiós!
 CLETO ¡Adiós!
 CAR. ¡Volveré pronto; descuida!
 CLETO ¡Adiós, hija de mi vida,
 y El os bendiga á los dos!
 (Mútis Carmen y José María por la izquierda.)
 MAX. ¡Es mozo de buena cepa,
 aunque algo desconfiado...
 Y luego tiene á su lado
 á un ángel: ¡la seña Pepa!
 ¡Con buena chica se casa!
 CLETO ¿Qué dices, sobrino mío?
 MAX. ¡Que estoy muy contento, tío,
 y que voy á ver qué pasa!
 (Mútis izquierda.)

ESCENA XVII

DON CLETO y DON PACO

CLETO ¡Qué alegría! ¡De qué modo
 Dios nuestra casa bendice!
 PACO (Que ha salido por la puerta del fondo.)
 (Estoy soñando! ¿Qué dice?)
 CLETO ¡Soy feliz, feliz del todo!
 ¡Del todo! ¿Habrá quien se tenga
 por más feliz? ¿Quién se llame
 feliz á mi lado?
 PACO ¡Ah! ¡Infame!
 ¡La camisa! ¡Pronto! ¡Venga!
 CLETO ¡Paco! ¿Qué dices?
 PACO (Abriéndole el gabán violentamente.)
 ¡Aprisa!
 CLETO No la tengo.
 ¿Cómo? ¿Qué?
 PACO Fue preciso... ¡La empeñé!..
 CLETO ¡Claro! ¡No tiene camisa! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Carlos Fernández Shaw

TEATRO

Drama en cuatro actos:

Severo Torelli.

Zarzuelas en tres actos:

La llama errante.
Los hijos del batallón.

Don Lucas del Cigarral.
La canción del náufrago.

Comedia lírica en un acto:

La venta de Don Quijote.

Sainetes:

Las bravías.
La revoltosa.
Las castañeras picadas.
Los buenos mozos.

¡Viva Córdoba!
Los pícaros celos.
El maldito dinero.

Melodrama en un acto:

La puñalada.

Zarzuelas en un acto:

El cortejo de la Irene.
La chavala.
El gatito negro.
Polvorilla.
La buena ventura.
Los timplaos.

El tirador de palomas.
El tío Juan.
Las grandes cortesanas.
Tolete.
El alma del pueblo.

Comedia musical:

El Certámen de Cremona.

Comedia en un acto y en verso:

El hombre feliz.

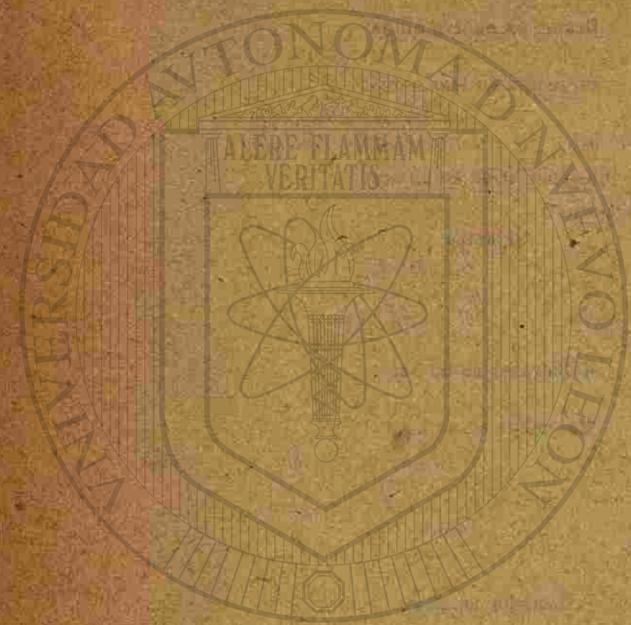
POESÍA

Poesías.
El defensor de Gerona.
Poemas de F. Coppée, traducidos en verso castellano.
Tardes de Abril y Mayo.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.
De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo a la traducción de los poemas de Coppée.

CAPILLA ALFONSINA



EL TÍO JUAN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

EL TÍO JUAN

ZARZUELA DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS Y UN INTERMEDIO,

ORIGINAL DE

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

música de los maestros

CHAPÍ y MOREBA

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA, en la noche
del 25 de Junio de 1902

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL FIERRO REYES"

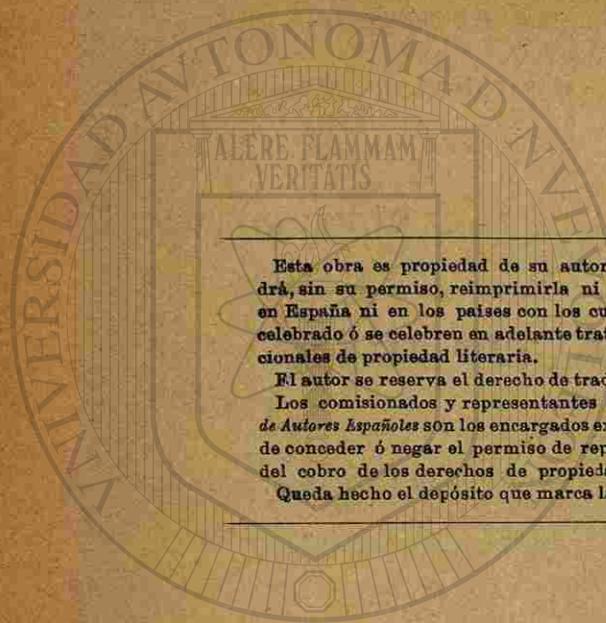
MEXICO

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.*

Teléfono número 551

1902

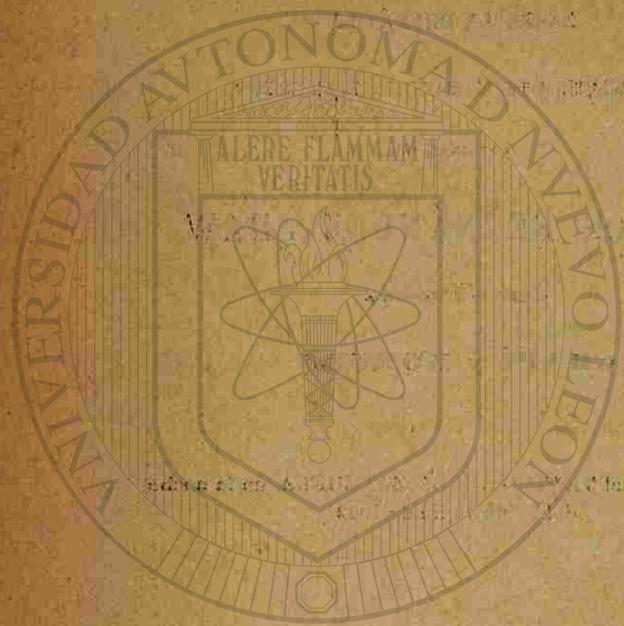


Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



A Valentín González,

gran artista,

su admirador y amigo,

Carlos Fernández Shaw

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO

PERSONAJES

ALBERTO.....
AURORA.....
JUANA.....
MUJER DEL PUEBLO...
EL TÍO JUAN.....
LORENZO.....
MARTÍN.....
PEDRO.....
ROQUE.....
MARINERO 1.º.....
IDEM 2.º.....

ARTISTAS

SETA. ARANA.
FONS (JULIA.)
SRA. GONZÁLEZ (D.)
PAJARES.
SR. GONZÁLEZ (VALENTÍN.)
SIGLER.
RUBIO.
RODRÍGUEZ.
STERN.
MORA.
GALERÓN.

*Marineros, pescadoras, hombres y mujeres del pueblo.
Coro general*

La acción en Normandía, durante el último tercio del siglo XVIII

Derecha é izquierda, las del actor

Para esta obra ha pintado cuatro hermosas decoraciones el eminente escenógrafo Don Amalio Fernández

ACTO UNICO

Preludio en la orquesta antes de que levanten el telón. Dentro del preludio, como hacia la mitad del mismo, y luego al final, se oirá un coro interno.

Música

CORO

El sol en las olas sus rayos refleja,
y el mar, al hundirse, parece incendiar.
Fantásticamente la costa se aleja,
y al soplo propicio del viento que pasa
deslizase el buque surcando la mar.

CUADRO PRIMERO

Trozo de costa, con fondo de mar que llega hasta el horizonte. Casas: á un lado y otro, que representan ser las de un pueblo, inmediatas al mar. Por el centro de la plazoleta que dichas casas forman, arranca un camino que figura conducir á la ribera. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ROQUE, PEDRO, JUANA, HOMBRES y MUJERES de pueblo. Forman grupo pintoresco y miran hacia el mar, por la derecha.

Hablado

JUANA Esas son ya las últimas barcas que faltaban aún.
PEDRO Todos en salvo ya, ¡gracias á Dios!

REPARTO

PERSONAJES

ALBERTO.....
AURORA.....
JUANA.....
MUJER DEL PUEBLO...
EL TÍO JUAN.....
LORENZO.....
MARTÍN.....
PEDRO.....
ROQUE.....
MARINERO 1.º.....
IDEM 2.º.....

ARTISTAS

SETA. ARANA.
FONS (JULIA.)
SRA. GONZÁLEZ (D.)
PAJARES.
SR. GONZÁLEZ (VALENTÍN.)
SIGLER.
RUBIO.
RODRÍGUEZ.
STERN.
MORA.
GALERÓN.

*Marineros, pescadoras, hombres y mujeres del pueblo.
Coro general*

La acción en Normandía, durante el último tercio del siglo XVIII

Derecha é izquierda, las del actor

Para esta obra ha pintado cuatro hermosas decoraciones el eminente escenógrafo Don Amalio Fernández

ACTO UNICO

Preludio en la orquesta antes de que levanten el telón. Dentro del preludio, como hacia la mitad del mismo, y luego al final, se oirá un coro interno.

Música

CORO

El sol en las olas sus rayos refleja,
y el mar, al hundirse, parece incendiar.
Fantásticamente la costa se aleja,
y al soplo propicio del viento que pasa
deslizase el buque surcando la mar.

CUADRO PRIMERO

Trozo de costa, con fondo de mar que llega hasta el horizonte. Casas: á un lado y otro, que representan ser las de un pueblo, inmediatas al mar. Por el centro de la plazoleta que dichas casas forman, arranca un camino que figura conducir á la ribera. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ROQUE, PEDRO, JUANA, HOMBRES y MUJERES de pueblo. Forman grupo pintoresco y miran hacia el mar, por la derecha.

Hablado

JUANA Esas son ya las últimas barcas que faltaban aún.
PEDRO Todos en salvo ya, ¡gracias á Dios!

ROQ. ¡Buena tormenta vamos á tener esta noche!
 JUANA No será mayor que la del otro día.
 PEDRO Cuando estuvo á punto de perderse aquella goleta en los arrecifes malditos, frente á la entrada del puerto.

ROQ. ¡Picaros bajos! ¡Los peores de toda la costa de Normandía!
 PEDRO Así los temen los marinos.
 JUANA Eso era antes. Ya no hay quien los tema.
 ROQ. ¿Qué dices, muchacha?
 JUANA Que desde que está aquí el tío Juan ya no se debe perder allí ningún barco. Que le avisen á tiempo, que él llega siempre en su lancha para marcar la ruta.

ROQ. Pero el tío Juan no está mirando constantemente los barcos que pasan.
 PEDRO Ni se le suele encontrar cuando se le busca.
 ROQ. Cualquiera encuentra á un oso en el monte.
 PEDRO Y eso es el tío Juan: un oso.
 ROQ. ¡Siempre solo!
 PEDRO ¡Siempre en la casa ruinoso donde habita, en lo más apartado del pueblo...!

ROQ. Pues así vive hace muchos años.
 PEDRO Desde que llegó aquí. Yo era entonces un chiquillo.

JUANA ¿Sabéis lo que yo creo? Que en la vida del tío Juan hay un misterio que nadie conoce.
 ROQ. ¿Qué podría ser?
 PEDRO Algo malo.
 JUANA Cuando un hombre huye de la gente...
 PEDRO Si no fuera porque en Francia, desde que reina Luis XVI, hace todo el mundo lo que se le antoja, yo os aseguro que la justicia trataría de averiguar quién es ese pájaro.

JUANA (Señalando hacia la izquierda.) Miradlo; ahí viene.
 ROQ. (Idem.) Se separa de Martín.
 PEDRO La única persona con quien se trata.
 JUANA ¿Vamos á hablarle?
 ROQ. Falta que él quiera contestar.
 JUANA Tal vez podamos sacar hoy algo en limpio.
 PEDRO Alguna rabotada.

ESCENA II

DICHOS y el TÍO JUAN por la izquierda. El Tío Juan contesta secamente y con impaciencia á las preguntas que le dirigen. Los demás le rodean, obstruyéndole el paso

JUANA ¿Vais á vuestra casa?
 JUAN Sí.
 PEDRO ¿Va á haber tormenta?
 JUAN Quizá.
 ROQ. Si os coge en camino...
 JUAN ¡Bah!
 ROQ. Podéis esperar aquí.
 JUAN No.
 JUANA Todos con alegría os vemos á nuestro lado...
 PEDRO El tío Juan nunca ha gustado de esperar en compañía.
 JUAN ¿Eh?
 PEDRO Sus motivos tendrá cuando estar solo procura.
 JUANA Eso dice el señor cura, que algo en su existencia habrá...
 JUAN ¿Cómo?
 ROQ. Un hombre siempre aislado, que con nadie hablar se atreve...
 PEDRO Guardar un secreto debe...
 JUANA (Con viveza.) O será muy desgraciado.
 ROQ. Justo.
 PEDRO Un misterio ha de ser, que en vano aclarar queremos...
 ROQ. (Con marrullería.) No es esto que os preguntemos...
 JUAN Ni yo os he de responder. (Pausa.) Mis venturas ó mis penas son para mí solamente; no es lícito ni es prudente mezclarse en vidas ajenas. Después de todo, la mía la saben propios y extraños;

hace muchísimos años
 que os hago aquí compañía.
 ¿Qué más os voy á explicar?
 ¿Qué soy? ¿Qué busco? ¿Qué quiero?
 Soy un rudo marinero,
 un trabajador del mar.
 Si del puerto en el confín,
 frente á la boca del río,
 en las peñas de un bajío
 va á estrellarse un bergantín...
 ¿quién es primero en llegar?
 ¡Yo! ¡Siempre yo! ¡Ya se sabe!
 Yo soy quien salva á la nave
 que está á punto de encallar.
 ¿Que gozo con la manía
 de tener mi habitación
 en un viejo caserón
 sobre la costa bravía?
 ¿Os puede acaso extrañar?
 Al mar ligué mi destino.
 ¡Quiere el pájaro marino
 su nido mirando al mar!
 Sin nadie me encuentro bien.
 La soledad me acompaña,
 y el mar que mi albergue baña
 me habla en su idioma también.
 Dejad, pues, tan necio afán,
 que entre vientos, riscos, y olas,
 en su caserón y á solas
 vive á gusto el pobre Juan!

PEDRO ¿Queréis que no nos extrañe
 que vivais de esa manera?
 Hasta en el monte, la fiera
 busca otra que la acompañe.

JUAN ¿Soy fiera yo?

ROQ. (Con hipocresía.) Ciertamente
 que no.

JUAN Soy un hombre honrado.

JUANA (Con rapidez.)

¿Nunca estuvisteis casado?

JUAN (Idem.)

¡Nunca! Quien lo diga miente.

PEDRO (Con socarronería.)

Bien se ve que sois sincero...

y que piadosa no os dió
 hijos la suerte...

JUAN ¡Hijos! ¿Yo?

¡Ni los tuve, ni los quiero!

(Pausa breve.)

Id á mi casa á buscarme
 si necesitais de mí,
 bien seguros de que allí
 habréis siempre de encontrarme
 si hay que luchar con el viento,
 tender una red con brío,
 marcar su ruta á un navío
 ó intentar un salvamento.

Mientras tanto en mi... guarida
 dejadme; mis rocas amo,
 y ni consejos reclamo,
 ni pienso cambiar de vida.

Mas no os tengo qué decir.

Mi vieja casa es mi nido.

¡Feliz en ella he vivido!

¡En ella quiero morir!

(Mutis por la derecha, con lentitud, volviendo la cara
 y mirando despreciativamente á los demás. Estos callan
 hasta que él desaparece, y rompen á hablar entonces
 con mucha animación.)

ESCENA III

DICHOS menos el TÍO JUAN. Después MARTÍN por la izquierda

ROQ. ¡Lo de siempre!

JUANA ¡Pues esto no debe quedar así!

PEDRO El pueblo entero debía pedir que se aclarara
 este misterio.

ROQ. Puede ser un criminal.

JUANA Un bandido.

MAR. (Entrando.) ¡Hola, buena gentel (Le siguen otros
 pescadores).

ROQ. Ho'a, Martín.

MAR. ¿Cómo no habéis ido á ver entrar las barcas?
 Traen pesca abundante.

PEDRO Procurando pescar estábamos nosotros también.

MAR. ¿Qué era ello?

JUANA El secreto de tu amigote, el tío Juan.

MAR. ¿Seguís con esa manía?

JUANA Naturalmente.

MAR. El tío Juan es un hombre de bien que nada oculta.

ROQ. Eso dices tú...

MAR. Porque lo sé. He vivido más de un mes al lado suyo.

JUANA ¡Sí! (A las otras mujeres) Durante la enfermedad de la que escapó gracias á sus cuidados.

MAR. Tiene un corazón de oro, un alma de niño.

PEDRO (Sin dar su brazo á torcer.) Un hombre que vive hace más de veinte años solo, en ese destierro...

ROQ. Sin comunicarse con nadie.. sin familia...

JUANA Que no se sabe de dónde ha salido...

ROQ. Guarda un secreto que es preciso descubrir.

PEDRO Sublevaremos un día á todos los vecinos del lugar y le arrancaremos el secreto á la fuerza.

MAR. ¡Eso no! (Nada; es necesario que hable. Conmigo tiene confianza. Yo sé lo que debo decirle.) (Oyese un trueno lejano.)

MUJERES (Santiguándose.) ¡Jesús!!

MAR. Me parece que la tormenta no nos perdona por esta vez. Pero, mirad (Yendo hacia el foro derecha. Todos le siguen.) ¡Mirad qué bergantín ha entrado!

ROQ. ¡Buena pieza es!

MAR. ¿Le conocéis?

PEDRO Jamás le vimos por aquí.

MAR. De él debe ser ese bote que está para atracar. Buen mozo viene al timón.

JUANA Eso estaba yo mirando.

MAR. ¿Qué le traerá con tanta prisa?

JUANA ¡Ya desembarca!

ESCENA IV

DICHOS y ALBERTO

Música

MAR. Ya viene; miradlo; que viene hacia aquí.

MUJERES ¡Desgraciadamente no vendrá por mí!

MAR. ¡Ya está ahí!

CORO ¡Por aquí!

¡Por aquí, por aquí! (Trueno más cerca.)

MUJERES ¡Jesús!

HOMBRES ¿Qué ha pasado?

MUJERES Que un trueno más cerca sonó.

ALB. (Que acaba de aparecer por la derecha, último término.) Yo creí que os había asustado.

CORO No señor, no señor, no señor.

MAR. Con el mayor afecto la bien venida os damos.

HOMBRES No es lo que parecía.

MUJERES Sí que es muy guapo.

ALB. Honrados marineros, gentiles pescadoras, no os asustéis, por Dios; no traigo la tormenta, por más que con sus truenos siguiéndome llegó.

CORO Decid en qué podemos á tal señor servir; decidlo sin tardanza; decid, señor, decid.

ALB. Honrados marineros, gentiles pescadoras, sin miedo responded: ¿no vino á visitaros la diosa de los mares en forma de mujer?

MAR. Apenas entendemos lo que decir queréis.

ALB. Pues escuchadme, amigos.

CORO
ALB.

¡A ver, á ver, á ver!
Cruza por esos mares
un bergantín ligero,
más blanco que la espuma,
más rápido que el viento;
y en él,
al azar,
al azar de las mudanzas
de los aires y del mar,
y al azar de los caprichos
de su dueña, que va en él,
va volando por el mundo,
como un ave por los cielos,
una joven hermosísima,
un encanto de mujer.

Persiguiendo á ese buque
va otro buque ligero,
á merced de las olas
y á merced de los vientos;
y en él,
al azar,
al azar de las mudanzas,
de los aires y del mar,
y al azar de los caprichos
de ese encanto de mujer,
va febril y enamorado
tras las huellas de la diosa,
cierto joven que se muere
de esperar y de querer.

Los dos son ricos,
los dos se adoran;
pero la joven
es caprichosa,
como los vientos,
como las olas,
y á veces huye
como una loca,
y él va volando
tras la paloma,
por esos mares,
por esas costas.

Ella es la dueña
de mi albedrío,
porque su amante
feliz soy yo.

CORO

¡Sí que es curiosa
la relación!

ALB.

Ya van los buques por esas aguas
uno tras otro, cerca los dos,
siguiendo el mío la blanca estela
que el otro buque tras sí dejó.
Me lleva á puertos desconocidos,
va, viene, torna, ¡siempre veloz!
y por las noches escapa, á veces,
de mi constante persecución.
Y al fin de nuevo nos encontramos
aún más alegres, con más pasión,
y así cruzamos por esos mares,
cantando un dúo de eterno amor.
Y así prosiguen por esos mares
cantando un dúo de eterno amor.
Y así cruzamos por esos mares
cantando un dúo de eterno amor.

CORO

ALB.

Hablado

MAR.

Pero decidme, señor caballero, ¿es verdad
todo eso?

ALB.

¡No ha de serlo! ¿No la habéis visto?

MAR.

¡Nunca! Y ella es, como decís...

ALB.

¡Huérfana, rica, noble, caprichosa como el
vientecillo más alborotado!

MAR.

¿Pero vos...?

ALB.

¡Yo he nacido para ella! Y nos casaremos,
muy pronto. ¡En cuanto la encuentre! Ya
no es posible vivir así! Anteayer, á favor de
una noche oscurísima, huyó nuevamente
de mis miradas, y no he vuelto á ver su
bergantín, y he estado ya en tres puertos,
sin encontrarla en ninguno. ¡Lo que estará
riéndose de mí. (Las mujeres se ríen á carcajadas.)
Naturalmente: á vosotras os hace mucha
gracia. Pero á mí, á mí... (Exaltándose rápida-
mente.)

MAR. ¡Calmaos, y decidnos! ¿Traíais algún práctico á bordo?
 ALB. ¿Para qué?
 MAR. ¿Y habéis podido evitar los terribles escollos?...
 ALB. ¡Me parece!
 MAR. Casualidad más grande. En mil casos parecidos no volverá á verse cosa igual. (Suena otro trueno más cercano y empieza la música.)
 MUJERES ¡¡Jesús!!
 MAR. ¡Madre de Dios!
 ALB. ¿Y será posible que se deje sorprender por la tormenta en el mar?

Música

ALB. ¡Si! Ruja el trueno, rujan las olas; cruce los aires el huracán. Estoy furioso, desesperado. Aurora mía, no puedo más.
 CORO No, que no rujan olas y truenos; no, que no llegue la tempestad; habrá escapado de sus peligros; en otro puerto debe de estar.
 ALB. (Mirando hacia el mar.) ¡Nada! ¡Nada se ve! ¡Voy á morirme de desesperación! (Trueno muy fuerte.)
 TODOS ¡¡Ave María Purísima!!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Interior de la habitación del Tío Juan. Aspecto de ruina y pobreza. Puerta al foro, practicable, y otra grande á la izquierda, ídem. A un lado y otro de la primera, anchas ventanas, en las que se ven cristales rotos, y al través de las cuales brillan los resplandores de la tormenta.—Sigue la música.

ESCENA V

CORO dentro. Después el TÍO JUAN y MARTÍN

Música

CORO (Dentro.)

El peligro ya es cierto,
 la tormenta descarga,
 los relámpagos ciegan
 y los truenos espantan.
 De su furia protégenos,
 por piedad, Virgen Santa.
 ¡Virgen piadosa,
 Madre de Dios,
 válganos siempre
 tu protección!

(Brilla un relámpago y á punto de brillar, abren violentamente la puerta del fondo y entran aprisa el tío Juan y Martín. Este cierra tras sí. El tío Juan aparece malhumorado y con terrible gesto.)

Hablado

JUAN ¡Calla!
 MAR. Digo lo que oí:
 del pueblo la acusación.
 JUAN ¿Y qué me importa eso á mí?
 MAR. No debes dar ocasión
 á que piensen mal de tí.
 JUAN ¿La doy tai vez?
 MAR. Bien cumplida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

MAR. ¡Calmaos, y decidnos! ¿Traíais algún práctico á bordo?
 ALB. ¿Para qué?
 MAR. ¿Y habéis podido evitar los terribles escollos?...
 ALB. ¡Me parece!
 MAR. Casualidad más grande. En mil casos parecidos no volverá á verse cosa igual. (Suena otro trueno más cercano y empieza la música.)
 MUJERES ¡¡Jesús!!
 MAR. ¡Madre de Dios!
 ALB. ¿Y será posible que se deje sorprender por la tormenta en el mar?

Música

ALB. ¡Si! Ruja el trueno, rujan las olas; cruce los aires el huracan. Estoy furioso, desesperado. Aurora mía, no puedo más.
 CORO No, que no rujan olas y truenos; no, que no llegue la tempestad; habrá escapado de sus peligros; en otro puerto debe de estar.
 ALB. (Mirando hacia el mar.) ¡Nada! ¡Nada se ve! ¡Voy á morirme de desesperación! (Trueno muy fuerte.)
 TODOS ¡¡Ave María Purísima!!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Interior de la habitación del Tío Juan. Aspecto de ruina y pobreza. Puerta al foro, practicable, y otra grande á la izquierda, ídem. A un lado y otro de la primera, anchas ventanas, en las que se ven cristales rotos, y al través de las cuales brillan los resplandores de la tormenta.—Sigue la música.

ESCENA V

CORO dentro. Después el TÍO JUAN y MARTÍN

Música

CORO (Dentro.)

El peligro ya es cierto,
 la tormenta descarga,
 los relámpagos ciegan
 y los truenos espantan.
 De su furia protégenos,
 por piedad, Virgen Santa.
 ¡Virgen piadosa,
 Madre de Dios,
 válganos siempre
 tu protección!

(Brilla un relámpago y á punto de brillar, abren violentamente la puerta del fondo y entran aprisa el tío Juan y Martín. Este cierra tras sí. El tío Juan aparece malhumorado y con terrible gesto.)

Hablado

JUAN ¡Calla!
 MAR. Digo lo que oí:
 del pueblo la acusación.
 JUAN ¿Y qué me importa eso á mí?
 MAR. No debes dar ocasión
 á que piensen mal de tí.
 JUAN ¿La doy tai vez?
 MAR. Bien cumplida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Tu extraño modo de ser,
tu historia desconocida...
todo, hace al pueblo creer
que hay un misterio en tu vida.

JUAN

¡En eso acierta quizás!

MAR.

¿Confiesas? (Sorprendido)

JUAN

Lo que supones,
lo que á preguntarme vas,
que ya sé tus intenciones.

MAR.

Yo no he dicho...

JUAN

¡Lo sabrás!

Eres mi amigo probado.
Que jamás salga de tí
lo que jamás he contado.
Un tiempo, lejos de aquí,
yo fui feliz... ¡Era honrado!
Mas, ¡ay!, de aquella pasada
ventura, de aquella suerte,
no me queda nada... nada,
más que un alma atormentada
por una visión de muerte.

MAR.

¿Tú has matado?...

JUAN

(Sombrio.) Puede ser.

MAR.

¡Juan!

JUAN

Un funesto extravío
me arrastró, mi afrenta al ver...

MAR.

¿Y ese crimen...?

JUAN

¡No fué mío!

MAR.

¿Eh?

JUAN

¡Fué de *aquella* mujer!
¡Qué infame! (Pausa.) Mi propio honor
de su alma torpe y artera
me impidió ver el horror,
que es más grande la ceguera
mientras más hondo el amor.
¡Fué mío mi dueño amado!
Jamás tan dichoso un hombre
sintióse ante Dios postrado...
Como mi mano y mi nombre
mi vida le hubiera dado.
¡Con qué afán, desde aquel día
á las olas me lanzaba
cuando al trabajo corría!
¡Qué tranquilo dominaba

al mar, que á mis pies rugía!
Creció mi amor... y mi anhelo
creció, de gloria y fortuna,
al adivinar un cielo,
todo un cielo, bajo el velo
y en el fondo de una cuna.
Porque debes ya saber
que al herirme de aquel modo
aquella infame mujer,
yo iba á ser feliz del todo
con un hijo á quien querer.

MAR.

¿Entonces su felonía...?

JUAN

Fué, por lo mismo mayor,
al lanzar el alma mía
desde tan grande alegría
á tan inmenso dolor.
Cierta noche, terminada
nuestra pesca en alta mar
con rapidez desusada,
antes de la hora marcada
regresamos al lugar.
«¿Qué hará Rosa? Acaso esté
pensando en mi amor despierta.
Quizá la sorprenderé.»
Esto diciendo, llegué
de nuestra casa á la puerta.
Paréme, y antes de abrir
su voz alegre y querida
parecióme dentro oír,
y los ecos percibir
de otra voz desconocida.
Escuché... y aun el terror
oprime el alma medrosa...
¡No era un sueño engañador!
¡Yo oía frases de amor!
¡Y quién hablaba era Rosa!
¡Quedéme inmóvil, rendido
de mi dolor bajo el peso,
hasta que á poco á mi oído
llegó un terrible chasquido:
el que hace al sonar un beso!
¿Ves qué infamia? ¡Un beso, sí!
¡Lo escuché! ¡No lo he soñado!
¡Aun lo oigo como lo oí!

MAR. ¡Ya ves el tiempo pasado!
¡Pues aún suena, aún suena aquí!
(Con interés creciente.)
¿Y entonces, qué hiciste?

JUAN Entrar
sofocando el fiero grito
de mi rabia, y castigar.
Ante tan atroz delito,
¿qué hay que hacer sino matar?
¡Es cierto!

MAR. La puerta abrí,
JUAN y colgada entre los dos
mi hacha sobre el muro ví.
La suerte... ¿qué digo? ¡Dios
me inspiró dejarla allí!
Fué tanta mi violencia
y tan rápido mi brazo
para cumplir la sentencia,
que él sólo al sentir mi hachazo
se enteró de mi presencia.
MAR. ¿Cayó...?
JUAN Entonces le miré
por saber a quién maté.
MAR. ¿Era...?
JUAN ¡Un noble poderoso,
cuyo castillo famoso
se alzaba del monte al pié!
MAR. ¿Y ella piedad alcanzó?
JUAN No, que del hierro inhumano
también el filo probó...
¡mas tiembla mucho la mano
cuando hiere a quien se amó!
El hacha cortante y fuerte
que al seductor de mi Rosa
tendió a mis plantas inerte,
con ella fué más piadosa:
¡no quiso darle la muerte!
¡Mas por dos anchas heridas
rompió la sangre su encierro,
y así miré, confundidas,
¡en el beso sus dos vidas!
¡sus dos sangres en mi hierro! (Pausa.)
MAR. ¿Murió luego?
JUAN No murió.

MAR. Yo, loco de espanto, huí,
JUAN pero alguien que me espío
pronto auxilio le prestó...
¿Alguien vió la escena?..

MAR. Si.
JUAN ¡Un sirviente antiguo y fiel
del vil seductor impío
salvó en el trance cruel,
con su vida, la de aquel
que yo juzgaba hijo mío!
¿Llegó a nacer?
MAR. (Con grande ironía.) ¡Si por cierto,
JUAN para que su vida avive
mi dolor, siempre despierto!
¿Viven quizá?

MAR. La hija vive
JUAN tan solo; la madre ha muerto.
¿Y tú pudiste escapar?
MAR. ¡Oh! ¡sí! La verdad entera
JUAN se supo en todo el lugar,
mas la historia verdadera
no se quiso publicar.
Del Conde la ejecutoria
deshonraban sus amores,
y por salvar su memoria
se inventó una falsa historia,
se habló de unos malhechores...
de un robo... (Transición.)
¡Robo traidor!
¡No mentía el inventor
de la historia! ¡Bien lo sé!
¡Si hubo un robo, pero fué
que me robaron mi honor!
MAR. ¡Calma! ¿Y después has sabido
JUAN quizás de esa niña?
¡Sí!
Mas calla, que siento ruido.
Quede el secreto escondido
por siempre dentro de ti.
(Durante este diálogo entre el tío Juan y Martín y en
momentos oportunos habrán lucido dos ó tres relámpagos. Desde este momento en que la música empieza,
es cuando la tempestad se desencadena con todo su
furor.)

Música

MAR. Es el rugir de las olas.
 JUAN Debe de ser algo más.
 MAR. Son los ecos pavorosos
 de la tormenta, quizás.
 JUAN No; escucha. Son voces.
 Vienen hacia aquí.
 Mira. Gente sube.
 ¡Llegan!

MAR. ¿Abro?
 JUAN ¡Sí!

ESCENA VI

DICHOS, JUANA y MUJERES del pueblo. CORO DE HOMBRES,
dentro

HOMBRES (Dentro.)

Virgen piadosa,
Madre de Dios,
¡válganos siempre
tu protección!

MUJERES (Entrando apresuradamente.)

¡Señor Juan, aprisa!
¡qué espanto, qué horror!

JUAN

Decid, ¿qué sucede?

MUJERES

¡Salvadlos, por Dios!

En medio de truenos y rayos
cayó en los escollos
un buque muy grande.
Las olas lo están destrozando,
la gente de á bordo
no puede salvarse.
Ya echaron al mar las chalupas,
queriendo con ellas
la costa ganar,
y el mar los combate
con furia creciente.
¡Salvadlos, salvadlos,
por Dios, por piedad!

JUAN

(Con gallardo arranque.)
Martín, aprisa, vamos;
¡de nuevo el mar me llama!
¡Dios os bendiga!

CORO

Vamos.

MAR.

¡Oyenos, Virgen Santa!

CORO

(Mutis todos y queda la escena sola.)

CORO

(Dentro.)

Virgen hermosa,
Madre de Dios,
¡sálvalos pronto
de tanto horror!

(Sigue el número de la tormenta.)

CORO

(Dentro.)

¡Llegan los últimos!
¡El los salvó!
¡Bendita seas,
Madre de Dios!

ESCENA VII

JUANA, MUJER 1.^a y HOMBRES del pueblo.—AURORA.—Luego
TÍO JUAN y ALBERTO

(Cuando lo indique la música salen Juana y Mujer 1.^a por el foro y
dos marineros que traen á Aurora en brazos.)

Hablado

(Sobre la música que aún sigue)

JUANA

¡Por aquí! ¡Cuidado por Dios! Ganemos por
la otra puerta la Calle del Mar y llevémosla
á casa de la señora Hortensia.

MUJER 1.^a

Es lo mejor.

JUANA

¡Qué hermosa es!

MUJER 1.^a

¡Cuidado! (Mutis por la izquierda. Entran á poco,
por el foro el tío Juan muy sombrío Alberto y que le
sigue.)

ALB.

¡Gracias, señor, mil gracias!

JUAN

A Dios, no á mí.

ALB.

¿Salvados todos?

JUAN

Creo que sí, pero de dos botes nada sé.

ALB. ¿Y Aurora?
 JUAN ¿Quién es Aurora?
 ALB. Esa joven.
 JUAN Por allá deben llevarla.
 ALB. ¡Oh! ¡voy! ¡Gracias, señor! ¡Permitid que
 bese vuestras manos! ¡Quedad con Dio!
 JUAN ¡Id con Ell! (Mutis Alberto izquierda. Transición
 brusea.) ¡Sí! ¡Juraría que era ella! ¡Ella mis-
 ma! ¡Viva otra vez! ¡Y tan joven, tan her-
 mosa como entonces! ¡como cuando ella me
 engañó! ¡como cuando yo la herí!

ESCENA VIII

TÍO JUAN y LORENZO

LOR. (Desde el umbral de la puerta del foro, vuelto de espal-
 das, y como dirigiéndose a gentes de quienes se separa.)
 ¡Sí! ¡Buscadla! ¡Buscadla!
 JUAN ¿Eh?
 LOR. No pude ganar su bote. Nos separaron.
 JUAN ¿Esa voz?
 LOR. ¿Vive aquí el tío Juan? ¿Quién es el tío
 Juan? (Entrando rápidamente.)
 JUAN ¡Lorenzo!
 LOR. ¡Tú!
 JUAN (Con exaltación creciente.) ¡Sí! ¡Sí! ¡No me equi-
 vocaba! ¡Es ella! ¡Y yo la he salvado!
 LOR. ¿Tú?
 JUAN ¡Pero ahora! ¡Ahora, en mis manos!
 LOR. ¡Déjame pasar!
 JUAN ¡Quietos! ¡Por fin nos encontramos!
 LOR. ¡Juan!
 JUAN ¡Escucha! (Ha cesado la música.)
 A mi lado os ha traído,
 para que me vengue, el cielo.
 LOR. ¡No! Que él sabe que mi anhelo
 evitarlo siempre ha sido.
 JUAN ¡Oh! Calla! Tú eres, ¡traidor!
 quien la dicha me ha robado.
 LOR. Yo he sido sólo un criado
 que ha servido á su señor.
 JUAN ¡Ayudándole á robar!

LOR. ¡Hundiéndome á mi en la afrenta!
 ¡Aquí nuestra antigua cuenta
 vamos los dos á saldar!
 Tu ciego rencor olvida,
 que esa cuenta malhadada
 está con sangre saldada...
 se pagó con una vida.
 JUAN ¡Cobré una parte!
 LOR. ¡No tall
 ¡Todo!
 JUAN ¡Mi deshonra lleva
 consigo! Vive la prueba
 de aquel amor criminal.
 LOR. ¿Y quieres...?
 JUAN ¡Quedar vengado!
 ¡Que la venganza es sabrosa!
 ¡Y esa mujer es dichosa
 mientras yo soy desgraciado!
 LOR. ¡Calma, Juan! ¡Piensa! ¡Medita!
 JUAN ¡Yo no merezco mis penas,
 y ella sí, que por sus venas
 corre una sangre maldita!
 Años ha va de ella en pos
 de mi venganza el empeño,
 y hoy al fin, logro mi sueño.
 ¡Ya ves! Me la entrega Dios.
 LOR. Repara...
 JUAN Mi afán creciente
 va al fin á quedar saciado.
 ¡Yo la odio!
 LOR. Se odia al culpado.
 Se perdona al inocente.
 JUAN ¡Es su hija!
 LOR. ¡No te ofendió!
 JUAN ¡Me vengaré! ¡Y lo verás
 con tus ojos tú!
 LOR. Jamás,
 porque la defiendo yo.
 JUAN ¿Tú?
 LOR. ¡Sí!
 JUAN ¿Tendrás la impudencia?...
 LOR. ¡De oponerme á tu asechanza!
 JUAN ¡Yo persigo mi venganza!
 LOR. ¡Y yo amparo su inocencia!

Música

JUAN Veinte años hace que de noche y día sólo eso anhela ya mi corazón: borrar el rastro de la afrenta mía y la huella lavar de mi baldón. La que es el fruto infame de un delito, feliz se siente, tras la dicha va; yo vivo solo, sin amor, maldito; eso no puede ser, y no será.

LOR. El amo a quien serví y a quien amaba sólo un encargo al expirar me dió: por la vida del hijo que esperaba velar siempre en el mundo me ordenó. Esa hija, para tí de penas fuente, es para mí la imagen del deber; quien pudo lo mandó, ¡y es inocente!

JUAN La sabré contra todos defender. También yo ciego, con alegría, dichas y encantos me prometía del ser no visto con quien soñaba, del hijo hermoso que deseaba... Como el emblema de mi fortuna, preparé amante su blanda cuna... ¡Cuna que aún mi dolor a ver alcanza de tantos sufrimientos a través...! ¡Tú meciste primero mi esperanza y mi deshonra y mi dolor después!!

LOR. Juan, esa niña que tú has salvado, ¿qué culpa tiene de lo pasado? Busca a tus penas mejor corona: sé generoso, calla y perdona.

JUAN ¿Que perdone me dices? ¡Estás loco! ¿Que olvide tantos años de dolor? ¿Que cuando al fin lo que anhelaba toco renuncie a mi rencor? Yo la salvé del mar, del mar rugiente, pero Dios quiso en ello consentir para que la matase lentamente, porque morir de pronto no es morir. Es preciso que lllore y de-fallezca, que pierda cuanto tuvo, cuanto amó; ¡es preciso que sufra y que padezca como padezco yo!

LOR. Tu empeño es infame é inútil tu afán. No busques la guerra, te brindo la paz. Yo busco el castigo. Yo amparo su suerte. JUAN ¡La guerra prefiero! LOR. ¡Pues guerra y a muerte! En pos de una quimera corriendo loco vas, mis brazos la defienden y a mí no llegarás. JUAN El choque de mis iras en vano evitarás, la sigue mi venganza, salvarla no podrás.

Hablado

LOR. ¡No! JUAN Mira bien lo que haces. LOR. ¡No! JUAN (suplicante.) ¡Todo lo ignoran! Ella, y el hombre que la quiere y que va a ser suyo... LOR. Mejor. Yo los sacaré de su ignorancia. Eso tiene de bueno el rayo: que ilumina al matar. JUAN Sobre aquella vida pasada, hemos levantado para ellos una vida nueva, con honra, con venturas... LOR. ¡Mejor! ¡Gozaré destruyéndola! ¡Vete! ¡Vete! JUAN ¡Pues oye! Estás jugándote la vida. LOR. ¡Vete! ¡Vete! JUAN ¡Mira bien lo que haces! (Mutis foro.) JUAN ¡Por fin! ¡Dios mío! ¡Por fin! ¡Por fin! (Mutis izquierda. — Música.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La plaza del pueblo, muy engalanada con banderas, colgaduras, arcos y guirnaldas de flores, etc., etc. Día espléndido

ESCENA IX

PEDRO, JUANA, HOMBRES y MUJERES del pueblo con trajes de fiesta. Luego ROQUE

BAILE

Hablado

JUANA ¡Viva la alegría!
 TODOS ¡Viva!
 JUANA ¡Vivan Alberto y Aurora!
 PEDRO Así, con confianza.
 JUANA Pues claro está.
 ROQ. (Entrando apresuradamente por la izquierda.) ¡Oídmel! ¡Todavía más!
 JUANA Escuchemos á Roque.
 ROQ. Ese señor Alberto y esa señorita Aurora deben de ser un santo y una santita que se han escapado del cielo para venir á visitarnos.
 JUANA Puede que tenga razón.
 ROQ. No les ha bastado, para manifestar su gratitud, con repartir el dinero á esportones, y remediar miserias y lástimas, y dotar á todas las niñas casaderas...
 PEDRO Que así no se oyen más que gritos de alegría por todas partes...
 ROQ. Pues ahora han buscado al señor cura y le han dejado un montón así, de oro.
 JUANA y MUJERES } ¿Cómo?
 ROQ. (Exagerando). ¡Así! Para remediar todos los apuros de cuarenta inviernos.
 JUANA Hay que pasearlos en triunfo otra vez.
 TODOS ¡Sí! ¡Sí!

PEDRO Y no dejar que se marchen hoy.
 ROQ. Es que ese Lorenzo se ha empeñado, y como por lo visto es quien manda en ella...
 JUANA ¿Que si manda? ¡Ya veis! ¡El tío Juan la salvó! ¡Quiso ella ir á darle las gracias! Se opuso Lorenzo y no ha ido.
 PEDRO Sí que es raro.
 ROQ. Por supuesto, que el tío Juan...
 JUANA Como siempre: se volvió á su madriguera y á saber cuándo volveremos á verle.
 PEDRO ¿Sabéis lo que nos ha contado Andrea, su vecina? Que ayer por dos veces salió aprisa de su casa, como quien va resuelto á algo grave, y por dos veces se detuvo á los pocos pasos, haciendo unos gestos horribles, y después de dudarle mucho volvió á entrar en el caserón.
 JUANA ¡Ese está loco!
 ROQ. ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!
 TODOS ¡Vivan! ¡Vivan! (Marchan con alegría y en bullicioso tropel al encuentro de Alberto y Aurora.)

ESCENA X

DICHOS, ALBERTO y AURORA, por la izquierda, seguidos por otro grupo de gente del pueblo que viene vitoreándoles también

JUANA ¡Vivan el señor Alberto y la señorita Aurora!
 TODOS ¡Vivan!
 PEDRO ¡El señor! ¡La señorita! ¡Así! ¡Así!
 AUR. ¡Callad, por Dios!
 ALB. Aurora y yo somos los que os debemos gratitud.
 AUR. Por habernos dado ocasión para hacer el bien.
 JUANA ¿De veras?
 AUR. Por eso ya no siento nada: ni el trance horrible que pasé, ni mi buque destrozado, ni mis bienes perdidos.
 ALB. Ni hay para qué, no creáis. ¡Tiene muchos más! ¡Y tiene los míos! Y tiene mis brazos para descansar en ellos.

CUADRO TERCERO

La plaza del pueblo, muy engalanada con banderas, colgaduras, arcos y guirnaldas de flores, etc., etc. Día espléndido

ESCENA IX

PEDRO, JUANA, HOMBRES y MUJERES del pueblo con trajes de fiesta. Luego ROQUE

BAILE

Hablado

JUANA ¡Viva la alegría!
 TODOS ¡Viva!
 JUANA ¡Vivan Alberto y Aurora!
 PEDRO Así, con confianza.
 JUANA Pues claro está.
 ROQ. (Entrando apresuradamente por la izquierda.) ¡Oídmel! ¡Todavía más!
 JUANA Escuchemos á Roque.
 ROQ. Ese señor Alberto y esa señorita Aurora deben de ser un santo y una santita que se han escapado del cielo para venir á visitarnos.
 JUANA Puede que tenga razón.
 ROQ. No les ha bastado, para manifestar su gratitud, con repartir el dinero á esportones, y remediar miserias y lástimas, y dotar á todas las niñas casaderas...
 PEDRO Que así no se oyen más que gritos de alegría por todas partes...
 ROQ. Pues ahora han buscado al señor cura y le han dejado un montón así, de oro.
 JUANA y MUJERES } ¿Cómo?
 ROQ. (Exagerando). ¡Así! Para remediar todos los apuros de cuarenta inviernos.
 JUANA Hay que pasearlos en triunfo otra vez.
 TODOS ¡Sí! ¡Sí!

PEDRO Y no dejar que se marchen hoy.
 ROQ. Es que ese Lorenzo se ha empeñado, y como por lo visto es quien manda en ella...
 JUANA ¿Que si manda? ¡Ya veis! ¡El tío Juan la salvó! ¡Quiso ella ir á darle las gracias! Se opuso Lorenzo y no ha ido.
 PEDRO Sí que es raro.
 ROQ. Por supuesto, que el tío Juan...
 JUANA Como siempre: se volvió á su madriguera y á saber cuándo volveremos á verle.
 PEDRO ¿Sabéis lo que nos ha contado Andrea, su vecina? Que ayer por dos veces salió aprisa de su casa, como quien va resuelto á algo grave, y por dos veces se detuvo á los pocos pasos, haciendo unos gestos horribles, y después de dudarle mucho volvió á entrar en el caserón.
 JUANA ¡Ese está loco!
 ROQ. ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!
 TODOS ¡Vivan! ¡Vivan! (Marchan con alegría y en bullicioso tropel al encuentro de Alberto y Aurora.)

ESCENA X

DICHOS, ALBERTO y AURORA, por la izquierda, seguidos por otro grupo de gente del pueblo que viene vitoreándoles también

JUANA ¡Vivan el señor Alberto y la señorita Aurora!
 TODOS ¡Vivan!
 PEDRO ¡El señor! ¡La señorita! ¡Así! ¡Así!
 AUR. ¡Callad, por Dios!
 ALB. Aurora y yo somos los que os debemos gratitud.
 AUR. Por habernos dado ocasión para hacer el bien.
 JUANA ¿De veras?
 AUR. Por eso ya no siento nada: ni el trance horrible que pasé, ni mi buque destrozado, ni mis bienes perdidos.
 ALB. Ni hay para qué, no creáis. ¡Tiene muchos más! ¡Y tiene los míos! Y tiene mis brazos para descansar en ellos.

AUR. ¡Alberto!
 ALB. Porque, ya lo sabéis. ¡Se acabaron las locuras! Me la llevo en mi barco, por supuesto como Dios manda, al cuidado de Lorenzo y en cuanto lleguemos á nuestra ciudad...
 AUR. ¡Alberto!
 ALB. ¡Nos casamos! ¡Ay, Aurora de mi alma!
 AUR. ¡Alberto! (Se abrazan. Pausa. Murmullos y comentarios pícaros de los demás.) Ay, perdonadnos. ¡Vamos á ser tan felices! Pero qué alegre estoy Para abrazar á todos en un momento voy á dar un abrazo á Juana. (La abraza.)
 ALB. (signiéndola.) Y yo también.
 AUR. ¡No! Tú no. (Pícarosamente.) Tú abraza á Roque.
 ALB. Claro que sí. (Abrazándole.)
 ROQ. ¡Vivan mil años!
 TODOS ¡Vivan!
 AUR. (A Alberto.) ¿Tú los ves?
 ALB. Nos quieren mucho.
 AUR. Porque somos buenos.

ESCENA XI

DICHOS, LORENZO y el TÍO JUAN

LOR. ¡Aurora! ¡Señor! El buque aguarda. No hay tiempo que perder.
 ALB. ¡Vamos entonces!
 AUR. ¿Tan pronto? ¡Aguardal
 JUAN (Entrando.) Sí, deteneos, señorita; quisiera hablaros. (Expectación.)
 LOR. Tío Juan. (A Alberto y Aurora.) ¡Vamos!
 AUR. ¡Pero, Lorenzo!
 ALB. ¡Lorenzo!
 JUANA ¡Qué hombre!
 AUR. Me salvó de la muerte, Lorenzo. ¿Qué menos puedo hacer que escucharle? (Al tío Juan.) Además, no me juzguéis de mala manera. Yo no hubiera abandonado esta costa sin haberme despedido de vos.
 LOR. Es que el tío Juan...
 JUAN ¡Perdonad, señor Lorenzo! ¡Perdonad, seño-

rita! Este señor no me conoce, y por eso me juzga mal. Yo sí quería hablaros... para expresaros mi gratitud por tanto bien como habéis hecho aquí... pero mi palabra es torpe y no suele responder á mis deseos. Mi vista segura, en cambio, mi pulso firme, responden mejor á mi voluntad. Y por eso, veréis, veréis lo que he discurrido. Vais á salir á la mar. Necesitáis un práctico...

ALB. Os adivino el pensamiento.
 AUR. ¡Aceptado! ¡Con alma y vida!
 JUANA ¡Eso sí! Para eso, nadie como el tío Juan.
 ROQ. Ninguno mejor.
 PEDRO ¡Ninguno!
 JUAN (A Lorenzo.) ¿Lo veis? ¿Tiene algo que echarme en cara el señor?
 LOR. ¡Tío Juan! (Receloso)
 JUAN ¡Ya os lo he dicho! No hablo, pero ejecuto. (A Aurora.) Ya veis: os salvé anteanoche. (¡Es su cara, son sus ojos!) Pues sí, como decía, os salvé anteanoche, ayer he querido hablaros por dos ó tres veces, y he salido para hacerlo, y... nada! Como si se tratara de algo verdaderamente grave, he sostenido conmigo mismo una lucha terrible, no os riais. terrible... y no llegué á hablaros... Pero ahora, ahora no es lo mismo. En mi vista sí mando y en mi brazo también. ¡Vaya! ¡Pues no faltaba otra cosa!
 LOR. ¡Tío Juan! ¡Es que!...
 JUAN ¡Pero, señor Lorenzo! ¿qué dudais? ¡Miradme bien! ¡Cara á cara! ¿Queréis que diga menos aún?
 LOR. (Como rechazando una mala idea.) (¡No, no es posible!) ¡Vamos, pues!
 AUR. } ¡Vamos!
 ALB. }
 JUANA } ¡Vivan el señor Alberto y la señorita Aurora!
 TODOS ¡Vivan!

Música

ALB. ¡Honrados marineros!
 AUR. Gentiles pescadoras...

LOS DOS
CORO
TODOS

¡Quedad con Dios!
¡El vaya con vosotros!
¡Adiós!
¡Adiós!

(Mutis, muy animado, por la derecha, último término.)

ESCENA XII

TÍO JUAN. Luego ROQUE. El tío Juan queda rezagado, y al verse solo, cambia de expresión, volviendo á su carácter sombrío

Hablado

JUAN ¡Sí! ¡La voz se me niega para la revelación!
¡Hay que hablar mucho! Pero el brazo no se me negará para el castigo necesario. Es obra de unos momentos. ¡Todos! ¡Perezcamos todos juntos! Este drama de mi vida debe acabar así: trágicamente. En el bajo de la Estrella, donde encalló el barco de Aurora al entrar, aun es posible echar los botes al agua y que la tripulación se salve. En los Remolinos ya es otra cosa.

ROQ. (Volviendo.) ¡Tío Juan!
JUAN Voy, hombre, voy. Estaba echando mis cálculos. (Oyese aun, lejos, el rumor de las aclamaciones.)

ROQ. ¿No oís?
JUAN Esos vivas me llegan al alma.
ROQ. También vos estais hoy muy alegre...
JUAN ¡Mucho! ¡Mucho! Mirame bien, Roque. ¿No ves que brillan mis ojos más? ¡Pues de contento es! ¡No sientes que arden mis manos! ¡De satisfacción! ¡Ya ves si vuestra alegría será grande que ha llegado hasta mí; hasta el pobre viejo, abandonado y triste! ¡Y estoy alegre, Roque! (riéndose.) ¡Muy alegre! ¡Muy alegre! (Vanse tío Juan y Roque por la derecha.)

MUTACIÓN

Un momento de obscuridad. Aparece un telón corto. Marina. Día espléndido. Lejos, la costa y el pueblo; más cerca, el buque de Alberto, que va navegando, con las velas desplegadas al viento. En primer término escollos y arrecifes, en los que se estrella el mar. Breve intermedio de orquesta, al fin del cual empieza á volver á oírse, muy lejos, la barcarola que ya se oyó durante el preludio.

Música

CORO El sol en las olas sus rayos refleja,
y el mar al hundirse parece incendiar.
Fantásticamente la costa se aleja,
y al soplo propicio del viento que pasa
deslizase el buque surcando la mar.

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

El buque de Alberto. Parte de la cubierta del bergantin. Se ha de ver en sitio preferente, y en alto, á la derecha, el timón, junto al cual aparece el tío Juan. Dos palos; velas tendidas al viento. Fondo de mar.

Sigue la música

ESCENA XIII

TÍO JUAN y MARINEROS 1.º y 2.º Dentro. ALBERTO y AURORA
Después LORENZO

Hablado

(sobre la música.)

MAR. 1.º (Al tío Juan.) Decid, señor práctico, ¿están muy lejos esos escollos?
JUAN Aun falta un buen trecho.

MAR. 2.^o No le distraigas ahora. (Al 1.^o)
 MAR. 1.^o (Al 2.^o) Oye. (Por Alberto y Aurora que están ya cantando dentro.) ¡Qué felices son!
 MAR. 2.^o ¡Para ellos es la vida!
 JUAN ¡Cuánto se equivocan!

Cantado

ALB. Tu mano en mi mano, mi Aurora,
 los dos adorándonos, alegres los dos,
 así cruzaremos la vida...
 LOS DOS ¡Los dos proclamando
 la dicha y la gloria
 del bien y el amor!

Hablado

MAR. 1.^o Ahí viene el señor Lorenzo.
 LOR. (Por la derecha.) ¿Qué hacéis aquí? (A los Marineros) Cuando se navega entre bajos y escollos es una imprudencia distraer al timonel. Marchaos. (Juan sonríe. Los Marineros hacen mutis por la izquierda.)

ESCENA XIV

TÍO JUAN, LORENZO

JUAN No me estorbaban.
 LOR. Ya lo sé, Juan. Pero es que deseaba hablar contigo á solas para darte las gracias.
 JUAN ¿A mí?
 LOR. Francamente, me hiciste dudar; y estuve dispuesto á todo. Pero ya no dudo. Leo en tu alra. Has hecho lo que debes: perdonar y olvidar.
 JUAN (Con ironía.) Siempre perspicaz el buen Lorenzo.
 LOR. ¿Qué dices?

JUAN Que te reconozco en ese rasgo.
 LOR. ¡Juan!
 JUAN (Exaltado.) Lo que tú supones es lo natural, lo justo: que yo abra á esa *inocente* las puertas de la ventura, y que yo, yo *el culpable*, me vuelva á aquellas rocas para seguir esperando, solo y maldito, la hora de un descanso que no llega, porque la muerte jamás viene á tiempo cuando se la llama.
 LOR. (Alarmado.) ¿Qué es lo que dices?
 JUAN ¡Que llegó la hora del castigo! Estamos entre los escollos, y yo soy el timonel.
 LOR. ¡Ah! ¡Miserable! Morirás tú sólo, y ahora mismo. (Yendo hacia el tío Juan.)
 JUAN (Muy sereno.) ¡Subel! ¡Mátame! ¡No me importa! Mi muerte no os libra de la vuestra. Ya en estos sitios, la misma corriente llevará el buque á estrellarse en los bajos, si yo no lo llevo. Pereceremos juntos. No hay salvación más que en mí, y yo no quiero salvaros, ni quiero salvarme. (Ha empezado á oírse de nuevo la música en la orquesta y sigue hasta el momento que después se indica.)
 LOR. ¡Maldición!

ESCENA XV

DICHOS y ALBERTO y AURORA. Después MARINEROS

ALB. (A Aurora.) ¡Mira qué hermoso! El pueblo parece que huye.
 AUR. No sé por qué me da tristeza alejarme de esa costa.
 LOR. (En voz baja.) ¡Juan!
 JUAN ¡No!
 LOR. ¿Qué culpa tienen ellos de tus desventuras?
 JUAN ¿Y yo, la tenga acaso?
 AUR. (Viendo al tío Juan y yendo hacia él.) ¡Ah! Estaba aquí mi salvador.
 ALB. No sabéis cuanto siento ver vuestra barca amarrada á nuestro bergantín.

JUAN ¿Por qué?
 ALB. Porque eso indica que vais á abandonarnos en cuanto estemos en franquía.
 JUAN Es natural.
 AUR. ¿Por qué no accedéis á mi ruego?
 ALB. ¿Por qué no os quedáis con nosotros? ¡Os queríamos mucho!
 AUR. ¡Me habéis salvado la vida!
 ALB. ¡Os debemos la felicidad!
 LOR. (Oye, Juan, oye...) (Pausa. El tío Juan mira á todos sin contestar á ninguno.)
 AUR. Debeis ser muy desgraciado.
 ALB. Y en la soledad en que vivís aun lo seréis más.
 AUR. Me contaréis vuestros dolores y yo los lloraré con vos.
 LOR. (Mira su corazón y mira el tuyo. ¡Compara!)
 JUAN ¡Déjame!) (Cesa bruscamente la música. Tumul- to dentro. Salen los Marineros en tropel. Grandes vo- ces.)
 VOCES ¡El bajío! ¡Los escollos!
 MAR 1.º ¡El barco ha rozado en una roca!
 MAR 2.º ¡Estamos perdidos!
 ALB. } (suplicantes.) ¡Tío Juan! (Momento de terror.)
 AUR. }
 AUR. ¡Por lo que más hayais querido!
 JUAN (Con rápido arranque agarrándose al timón.) ¡No! que aún es tiempo!
 LOR. (Con ansiedad.) ¿Qué haces?
 JUAN ¡Que el barco vire! ¡Que me obedezca! Listos á virar! ¡Iza foque! (Efecto de la virada rapidísimo en el barco y en el fondo. Maniobras, etc.)
 LOR. ¡Juan!
 JUAN ¡Silencio! ¡Dejadme! (A Lorenzo.) En mis ma- nos tuve su vida ó su muerte. ¡Pude esco- ger! ¡Y escogí!
 LOR. ¿La muerte?
 JUAN ¡No! ¡La vida! (A todos con grande alegría.) ¡Tran- quilizaos! ¡Fué un momento de olvido! Pero ya pasó. Estais salvados.
 AUR. ¡Ay qué terror tan grande!
 ALB. ¡Aurora mía! (Se abrazan.)
 LOR. ¡Viva el tío Juan!
 Todos ¡Viva!

JUAN ¡Arriad velas! Acercad mi bote. (El tío Juan baja y se pone un marinero al timón.)
 AUR. (Yendo hacia el tío Juan que la recibe en sus brazos.) ¡Gracias, tío Juan! ¡Gracias!
 JUAN (Después de abrazarla y besarla en la frente, quedase extasiado mirándola y dice:) ¡Adiós, Aurora, adiós! ¡Es ella! ¡Es ella!) (Cuadro.—Música.)

TELÓN RÁPIDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Obras de Carlos Fernández Shaw

TEATRO

Drama en cuatro actos:

Severo Torelli.

Zarzuelas en tres actos:

La llama errante.

Los hijos del batallón.

Don Lucas del Oigarral.

Sainetes:

Las bravías.

La revoltosa.

Las castañeras picadas.

Los buenos mozos.

Zarzuelas en un acto:

El cortejo de la Irene.

La chavala.

El gatito negro.

Polvorilla.

La buena ventura.

Los timplaos.

El tirador de palomas.

El tío Juan.

POESÍA

Poesías.

El defensor de Gerona.

Poemas de F. Coppée, traducidos en verso castellano.

Tardes de Abril y Mayo.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée.



E
C
18
C